LOS ÚLTIMOS LIBRES

Víctor M. Valenzuela



Internet domina el mundo. ¿Qué opinaría de la realidad de nuestro mundo, si le dijéramos que todo está controlado por una única empresa? Solo algunos se cuestionan lo que es para millones de personas una realidad. Los últimos libres…



Víctor M. Valenzuela

Los últimos libres

ePub r1.0
osuse 14.04.15

Título original: *Los últimos libres*
Víctor M. Valenzuela, 2012
Diseño de cubierta: nowevolution

Editor digital: osuse
ePub base r1.2



Este libro está dedicado a todos y cada uno de las personas que me apoyaron y ayudaron en las diversas fases de la elaboración de la obra.

A todos vosotros, que sabéis perfectamente quiénes sois:

Gracias.

Los últimos libres

Esta es una obra de ficción y cualquier parecido con la realidades pura coincidencia. Todos sus personajes son ficticios, aunque algunos están ligeramente inspirados en personas (y perros) reales, pero estoy seguro de que no se van a sentir molestos por ello.

A pesar de que a los principales protagonistas los podíamos catalogar como *hackers*, he intentado no utilizar términos demasiado específicos, aunque en determinadas ocasiones no he tenido más remedio que recurrir a ellos, por esa razón he añadido un glosario y espero no haberme olvidado de ninguno.

Me gustaría expresar mi agradecimiento a todos aquellos que han colaborado conmigo animándome y especialmente a los que me han ayudado durante la preparación de esta obra.

Quiero igualmente dar las gracias a Greenpeace por permitirme utilizar su nombre.

Prólogo

Muchas personas me han preguntado, qué me llevó a escribir este libro. No puedo dar una respuesta exacta, pues fue un largo proceso que fue madurando solo, y al final me encontré a mí mismo delante del procesador de texto dándole forma a una serie de ideas que tenía hace mucho tiempo en mente.

La humanidad ha vivido una serie de revoluciones a lo largo de su historia. Nosotros tenemos la suerte de estar viviendo en primera persona la revolución digital. Algunos cambios son silenciosos y para muchos pasan inadvertidos. El agua fluye de un grifo de la misma manera que lo hacía a principios del siglo pasado, pero ahora hay una serie de equipos informáticos que controlan este proceso. Otras vertientes del cambio, han sido muchos más visibles: la informática de consumo, las redes de telecomunicaciones, el acceso a la información, el ocio digital y una larga lista.

Las redes sociales, recientemente aparecidas, han instaurado una nueva forma de relación entre las personas, impensable solo hace unos años atrás, y esto solo es el principio.

Nuestra sociedad cambia adaptándose a las nuevas tecnologías. Pero por otro lado, hay grandes intereses financieros y políticos que intentan dirigir el cambio hacia sus objetivos personales.

El libro es un *tecno-thriller*, situado en un futuro cercano, narra la historia de una pareja de *hackers* en una sociedad donde internet ya no es libre y las grandes corporaciones con la colaboración de las entidades de gestión de patentes digitales han asumido el control real, tanto del mundo físico como del virtual.

Es accesible a todo tipo de lectores, tanto si te interesa o no la tecnología, la tecnología ya forma parte de nuestras vidas, más de lo que somos capaces de reconocer.

Esta novela se centra en las personas y sus capacidades de hacer

grandes cosas. Existen varias motivaciones que he utilizado para dar forma a la trama:

En primer lugar la vertiente social, estamos viviendo en un mundo cambiante donde la sociedad está dirigiéndose hacia un modelo donde los ciudadanos cada vez tienen menos poderes reales y menos derechos. He intentado extrapolar algunas tendencias y creado un entorno acorde con estas ideas.

Otro punto que he considerado son las modificaciones en el mercado laboral y en la manera que las multinacionales se comportan con el resto de la sociedad. De esta manera invito a una reflexión sobre la impunidad y el exceso de poder de las grandes corporaciones.

Centrándonos en el entorno de internet, quiero llamar la atención sobre la forma partidista con la que se está enfocando el tema de las patentes de *software* y especialmente la gestión de derechos digitales en las que se obvia escandalosamente tanto al creador como al propio consumidor.

En la obra reflejo lo que parece ser una obsesión por parte de los *lobbies* de gestión de derechos y de algunos grupos políticos: El control total de internet, en mi novela la red ya no es libre y las corporaciones con la colaboración de las entidades de gestión de derechos y de patentes de *software* han asumido el control real de todos los contenidos y de las posibilidades de acceso y creación.

También he incluido una vertiente ecologista en la trama, motivada por los constantes fracasos de las repetidas cumbres sobre el clima, para la creación de una política medioambiental. Además intento llamar la atención sobre la gran presión mediática que existe para desprestigiar el ecologismo en su conjunto.

La historia crea una situación en la que un grupo de personas anónimas coordina sus esfuerzos para abordar un problema al cual han sido abandonados a su suerte. Algo que es cada vez más frecuente por los gobiernos, cómo hemos podido observar en la reciente crisis, pues los políticos están más interesados en rescatar a grandes instituciones financieras que en cuidar a sus ciudadanos. La dinámica está inspirada en el espíritu del *software* libre donde la aportación de personas sin aparente conexión entre sí van realizando una labor conjunta.

Adicionalmente he creado una obra de ficción en la cual el

componente *hacker* está descrito lo más próximo posible a la realidad. A lo largo de la obra describo algunas técnicas usuales de intrusión y de ingeniería social de manera que sea comprensible para todos los lectores.

Víctor M. Valenzuela

> Hora local 5 a. m. Europa, cornisa cantábrica.
> Futuro cercano

Darío se despertó y se levantó sigilosamente para no despertar a Casandra, salió del dormitorio y se dirigió a la sala de máquinas. Verificó el estado del calentador solar y llegó a la conclusión de que podría darse una ducha y sobraría bastante agua caliente para Casandra. Por suerte, no sufrían escasez de agua, se duchó tranquilamente y puso en marcha el depurador que reciclaría el agua para regar la huerta del jardín y el invernadero.

Tenían que ser muy cuidadosos con lo que plantaban, no querían a ningún inspector de las empresas de semillas genéticamente manipuladas husmeando por allí. Tomó un desayuno ligero y revisó los sistemas de seguridad, luego salió al jardín a ver cómo estaba Rufo. Este, al verlo, alzó las orejas y lo saludó moviendo la cola, acto seguido, ladeó la cabeza y lo miró intrigado, como si se preguntase adónde iba tan temprano. El perro entonces decidió que sería otra de las excentricidades de su compañero bípedo y que no valía la pena levantarse. Bostezó y siguió durmiendo tranquilamente.

Darío examinó los sensores externos de seguridad y el biodigestor, que generaba metano a partir de la basura para alimentar el modificado *quad,* que usaban para ir a la ciudad a recoger lo que encargaban por internet y a comprar lo que no conseguían producir ellos mismos. Ya totalmente despejado fue a la sala de ordenadores, conectó su vieja consola de internet y se autentificó. Si no lo hiciera no podría acceder, la red estaba monitorizada por cientos de bots buscando espías industriales, terroristas, descargas ilegales, disidentes políticos y sobre todo a los Libres. La antigua consola intercambió licencias, pagó cuotas y

finalmente fue aceptada en internet.

Darío interceptó el certificado que le permitía el acceso y lo traspasó al sistema interno, varias viejas consolas de juegos interconectadas, formando lo más parecido a una inteligencia artificial que se podía poseer, la suma de muchos sistemas expertos (totalmente ilegal, por supuesto). Pero Darío era un libre, un miembro de la comunidad del *software* Libre que se sumergió en la clandestinidad cuando internet dejó de ser medianamente libre y pasó a convertirse en la férrea dictadura digital que se conoce hoy en día.

La comunidad Libre aparentemente había desaparecido, pero seguían generando algunos de los mejores sistemas del mundo. Ya no los desarrollaban para ejecutarse en ordenadores comerciales, todos ellos tenían bloqueos de *hardware* para que solo funcionasen con sistemas propietarios, sería sencillo saltarse la protección, pero la comunidad sabía que era más fácil reutilizar las viejas consolas de juegos, tenían potencia de proceso de sobra y, conectadas en red, eran más que suficiente para realizar cualquier trabajo, las conseguían fácilmente en los centros de reciclaje y nadie se preocupaba por ellas, todas las miradas de los censores estaban puestas en los nuevos productos.

La guerra contra el llamado *software* Libre fue larga, las grandes corporaciones empezaron lanzando agresivas campañas de marketing contra los ideales del código libre. Posteriormente, pasaron a criminalizar y a perseguir a los desarrolladores, acosándolos judicialmente. Cuando la OMC (Organización Mundial de Comercio) asumió el poder real en el mundo, algunas compañías aumentaron las presiones alegando que las pérdidas monetarias generadas eran inmensas y acusó a la comunidad de terrorismo económico.

Ciertas empresas participaban en proyectos de *software* Libre, pero en realidad siempre los usaron como estrategia de guerra contra otras corporaciones rivales o como una manera de absorber mercados. Otras asimilaban proyectos como forma de eliminar competencias. Cuando más tarde ilegalizaron el *software* Libre, estas sociedades simplemente transformaron los proyectos en sistemas cerrados propietarios, en algunos casos existieron batallas en los tribunales para ver quién se quedaba con la titularidad de los

proyectos más innovadores.

En otro frente, las asociaciones de gestión de derechos digitales ampliaron su mercado, y pasaron a gestionar las patentes de *software* y a pleitear contra las empresas que usaban *software* Libre, alegando «violaciones de patentes».

Darío tecleó frenéticamente, lanzando cientos de bots con el propósito de borrar sus huellas digitales y de confundir a los bots oficiales. Al carecer de implantes neurales para controlar al ordenador debía hacerlo a la manera antigua, más lento pero mucho más seguro, teniendo en cuenta lo que estaba a punto a hacer.

Casandra y Darío se conocían desde niños. José, el padre de Casandra, y Alba, la madre de Darío, eran grandes amigos y colaboraron en muchos proyectos de investigación hasta que, en una ocasión, fueron invitados a trabajar en un proyecto de estudios del clima patrocinado por Greenpeace y un grupo de asociaciones de estudios en una estación situada en el archipiélago Svalbard, en el océano Glacial Ártico. Los padres de los jóvenes convencieron al director de la estación para estar allí con sus hijos mientras durara el proyecto. Eso no fue un problema, pues ambos eran muy reconocidos en sus respectivos campos. Alba, una física especialista en meteorología y una experta del *software* Libre, que participó en el desarrollo de modelos climáticos y acabó rediseñando parte del núcleo del sistema Linux para aceptar las rutinas expertas necesarias. Todo lo que los jóvenes aprendieron sobre ingeniería del *software* se lo enseñó ella. José era ingeniero, diseñaba microsensores capaces de medir cientos de variables climáticas, que eran lanzados en globos minúsculos. Los sensores empaquetaban la información y la transmitían a los ordenadores de la estación. Los enseñó a reparar cualquier instrumento o máquina de la instalación y a fabricar nuevas máquinas a partir de lo que parecía un montón de chatarra. Cuando los dos jóvenes se reencontraron, ya adolescentes, en pleno Ártico se enamoraron profundamente. A las pocas semanas se mudaron a una de las dependencias para casados (en algunos países habrían terminado con problemas, pues el contacto físico entre menores de veinte años estaba terminantemente prohibido). Pero en la estación a todo el mundo le pareció muy tierno que los dos jóvenes se sintieran tan atraídos.

Alba habló con Tanaka, el médico de la base, y le hizo una vasectomía reversible a Darío, pues las instalaciones médicas no estaban preparadas para el seguimiento de un embarazo y se quedarían allí por bastante tiempo.

El *software* Libre estaba en guerra: las grandes corporaciones de *software* por un lado, la batalla de las patentes por otro. Además, varias agencias gubernamentales se quejaban de que los desarrolladores de *software* Libre no instalaban las puertas traseras y el envío automático de datos a las agencias de seguridad que los gobiernos exigían. Todo se agravó cuando Alba y José, empezaron a extrapolar las rutinas que tenían desarrolladas fuera del entorno de la investigación climática. Publicaron varios estudios sobre el desarrollo de sistemas expertos que causaron una conmoción en la industria. Lo peor llegó cuando liberaron todas las fuentes y la información técnica detallada en la comunidad Libre y empezaron un proyecto a gran escala que prometía evolucionar a un nuevo nivel toda la informática. Muchos pensaron que existía demasiado dinero en juego para dejar que unos idealistas arruinasen lo que podía ser uno de los mayores negocios del siglo.

Cuando la moda de los implantes de control barrió el planeta, José y Alba identificaron que sus interfaces eran potencialmente inseguras y pronosticaron los virus de los implantes. Iniciaron una campaña de concienciación en la red, pero fueron brutalmente combatidos por la corporación que tenía los derechos de fabricación. Sin proponérselo, desencadenaron dos frentes de batalla de proporciones épicas. En un momento dado, algunos grupos de presión vieron la oportunidad de liquidar a dos pájaros de un tiro. Alba y José eran prominentes desarrolladores y defensores del *software* Libre, usaron esa información para terminar de criminalizar a toda la comunidad, declararon ilegal el desarrollo, uso y comercialización de *software* que no estuviera patentado por alguna de las empresas de una lista selecta. Lanzaron una campaña de difamación a escala mundial, acusándolos de violación de patentes y de amenaza a la seguridad mundial, la OMC catalogó finalmente de terroristas económicos a toda la comunidad Libre.

La maniobra efectuada contra el *software* Libre no pasó desapercibida, existían grupos muy poderosos que deseaban deshacerse de la influencia de Greenpeace desde hacía décadas.

Aprovecharon la ocasión y montaron una operación encubierta en la que mercenarios disfrazados de activistas atacaron y hundieron a varios barcos pesqueros. Curiosamente, siempre existía un buque guardacostas cercano que conseguía enviar un helicóptero a tiempo para filmarlo todo y que no tenía más remedio que abatir a los fanáticos activistas. La asociación ecologista fue inmediatamente ilegalizada y declarada terrorista por efectuar actos de piratería.

Una tarde que Casandra y Darío salieron de la estación meteorológica a pescar, un helicóptero negro sin insignias despegó de un barco no identificado varado en aguas internacionales. Voló por debajo de la línea de detección de los radares convencionales y atacó con misiles la estación, acabando con la vida de todos sus integrantes. Al mismo tiempo, en todas las salas de prensa del mundo llegó la noticia de que la incompetencia de los científicos de la central provocaba una explosión en el depósito de combustible. Por supuesto nadie hizo preguntas. Los líderes de Greenpeace estaban muy ocupados llamando a sus abogados para que los sacasen de la prisión preventiva que les fue decretada. El gran público estaba totalmente extasiado con las promesas de la realidad virtual que prometían los implantes como para importarle que unos activistas que intentaban impedirles disfrutar de la promesa de nuevos placeres desaparecieran. Las grandes empresas de *software* se deshicieron de una competencia incómoda y simultáneamente se adueñaron de una nueva tecnología, y si las corporaciones estaban contentas, los gobiernos también. Nadie se quejó.

Cuando los jóvenes llegaron no pudieron hacer absolutamente nada, habrían muerto allí de no haber sido porque José era un poco paranoico y pensó que cabía la posibilidad de que pudiera ocurrir algo tan extremo. Tenían escondidos víveres, mucho combustible y una Zodiac enorme. Por suerte era verano, con los trajes de supervivencia como protección y con la ayuda del GPS navegaron hacia el sur intentando llegar a Longyearbyen, la principal ciudad del archipiélago, y terminaron topándose con un barco turístico de avistamiento de cetáceos. El capitán del barco reconoció los emblemas de la Zodiac, pues él también era activista. Los pasajeros eran todos entusiastas de grupos ecologistas, nadie hizo preguntas. La Zodiac fue a parar a la bodega y consiguieron llegar al continente. Una vez allí, nada más alcanzar la zona de cobertura de

telefonía móvil, la PDA de Casandra emitió el aviso de recepción de mensajes. José convenció a Alba para dejar un bot programado que rastrease la red buscando noticias de sus muertes. Cuando las encontró, el bot inició una secuencia programada. Casandra y Darío recibieron nuevas identidades digitales y tuvieron a su disposición cuentas bancarias a sus nombres, se transformaron en mayores de edad un año antes de lo legalmente posible y recibieron instrucciones detalladas de cómo acceder a la red Libre, que fue diseñada por Alba y puesta en marcha por diversos colaboradores alrededor del mundo. También obtuvieron una copia de los derechos de varias patentes de José que les permitirían tener unos ingresos durante cinco años; después de ese tiempo, las patentes privadas pasaban a ser propiedad de los grupos de gestión de derechos.

Habían transcurrido muchos años desde estos acontecimientos, ahora Casandra y Darío eran dos cuarentones que habían pasado años engañando al sistema, que tuvieron que vivir siempre intentando no llamar la atención y nada mejor que hacerlo en una vieja casa en un pueblo perdido. Era ideal: no tenían muchos vecinos, poseían espacio para sus equipos, había sol el suficiente tiempo para calentar el agua y cargar las baterías y viento para el generador eólico, y no solía haber escasez de agua.

Al no tener implantes podían realizar algo que pocas personas más podían: rastrear los virus de los implantes. Nadie aceptaba que existieran, pero eran la solución de muchos problemas desde la óptica de los gobiernos y las grandes corporaciones, el marketing definitivo. Casandra y Darío llevaban meses rastreando uno particularmente escurridizo, obra de una compañía de perfumes y cosméticos que estaba arrasando en ventas. Ellos tenían el encargo de una compañía rival de neutralizarlo. Ese era su trabajo, su modo de sobrevivir y de mantenerse al margen del sistema, no tenían ninguna póliza de prestación de servicios totales con ninguna compañía, que era el eufemismo para identificar a la nueva forma de contratos de trabajo que imperaba.

Saltó una alarma en la consola. El programa experto, que simulaba en la red a un usuario con implante, avisó de que el virus acababa de penetrar en el sistema. Por primera vez, Darío pudo registrar su pauta digital; al instante mutó, pero era un inicio: ahora

podía rastrearlo en la red. Esta información ya valía el sueldo de un mes, su empleador estaría contento. El virus no era muy listo, simplemente condicionaba al usuario (por intermedio del implante) a comprar determinada marca de productos. Eran muy comunes, muchas corporaciones usaban variantes. El original fue escrito por un libre capturado y coaccionado a colaborar con una gran empresa de marketing. Lamentablemente, muchos de los virus eran obra de libres capturados.

Las sociedades de gestión de derechos consiguieron tener poderes judiciales cuando la OMC asumió el control de la moribunda ONU. Desde entonces, una fuerza mercenaria se dedicaba a cazar a todo lo que estuviera en las listas negras de las agencias de gestión de derechos. La operación era sencilla: se rastreaba al libre hasta cazarlo y se le arrestaba en secreto; luego se generaba un rastro electrónico en la red que demostraba que el libre había adquirido un paquete de vacaciones para un determinado país y que había sido arrestado en un control rutinario en el aeropuerto y entregado a los agentes de control. Casualmente, el destino elegido para las vacaciones era siempre un pequeño país en cuya legislación los crímenes contra la gestión de derechos estaban penados con la muerte (todos tenían legislaciones clonadas e implantadas después de un golpe de Estado patrocinado por alguna de las grandes corporaciones). A partir de ese momento, el libre tenía dos opciones: colaborar o hacer realidad el rastro electrónico, es decir, viajar en un vuelo privado al destino de sus vacaciones y ser ejecutado. Si aceptaba colaborar, su muerte era solo ficticia pero quedaba registrada, perdía su identidad y pasaba a ser un «sin papeles» esclavo de la compañía, pero muchos preferían esta alternativa.

La poca inteligencia del virus era compensada por su capacidad de esconderse y no ser detectado. Mutaba constantemente, pero Darío consiguió detectarlo y ahora los programas simuladores de Casandra entraban en acción; simulaban miles de mutaciones del virus, a partir de la pauta grabada, y las comparaban con el virus real que sabían que estaba operando actualmente en el *hardware* que fingía ser el implante neuronal. Cuando las pautas de la simulación y del virus real coincidían, el programa de Casandra aprendía y en poco tiempo era capaz de identificar el patrón de

mutaciones y predecirla. Desde ese momento el virus podía ser bloqueado. Darío registró todo el proceso, ordenó a la red Libre que hiciera copias de seguridad de todo y volvió a comprobar que realmente funcionaba, activó la segunda fase del programa y consiguió bloquear el acceso del virus.

¡Bien!, pensó, *lo dejaremos que luche unas horas antes de dar por terminado el trabajo*. Abrió otra consola y realizó una revisión de los términos del contrato para ese trabajo. Encontró muchas condiciones, así que lanzó un programa experto y lo configuró para que calculase cuándo les era más rentable entregar el antivirus al cliente. Bonificaciones por rapidez, penalizaciones por demora, se pagaba por día trabajado, existían cláusulas de todo tipo. No dejaba de ser curioso que una actividad ilegal de cazar virus, que todos los estamentos oficiales aseguraban que no existían, estuviera tan regulada. El programa llegó a la conclusión de que el mejor momento sería dentro de una semana, así que tendrían unos días de vacaciones pagadas a cuenta del cliente, más de lo que las actuales legislaciones garantizaban a un trabajador normal. Luego seguramente recibirían el encargo de volver a realizar el trabajo. Los virus estaban diseñados para actuar en ciertos perfiles psicológicos, este sin duda fue diseñado para los noctámbulos, por eso Darío se despertó temprano, probablemente el cliente pasó eso por alto, pero las condiciones requerían un mínimo de porcentaje de éxito para realizar la parte final del pago.

El programa experto de Darío concluyó que les era rentable entregarlo incompleto, aceptar el setenta por ciento del pago y perder el treinta por ciento restante y después, aceptar el trabajo nuevo para diseñar el antivirus que cubriese todo el espectro psicológico. Era una buena suma, les permitiría viajar hasta una ciudad cercana y comprar más consolas de juego desechadas en una planta de reciclaje. Con dos nodos más de proceso en la red conseguiría rastrear la nueva generación de virus que estaba empezando a aparecer.

Darío preparó un café y se lo llevó a Casandra. Ya estaba despierta y remoloneaba en la cama, pero sabía que sin un café ella no se despertaba del todo y quería que estuviera despejada para contarle cuanto había sucedido. Además, a él siempre se le escapaban cosas que ella conseguía ver, pequeños resquicios,

matices que él no tomaba en consideración y que ella tenía la capacidad innata de descubrir. Si seguían vivos era, muchas veces, por esa mezcla de intuición y mirada aguda que poseía Casandra.

Entró en la habitación en penumbra. En la pared, la gran ventana seguía polarizada. Se acercó y, actuando sobre los controles, dejó entrar más luz. En la otra pared, un cuadro exhibía un paisaje de una playa congelada en óleo por un artista hace mucho tiempo olvidado. Darío se sentó en el borde de la cama.

—Buenos días, cariño. ¿Un café? —preguntó Darío, acercándose.

—Uuums, claro —murmuró Casandra mientras se desperezaba.

—Toma, café de Brasil. Todavía nos queda del último viaje que hicimos de «turismo». —Le tendió una taza con el dibujo de un pingüino—. Ten cuidado, está caliente.

—¿Te refieres al último congreso de Libres en São Paulo? —preguntó Casandra, mientas soplaba suavemente sobre la humeante taza.

—Sí, claro, no creo que lo volvamos a hacer, es cada día más peligroso reunirse en persona, aunque sigamos haciéndolo solo en turnos de cinco en cinco personas y con máscaras venecianas, como las células terroristas. Es una barbaridad que nos tengamos que comportar como delincuentes por defender la libertad de las ideas y de la tecnología.

—Es la tradición, ya sabes, se remonta al siglo pasado, a las convenciones de *hackers*, es mítico además. Brasil tiene una de las legislaciones menos agresivas en ese aspecto, la tapadera de que somos historiadores del *software* es perfecta. La facultad de Ingeniería Industrial es un nido de Libres, pero genera tantas patentes que benefician a las empresas del cinturón industrial de São Paulo, que la dejan en paz. Únicamente allí tenemos semejante equilibrio táctico.

—A ti lo que te pasa es que te encanta Brasil —bromeó Darío.

—Me gusta el sol, ya lo sabes. Además guardamos muy buenos recuerdos de cuando vivimos allí. Ahora deja de charlar y dame un beso de buenos días.

Darío se sentó en la cama y besó suavemente a Casandra, luego empezó a contarle todo lo sucedido durante la mañana. Casandra tanteó en la mesilla y encontró su vieja PDA, descargó el archivo de diagnóstico del programa cazavirus y dictó varias anotaciones a la

PDA. Entre risas regañó a Darío, que le hacía cosquillas en el ombligo, y le dijo que se comportara, que se suponía que estaban trabajando. Darío puso cara de niño pequeño al que acaban de regañar, le mordió suavemente la oreja, se levantó y dijo que era hora de dar de comer a Rufo. Por algún tipo de telepatía desconocida, el perro ya le estaba esperando al lado de su plato, con cara de «¿Por qué has tardado tanto?». Le sirvió su ración y, mientras la devoraba como era su costumbre, le cambió el agua y aprovechó para echar comida a los pájaros, que siempre merodeaban la casa. Las aves sabían que mientras Rufo estuviera cerca, los gatos asilvestrados los dejarían en paz y bajaron a comer en bandada, peleándose entre ellos.

Dos días después, Darío y Casandra se encontraban en un hotel en Sabadell, en las cercanías de Barcelona. Casandra abrió el portátil y se conectó a la red del hotel. El equipo era perfectamente legal, tenía todas las licencias en regla y pertenecía legalmente a una compañía de desarrollo de *software* radicada en Andorra. El pequeño país no era exactamente un paraíso fiscal, pues estos solo estaban al alcance de compañías muy adineradas, pero era un sitio perfecto para tener la sede de la empresa tapadera. Seguía siendo independiente, estaba lo bastante cerca para ir allí físicamente de vez en cuando y garantizar el mínimo de presencia real que se exigía a los socios de la empresa, además era un sitio precioso y las compras legales necesarias salían más económicas que en otros lugares. El sistema experto de Casandra dejó a todos los bots gubernamentales y de las gestoras inspeccionar el portátil en busca de *software* ilegal o licencias caducadas, al mismo tiempo que se ocultaba de ellos. Una vez que la inspección terminó, arrancó un programa de bloqueo para evitar cualquier tipo de intromisión. Sabían que las empresas que los contrataban siempre intentaban espiarles, no entendían muy bien de dónde provenía la destreza a la hora de cazar los virus de esa pequeña empresa, ansiaban robarles sus protocolos de actuación y, de ser posible, capturar a alguno de sus miembros para interrogarles, pero Andorra garantizaba la privacidad de los miembros de sus empresas, era parte de su aliciente. Lo máximo que podían hacer era llegar hasta un portátil, perfectamente legal, que solo se encendía ocasionalmente y cada vez en un hotel distinto para luego desaparecer, recibir los

encargos, entregar los resultados y cobrar las facturas para después esfumarse. El portátil había sido desmontado e inhabilitado sus interfaces GPS y de telefonía móvil, y de *Wifi*, solo se conectaba por cable, normalmente era ilegal manipular el *hardware* de un portátil, pues casi todos los contratos eran de alquiler, pero este fue legalmente adquirido en propiedad, utilizando las anticuadas leyes de Andorra que todavía permitían ser dueño de lo que se compraba.

Cuando alguien de la empresa que los contrataba rastreaba la información, siempre llegaban a un hotel horas después de que Casandra y Darío se hubieran marchado. Curiosamente, el registro del hotel confirmaba que miembros de su empresa se alojaron allí, pero inexplicablemente la base de datos sufría algún desperfecto y se perdían las identificaciones de los clientes de los últimos días. Lo que nadie dudaba es que Casandra sabía acceder a la puerta trasera que las agencias antiterroristas obligaban a insertar en todas las redes de hoteles del mundo, las puertas traseras eran codificadas en todos los *softwares* y servían para que las agencias tuvieran acceso directo a los datos considerados sensibles sin tener que mediar con la burocracia oficial. Una vez dentro del sistema se tenía control total sobre él y no se dejaba huellas, pues los organismos lo último que querían era ser identificados. Si se conocía la puerta trasera de un sistema, se podía hacer cualquier cosa con él.

Cuando la comunidad de *software* Libre cayó presa de las corporaciones, estas se apropiaron de todo el *software* Libre desarrollado y lo empezaron a utilizar para sus propios fines, pero una legión de programadores mal pagados y trabajando en condiciones nefastas se limitaba a cortar y pegar el código antiguo y no se desarrollaban rutinas nuevas en el núcleo de los sistemas, y daba la casualidad que ese núcleo fue desarrollado en buena medida por Alba y su equipo. Casandra y Darío eran parte de ese equipo, miembros de un reducido grupo de personas que seguían activas y que realmente entendían los complejos algoritmos que diseñó Alba con la ayuda de José. José entendió enseguida que las rutinas de Alba no podían ser implementadas en los procesadores normales, así que inició el diseño de un procesador especifico que admitía las ecuaciones de Alba y las codificaba en el código de máquina de un procesador comercial normal, una especie de traductor de código, pero implementado en *hardware*, cientos de

veces más rápido que su primera versión (que era una máquina virtual como el antiguo Java).

Poco después de salir del hotel, los dos se dirigieron a la estación de cercanías para coger el tren hasta Barcelona. El sistema de trenes estaba decrépito, pero era lo único que seguía funcionando. La escalada de precios del petróleo acabó ocasionando que nada más fuera rentable, y aunque los gobiernos fueron desmontando todos los servicios públicos y entregando su gestión a empresas privadas, el transporte tenía que funcionar, pues cada vez más se reducía el grupo de personas que se podía permitir el lujo de utilizar el coche particular. Una vez en el tren, estaban charlando tranquilamente cuando se les acercaron dos tipos con mal aspecto.

—Darío, ¿has visto a esos dos? —le murmuró Casandra al oído, mientras miraba de reojo a aquellos dos.

—Uum, sí. ¿Crees que nos siguen? —le contestó intentando descifrar la expresión del que estaba más cerca.

—No, creo más bien que son delincuentes comunes.

Nada más decir eso, uno de ellos se les acercó y sacó una navaja automática.

—¡Eh, zorra, dame el maldito portátil que llevas! —gritó el más joven, desde detrás del que esgrimía la navaja.

Todas las demás personas del vagón bajaron la mirada y se alejaron lentamente, intentando quedar al margen. Un joven alzó el teléfono móvil y empezó a grabar discretamente. Casandra miró al de la navaja y asintió ligeramente, tendiéndole el portátil. Cuando el tipo fue a agarrarlo, retrajo lentamente el portátil unos centímetros, el agresor se movió hacia delante para poder cogerlo. El ordenador voló de la mano de Casandra, impactó en el segundo tipo, que estaba unos metros por detrás, haciéndolo caer. El primer agresor abrió mucho los ojos y alzó la navaja, pero no le dio tiempo a hacer nada más. Casandra lo golpeó en la nuez y le dejó sin respiración. Al mismo tiempo Darío le descargó un puñetazo en los riñones que lo dejó en el suelo, preguntándose qué demonios había pasado.

—Caray, Casandra, así vamos a terminar llamando la atención, y no nos conviene —dijo Darío, soplando sobre los nudillos de su mano.

—Sabes que odio a los matones —contestó ella, mirando con

odio a los dos infelices caídos.

—Sí, y ya sé que eras la mejor alumna de Tanaka.

Tanaka era un japonés de reducida estatura y con una edad difícil de calcular, afable, aficionado a los origamis complicados y un poco místico. Era el médico de la base, pero también el responsable de mantener en forma físicamente a los miembros de la estación. Conocía varias técnicas de defensa personal y cuando estaba sobre el tatami sufría una metamorfosis y se convertía en un guerrero extremadamente hábil. Enseñó a los dos adolescentes una mezcla que estaba desarrollando él mismo y que, a su entender, sería una revolución en las artes marciales. Los jóvenes no eran alumnos ejemplares, pero Tanaka era tan bueno que lo poco que aprendieron fue más que suficiente para defenderse de cualquiera que no fuera un luchador experto. Casandra se dirigió al tipo que derribó con el portátil y antes de acercarse lo golpeó en las costillas para asegurarse de que no podía hacerla daño. Sentaron a los dos en un banco. Uno de ellos llevaba una petaca con alcohol, así que los rociaron para que parecieran borrachos, y después se dirigió al joven que estaba grabando.

—¿Te importa prestarme un momento el teléfono? —le dijo con cara de pocos amigos.

—¿Estás loca? —contestó el joven, encogiéndose ligeramente.

—Sí. Eso es, estoy loca de atar, y ahora, a menos que quieras que me enfade de verdad, préstame el teléfono dos minutos. Sé un buen chico y podrás tener hijos, ¿me entiendes?

El chico se lo pensó mejor y le tendió el teléfono con desgana. Ella borró todos los vídeos almacenados y le *reseteó* el teléfono para evitar que intentara recuperarlo. Acto seguido, se bajaron del tren en la siguiente estación.

—Uf, menos mal que el portátil es a prueba de golpes —dijo Darío mientras miraba alrededor para asegurarse de que no les seguía nadie—. Tenías razón cuando insististe en que comprásemos la versión militar.

—Bueno, siempre podemos ir a Andorra y comprar otro. Además, me encanta el chocolate que venden allí —respondió Casandra. Su expresión se había relajado y volvía a estar tranquila.

—Creo que me estoy volviendo viejo para esto.

—Bah, no empieces con eso, sigues siendo muy atractivo, esas

canas te sientan fenomenal —bromeó ella, abrazándolo.

—Díselo a mi espalda, siempre anda protestando. Por cierto, has estado estupenda allí dentro, ¿te has fijado en la cara que ha puesto el chaval del teléfono?

—Mira, la primera y última vez que tuve reparos en patear a alguien casi nos matan, acuérdate.

Darío hizo memoria y pensó en cuántas veces se habían visto envueltos en problemas desde que dejaron atrás los humeantes restos de la estación climatológica y abordaron la Zodiac rumbo al sur. Incluso con las nuevas identidades debieron tener mucho cuidado; al principio eran dos jóvenes asustados cuyos padres habían sido asesinados, así como todos sus amigos. El dinero que tenían no duraría para siempre, y los mercenarios que atacaron la estación seguramente intentaran no dejar ningún cabo suelto. Terminaron en París y consiguieron trabajo en una empresa de desarrollo de *software* especializada en bancos. Casi todo el desarrollo de *software* se trasladó a países del tercer mundo, donde salía más rentable, pero los protocolos de seguridad de los bancos cambiaron cuando las mafias internacionales consiguieron sobornar a varias empresas, lo que ocasionó que los franceses tomaran la insólita decisión de exigir que las empresas de desarrollo bancario estuvieran dentro de la Comunidad Europea.

Darío y Casandra, que en aquel entonces tenían poco más de veinte años, llamaron la atención de la empresa a través de su página web, pues les enviaron un algoritmo de control mucho más seguro que el que sabían que utilizaban internamente. No era difícil, la red clandestina de Alba tenía relacionados los algoritmos de control y las empresas que los habían descargado cuando todavía pertenecían a la comunidad del *software* Libre. Fue un trabajo de rastreo y luego de echarse un farol. Resultaron contratados, pero se negaron rotundamente a firmar la póliza de prestación de servicios totales, prefirieron firmar simplemente un contrato de prestación de servicios. A la empresa no le hizo ninguna gracia, pero aceptó.

Un año después, fueron a cenar una noche a un restaurante próximo al centro *Pompidou*. Les gustaba aquella parte de la cuidad, se podía ir en metro, tenía muchas terrazas y restaurantes en las calles peatonales y podían tanto cenar como tomar una copa. Además, los restaurantes crearon una asociación y tenían

contratada una seguridad privada, por lo que era muy seguro. Ellos podían permitirse el lujo de salir a cenar de vez en cuando, pues la empresa no tenía más remedio que pagarles unas tarifas decentes. Al llegar al pequeño apartamento que tenían alquilado se encontraron con dos tipos de aspecto militar. Uno de ellos les apuntó con un Táser. Casandra y Darío se miraron aterrados y se cogieron de la mano para despedirse. Los dos pensaron que había llegado su hora.

—Bien, quietecitos y nadie saldrá lastimado —dijo el del Táser, que parecía estar muy sereno. Por el físico aparentaba ser de Europa del Este.

—Por favor, siéntense —les indicó el otro, que era moreno y menos fornido y parecía ser el que mandaba.

Los jóvenes se sentaron, y el jefe les puso delante un contrato.

—Fírmenlo —les espetó. Darío parpadeó de sorpresa y empezó a leerlo. El matón lo golpeó fuertemente, y cayó de la silla.

—¿Tú también quieres leerlo, preciosa? Fírmalo, y todo quedará en ese ojo morado de tu novio —le sermoneó el jefe sin inmutarse.

—¡No lo firmes, Casandra! —gritó Darío desde el suelo—, es un contrato vital.

Los contratos vitales eran el equivalente moderno de la esclavitud: una persona cedía todos sus derechos a una compañía a cambio de un trabajo vitalicio. En un mundo con cada vez más miseria y escasez de productos básicos eran la única salida para muchos. El jefe les miró, suspiró cansado y empezó a hablarles:

—Oídme bien, la empresa está muy satisfecha con vuestro trabajo, pero no en pagaros tan bien. Además, no le parece sensato que tengáis información privilegiada no sujeta a un contrato.

—Tenemos un contrato de confidencialidad —indicó Casandra, intentando mantener la calma.

—Sí, pero solo impone penalizaciones económicas, creemos que es insuficiente para garantizar vuestra lealtad. Así que tenéis dos opciones: seguir vivos y firmar o la deportación a algún país integrista para que sean ejecutados por mantener relaciones sexuales sin estar legalmente casados —contestó el mercenario. Hablaba despacio y tenía la expresión de no importarle absolutamente nada de todo aquello.

—Bien, firmaremos —dijo finalmente Casandra con una mueca

—. Darío, ¿estás bien? Levántate y ven a firmar.

Darío se levantó, recuperó el bolígrafo y firmó. Al pasarle el bolígrafo a Casandra, lo dejó caer al suelo. En el momento en que el matón desvió la vista de ellos para mirar al suelo, Darío saltó. El mercenario disparó el Táser, pero Darío ya volaba por los aires y, aunque recibió la descarga, afortunadamente estaba regulada a baja potencia y solo lo atontó. Por inercia, aterrizó encima del sicario, derribándolo. El jefe miró atónito y se volvió a ayudarlo, dando la espalda a Casandra, que también saltó, volteó y golpeó al jefe. Aterrizó finalmente de pie, se agachó y, mientras el matón salía de debajo de Darío, le lanzó una patada por detrás de la rodilla, haciendo que cayese, recogió el Táser y les apuntó a los dos.

No tuvo el valor de disparar, miró a Darío que intentaba levantarse tambaleante. En aquel instante de duda, el matón se le abalanzó y el jefe, con un movimiento fluido y seguramente muy ensayado, sacó una navaja y se la clavó a Darío en la pierna para incapacitarle. El dolor despertó a Darío y, en lugar de volver a caer, se apoyó en la otra pierna, agarró al jefe y le dobló la mano de la navaja. Se escuchó un crujido seguido de un grito. El matón que forcejeaba con Casandra se volvió al oír el grito y Casandra aprovechó para darle un merecido rodillazo en sus partes bajas.

Esta vez no dudó, apuntó el Táser y lo descargó en los dos a máxima potencia; quedarían inconscientes por un rato. Maltrechos, los dos se miraron. Darío sangraba por la herida de la pierna y tenía la cara amoratada del golpe. Casandra sangraba por la nariz, pues el matón le asestó un cabezazo que casi la hizo desfallecer, y de no haber sido por la preocupación que sentía por Darío se hubiera desmayado por el dolor. Casandra salió de la habitación y volvió en menos de un minuto, lanzó un botiquín a Darío y empezó a maniatar a los dos sicarios con cinta aislante. Mientras Darío se quitaba los pantalones y se aplicaba un desinfectante en la herida, ella fue hasta la cocina, volvió con un vaso de agua y varias tabletas analgésicas. Se tragó la mitad y le dijo a Darío que se tomase la otra mitad, luego le ayudó con la herida.

—Te tengo que dar un par de puntos —le dijo, mientras le examinaba.

—Bien, espera unos minutos, que me hagan un poco de efecto los analgésicos, ¿quieres?

—¿Estamos bien? —preguntó Casandra, todavía sin poder creerse que todo había terminado.

—Creo que sí, pero debemos marcharnos. Hay que estar lejos cuando se destape todo esto.

Darío encendió su PDA y empezó a grabar en vídeo la escena de los dos matones atados. Posteriormente les escaneó sus chips de identidad (todos los mercenarios lo tenían por motivos médicos), que supuestamente estaban protegidos, pero ellos sabían cómo leerlos. Redactó un correo electrónico a sus jefes, anexó el vídeo y las identidades de los matones, luego accedió a la red de control de la empresa y buscó los datos personales de su jefe inmediato, los anexó al correo (especificando que podían encontrarle y que sabían dónde vivía), accedió a la red de seguridad de la casa del jefe y consiguió una vista de la cámara de seguridad, e igualmente la anexó al correo. Concluyó enviando un documento formal, en el que alegaba que consideraban su relación laboral concluida (para evitar problemas legales), y expuso claramente que, si los dejaban en paz, ellos olvidarían el incidente y no tomarían represalias. Al día siguiente, su jefe pensó con acierto que aquellos que conseguían penetrar en su red de seguridad, y además neutralizar a dos sicarios profesionales, era mejor no tenerlos como enemigos. Simplemente se limitó a redactar un informe de lo ocurrido a sus superiores, alegando que los dos seguramente eran espías profesionales a sueldo de una compañía rival, y que, aunque su proyecto de reclutarlos resultó ser un fiasco, en realidad fue un gran golpe de suerte evitar que dos peligrosos elementos terminasen como activo permanente de la compañía. También recomendaba que los dos sicarios fueran eliminados de la lista de colaboradores habituales para estos casos de contratación extrema.

Mientras tanto, Casandra transfirió todo el dinero de sus cuentas a una cuenta segura en Andorra, además envió un correo electrónico a la agencia inmobiliaria que les alquilaba el apartamento para rescindir el contrato. Ya había empezado a hacer las maletas. Sacó una tarjeta de crédito nueva de su bolso y la activó, dio de baja las anteriores, así como todas sus cuentas, descargó la información en un sitio seguro de la red clandestina de Alba y borró sus huellas digitales de todo el proceso. Darío acabó de ponerse unos pantalones limpios y le preguntó:

—¿Lista, cariño?

—Llamemos a un taxi —le contestó ella, terminando de cerrar una bolsa de viaje.

—¿Adónde vamos?

—Cojamos el tren de alta velocidad a Barcelona y luego volemos a Brasil —contestó sin titubear, como si lo tuviera decidido desde hace mucho tiempo.

—¿Brasil? —preguntó Darío, sorprendido por la seguridad de la respuesta.

—Sí, mi padre estudió allí, ya lo sabes. Hay una estupenda facultad de Ingeniería en São Paulo. Podemos encontrar trabajo allí —dijo ella, mientras inspeccionaba por última vez el apartamento, intentando verificar si no olvidaba nada.

—Pero si tenemos edad para ser alumnos —objetó él, no muy convencido.

—Yo me ocupo de eso, crearé un informe falso de una clínica de rejuvenecimiento.

—¿De esas rusas?

—Sí, de esas. Constará que nos hemos aplicado terapias de rejuvenecimiento, entraremos en nuestras identidades y les sumaremos unos años. Además, ya sabes que tenemos doctorados en ingeniería.

—¿Qué tenemos el qué? —Darío seguía con expresión incrédula.

—Fue un regalo de Alba. Por petición de José, en nuestros historiales consta que tenemos doctorados en ingeniería, lo que es más o menos verdad, ya que lo que nos enseñaron José y Alba vale más que cualquier ingeniería. Solo un momento antes de irnos.

Casandra caminó hasta la mesa caída y recogió el contrato del suelo, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo, no quería dejar ningún cabo suelto. Luego se dirigió a los dos matones y comprobó su estado. Reguló el Táser a mínima potencia y volvió a descargarlo contra los dos. Supuso que eso les daría algunas horas más de tiempo, pero tampoco quería arriesgarse a que tuvieran una parada cardíaca.

—Hola, ¿estás aquí? —preguntó Casandra a Darío.

Darío parpadeó y regresó al presente en una estación de

cercanías en las inmediaciones de Barcelona, veinte años después de los sucesos ocurridos en París y de su huida a Brasil. Parecía que había sido ayer, miró a Casandra y volvió a ver a la joven veinteañera de París, la adolescente de la estación meteorológica, la compañera de tantos años y de tantas peripecias. Sintió que la quería con todas sus fuerzas, la abrazó en silencio y se le saltaron las lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Casandra, sorprendida.

—No es nada, me ha dado un ataque de *saudade* —contestó secándose los ojos con el dorso de la mano.

—¿Por qué siempre que te pones tierno sueltas palabras en portugués? —replicó ella.

—¿Por qué siempre que hacemos el amor ronroneas en francés? —apuntó él.

—¿Prefieres que lo haga en inglés? —contestó ella haciendo pucheros.

—¿Acaso quieres provocarme impotencia?

—No seas tonto. Salgamos de aquí y vayamos al centro de reciclaje de Ígor.

Darío pestañeó y volvió a ver a la Casandra actual, seguía siendo la misma, alta, morena, delgada, con unos enormes ojos negros que parecían siempre ver el más allá, longitudes de onda que Darío no podía percibir, matices que él nunca podría interpretar.

Ígor regentaba un centro de reciclaje de material electrónico cerca del Prat, en las afueras de Barcelona. Tenía un aspecto que a Darío siempre le recordó a un personaje de una serie televisiva de culto de principios de siglo, alto y grandote, con barba y el pelo largo y rizado, una voz grave y profunda y una sonrisa bonachona permanente en el rostro. Poseía un negocio perfectamente legal y no levantaba las sospechas de nadie, pero él separaba ciertos elementos electrónicos y los vendía a los Libres. A cambio, los Libres le suministraban antiguas copias de videojuegos que se podían ejecutar en las viejas consolas, era una especie de historiador de los videojuegos y tenía varios artículos editados sobre ellos, pero las compañías retiraban siempre del mercado los juegos que consideraban obsoletos, además emitían juegos que caducaban cuando eran adquiridos, pues eran vendidos como copias de alquiler. La única manera de jugar con juegos descatalogados era

con el consentimiento de las productoras, pero las listas de historiadores eran inmensas y solo se les asignaba ventanas de poco tiempo para que probasen con estos títulos, así que Ígor conseguía copias de juegos desprotegidos por los Libres y tenía acceso al juego el tiempo que hiciera falta. De esa manera publicaba excelentes artículos sobre juegos antiguos en foros especializados. Por supuesto él no conocía la identidad de ningún libre, todos los intercambios se hacían de manera anónima, era de absoluta confianza, pero las técnicas de interrogatorio de los mercenarios que cazaban libres eran muy elaboradas y se daba por sentado que cualquier información acabaría escupida en un interrogatorio.

Después del intercambio, volvieron a casa con tres placas completas de consolas de juego y un par de discos duros antiguos pero muy rápidos, pertenecientes a un antiguo sistema que fue desguazado. Con ese *hardware* y con las habilidades de la pareja se convertirían en más nodos de su red Libre, estos componentes le añadirían suficiente potencia de cálculo para ejecutar las nuevas rutinas que habían diseñado, con eso podrían acometer los contratos para neutralizar los últimos virus que empezaban a aparecer.

Estaban en el tren, retornando al norte, cuando la PDA de Darío empezó a zumbar. El tren poseía su propia red inalámbrica y compraron la licencia de uso junto con el billete. Un bot de noticias que tenían programado aparentemente encontró algo interesante. Darío alzó la PDA, empezó a leer y, al llegar a la segunda línea tocó suavemente a Casandra, que estaba medio adormilada.

—Creo que debemos leer esto —susurró Darío.

—Ummm, qué sueñecito… ¿Qué ocurre? —respondió Casandra mientras se incorporaba.

—Mira esto —dijo Darío pasándole la PDA.

> ***Extraña epidemia detectada en Ceilán.***
>
> ***Las autoridades advierten de que no hay peligro para la salud pública. Sin embargo, hay cuatro mil trescientos setenta y seis muertos que han fallecido en circunstancias sospechosas. Las autoridades agradecen a la colaboración ciudadana.***

—Vaya, ¿crees que estará relacionada con el Cysex? —preguntó

ella mirando fijamente la pantalla.

—No lo sé, se supone que los protocolos de seguridad de Cysex son los mejores, pero siempre hemos pensado que esto podría pasar. Hay demasiados rumores en la red como para que no exista algo de verdad —contestó Darío rascándose suavemente el mentón.

Cysex era la concesionaria del programa de sexo virtual que empleaba las interfaces neurales de segunda generación. Millones de personas lo utilizaban en todo el mundo, a pesar que muchos países tenían severas leyes contra el sexo prematrimonial o entre menores de edad, pero hasta los países integristas claudicaron ante las presiones de Cysex y de la OMC. Así que, aunque el sexo real estuviera prohibido, el virtual estaba consentido en todo el planeta. Existían parejas que jamás habían hecho el amor en vivo, preferían a Cysex, siempre era satisfactorio y la simulación te permitía elegir el aspecto físico que deseabas. Existían continuos rumores de muertes accidentales en usuarios de Cysex, pero el sistema siempre las desmentía y nunca representaron un número elevado o siguieron una pauta. Si el bot de búsqueda de noticias les envió ese mensaje a la PDA es que identificó la pauta de que todos los muertos eran clientes de Cysex.

Sin que nadie lo supiera, la propia existencia de Cysex estaba protegiendo a la red Libre. Cuando la red Libre pasó a moverse en la clandestinidad, surgió la necesidad entre sus usuarios de seguir en contacto, pues toda la filosofía de la comunidad Libre se fundamentaba en la colaboración del grupo y en el intercambio de información. El grupo tenía que seguir intercambiando datos de manera estable para continuar funcionando. Al principio se enviaban mensajes encriptados, muchos libres cayeron de esa manera cuando sus mensajes fueron interceptados por las agencias de control. La comunidad estuvo a punto de desaparecer.

Hasta que un día Cysex lanzó un servicio de intercambio de grabaciones: los usuarios podían grabar sus sesiones Cysex e intercambiarlas. Una de las formas más baratas era una grabación visual de lo que estaba viendo el usuario durante la simulación, las versiones más caras incluían una copia de todo el espectro de sensaciones. Cada vez que un usuario enviaba a otro sus vídeos, Cysex cobraba un canon por los derechos, aun así la red se vio inundada de vídeos. Los programas de rastreo de las agencias de

inteligencia y de control buscaban información oculta entre los vídeos, pero se vieron desbordadas por los millones de archivos de Cysex. Así que, al final, redes inmensas de programas espiaban millones de vídeos, pero nadie era capaz de contrastar las miles de alertas que provocaba el chapucero *software* utilizado y normalmente los mensajes de posibles contenidos sospechosos terminaban borrados cuando los discos se saturaban.

La red Libre encontró su aliado. La información se estenografiaba digitalmente oculta en los fotogramas de los vídeos, aunque ocasionalmente los programas espía detectaban esta información, pero nadie le daba importancia. Además, Cysex tenía en su nómina a ciertas personas de las agencias de control con orden de que dejaran en paz los vídeos de sus usuarios.

La vieja red clandestina de Alba seguía funcionando, eventualmente un viejo servidor olvidado de alguna universidad despertaba e iniciaba una máquina virtual que enviaba los mensajes a buzones de Cysex, otros programas leían esos buzones y extraían la información. Algunos de los Libres habían conseguido acceder a las puertas traseras de ciertos nodos del control de tráfico de la red y allí mismo interceptaban la información.

—Darío, ¿quién crees qué puede estar detrás de esto?

—No lo sé, de momento no existe ninguna empresa que les haga la competencia. Son prácticamente un monopolio, puede que algún grupo fundamentalista, pero normalmente odian demasiado la tecnología como para ser capaces de diseñar un virus que actúe sobre Cysex.

—¿Una prueba de ciberguerra? —preguntó ella, con voz entrecortada por las repercusiones de la posibilidad.

—Podría ser, pero los países ya no entran en guerra. Solo las grandes corporaciones luchan entre sí por mercados o por recursos. Los países solo son la fachada.

La PDA volvió a lanzar una alarma: se contabilizaron más de tres millones de muertes en las últimas veinticuatro horas en todo el mundo, pero en cuestión de minutos todas las redes de noticias fueron silenciadas y las noticias desaparecieron. El bot arrancó un programa que estaba monitorizando directamente el nodo de acceso a la red de una agencia de noticias, utilizando su puerta trasera. Era uno de los nodos a los cuales la red Libre tenía acceso, la puerta

trasera estaba configurada con sus certificados de seguridad de fábrica, los técnicos de la compañía se olvidaron de cambiarlo cuando lo instalaron.

—Casandra, esto es muy serio. Hay que hacer algo.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —dijo esta sintiéndose impotente ante la magnitud de la situación.

Llevaba razón. Ellos tenían la posibilidad de interceptar los virus de la interfaz neural estándar. La interfaz no evolucionaba desde que Alba y José, utilizando técnicas de ingeniería inversa y la documentación existente, descifraron el protocolo que utilizaba para intercambiar datos en la red. Pero la nueva interfaz de Cysex era distinta, no existía ninguna especificación disponible y nadie sabía cómo funcionaba, sus rutinas eran inútiles con ella.

—Está muriendo mucha gente —murmuró Darío, con expresión desencajada.

—Sí, pero no podemos llegar a Cysex y decirles: «Mire, somos dos libres que hemos decidido ayudar. Por favor, liberen las especificaciones de la interfaz Cysex para que podamos ver qué demonios está ocurriendo». Terminaríamos muertos nosotros también —reflexionó, con la mente muy clara, Casandra.

—La verdad es que, visto de esa manera, tienes toda la razón. —La expresión de Darío cambió al momento, Casandra era más sabia en los momentos difíciles.

—Podemos mejorar el programa experto del bot para que rastree más profundamente en el mar de datos de la red, buscando puntos comunes —dijo ella muy bajito, como si hablara para sí misma.

—¿Llegaste a implementarle lógica difusa?

—Sí, utilicé una de las magistrales librerías de Alba —contestó ella, que siempre había sentido admiración por Alba.

—Um, ¿y matemáticas del caos? —Darío seguía pensando frenéticamente, buscando algún indicio lógico en aquella pesadilla.

—¿Qué sugieres, que busque *atractores* extraños?

—Algo así, supongo —contestó él, no muy convencido.

—Mira, no creo que sea algo fortuito. Sujeto a alguna lógica que no podemos ver normalmente, más bien creo que hay alguien provocando todo esto —reflexionó ella.

Se abrió la puerta del compartimiento y entró un hombre menudo y con aspecto nervioso. Vestía de negro y tenía los ojos

muy abiertos, como si hubiera consumido algún tipo de estimulante. Inspeccionó el vagón nerviosamente. Un poco más adelante estaba sentada una pareja, un hombre de mediana edad y una mujer joven, alta, con el pelo cortado a cepillo. La joven miró al hombre de negro y sus ojos se entrecerraron. El hombre de negro ignoró a la mujer, centraba toda su atención en el acompañante. Metió su mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una pistola de dardos. Ese tipo de arma era mortal a pequeñas distancias, no aparecían en los controles rutinarios al ser de polímeros y solo las podían utilizar las fuerzas de seguridad como defensa en aviones y sitios cerrados. El hombre de negro apuntó lentamente. La mujer se incorporó un poco, en su mano apareció como por arte de magia un Táser minúsculo. Con un movimiento certero apuntó y disparó al hombre de negro, que cayó convulsionándose. Todo sucedió muy rápido. Antes de que nadie pudiese darse cuenta de lo que estaba pasando, la mujer ya se había levantado y había esposado al hombre de negro, luego empezó a hablar por el teléfono móvil. El señor de mediana edad se levantó, inseguro, y habló a los demás pasajeros:

—Cálmense, no hay motivo para la alarma. Esta señorita que me acompaña es mi guardaespaldas reglamentaria.

Lentamente, los pasajeros se fueron tranquilizando y al poco tiempo llegó un agente de seguridad del tren y se llevó al hombre esposado.

—Guardianes de la Ley Divina —resopló Darío.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella con los ojos muy abiertos, sorprendida por la revelación.

—El señor que lleva guardaespaldas se llama Sebastián y es genetista. Acabo de acceder a la lista de pasajeros y luego he buscado quién es —contestó él con una amplia sonrisa, satisfecho por su hallazgo.

—Vaya, qué eficiente, pero ¿crees de verdad que el de negro es un guardián? —Casandra no parecía muy convencida todavía.

—Vamos, ¿quién más intentaría atentar contra un genetista?

—Hasta ahora se habían limitado a presionar, hacer mucho ruido e intentar comprar a algunos políticos —reflexionó ella, que seguía alerta, mirando de reojo a todo el vagón.

—Sí, pero eso ya no funciona. Los políticos pueden legislar

localmente, pero los tratados de la OMC tienen mucho más peso que las leyes locales y si hay negocio, la OMC autoriza lo que sea.

—Parecía un poco aficionado, ¿no? —preguntó ella, recordando mentalmente el incidente.

—Por eso creo que es miembro de esa secta fanática. Si fuera un encargo de asesinato normal, el sicario hubiera sido más cuidadoso y se habría percatado de que llevaba guardaespaldas. Es increíble el revuelo que se ha generado con esta nueva religión, han conseguido atraer a integristas de todas las demás. Jamás pensé que tanto integristas católicos como fanáticos musulmanes llegarían a ponerse de acuerdo.

—De cualquier manera, cada día es más peligroso viajar. Entre los delincuentes comunes, los nuevos fanáticos religiosos y los mercenarios de los contratistas de seguridad, que se suponen que hacen la labor de las antiguas policías, esto es un maldito caos —resopló Casandra.

Después de varios transbordos de trenes, finalmente llegaron a la estación que quedaba próxima a su casa.

—Vamos, recuperemos el *quad* —dijo Darío, rebuscando en la mochila.

—Un momento, antes vamos a comprobar si está todo bien en casa. —Casandra sacó su PDA y conectó con los sistemas de seguridad de su hogar, verificó que no existieran alertas de intrusión y aprovechó para conectar con el sensor que estaba montado en el collar de Rufo para verificar su estado—. Va todo bien: Rufo duerme plácidamente y los sistemas de casa están tranquilos —concluyó con una gran sonrisa.

—Si Rufo está relajado no hace falta verificar nada más, todavía está por inventar un sistema de seguridad que sea mejor que ese perro —comentó Darío sacando su propia PDA.

—Le sentó muy mal aquella vez que le sedaron cuando intentaron hacerse con nuestras rutinas expertas en análisis estadístico. Estuvo una semana de mal humor y durmiendo con un ojo abierto.

Llegaron donde tenían guardado el *quad*. Darío le habló a su PDA:

—*Quad*, diagnóstico —dictó a la máquina—. *Quad*, arranca. —El vehículo se puso en marcha al instante, y se quedó ronroneando al

ralentí.

—Te crees muy listo con tus juguetes —bromeó Casandra.

—No es culpa mía, fue tu padre el que me enseñó a hacer estas cosas, ya lo sabes. Además, me divierte mucho.

Casandra asintió en silencio, Darío y José mantuvieron un vínculo muy especial. José era un ingeniero a la antigua usanza. Podía montar y desmontar cualquier cosa, poseía un don especial, era capaz de mirar cualquier mecanismo y entender cómo funcionaba, su habilidad encandiló al joven Darío, que le seguía siempre al taller de la estación a reparar algo o a preparar un instrumento nuevo para los análisis de Alba. Darío no tenía el don de José, pero fue capaz de aprender y sobre todo se aficionó al «bricolaje» como él lo llamaba en broma. Involuntariamente, Casandra recordó el día en que José y Darío se conocieron de verdad. Tenía recuerdos fugaces, eran niños y tendrían seis o siete años. Alba y José coincidieron en una conferencia y, como siempre, los dos iban acompañados por sus hijos. Casandra recordaba una tarde un poco fría en una ciudad con playa, salieron de la habitación del hotel y fueron a encontrase con Alba y Darío. En sus recuerdos los dos niños ya se conocían, pero este era el más nítido. Mientras los dos adultos hablaban en una jerga incomprensible para ella, se aproximó al niño.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—¿No lo ves? Leo este libro —le contestó el niño, sin mucho entusiasmo. Levantó la vista y vio a una niña delgada y larguirucha, con el pelo negro y largo recogido en una coleta y unos enormes ojos negros que parecían mirar al mundo con asombro.

—¿Es bonito? —preguntó ella asomándose para ver mejor.

—No, es muy aburrido —contestó el niño, muy serio.

—¿Me lo dejas ver?

Darío asintió y le alargó el pequeño libro, la niña lo hojeó y leyó un par de páginas.

—Es aburrido —sentenció Casandra devolviéndoselo. Se levantó y fue a hablar con su padre—. Darío se aburre —les dijo a los adultos, hizo una pausa, se lo pensó mejor y añadió—: y yo también.

—Pues tendremos que hacer algo al respecto —contestó José—. Alba, quédate un momento con los niños que ahora vuelvo. —Y se

fue presuroso.
—¿Adónde va papá? —preguntó la niña a Alba.
—No tengo ni idea —contestó Alba, viendo a José alejarse rápidamente.
Poco tiempo después, José volvió con una bolsa. Reunió a los cuatro y los llevó a una terraza cerca de la playa, pidió bebidas para todos y empezó a sacar cosas de la bolsa. Las fue colocando ordenadamente encima de la mesa.
—Casandra, sujétame esto, que no se vaya con el viento —le tendió a la niña un pliego de papel de colores.
—¿Qué está haciendo, señor? —le preguntó Darío, visiblemente intrigado.
—Una cometa. Hijo, no me llames señor, llámame José o tío José, lo que más te guste —le contestó con una gran sonrisa.
—¿Qué es una cometa, mamá?
—Ahora lo verás —respondió Alba, pero el niño casi no la escuchó, miraba maravillado cómo un montón de palitos y unas hojas de papel se transformaban en un pájaro. Casandra ya conocía el procedimiento y ayudaba a su padre.
Casandra recordaba siempre aquella tarde, por alguna razón se convirtió en uno de los recuerdos favoritos de su niñez. Le gustaba acordarse de su padre así, despreocupado, ayudándole a volar una cometa en la playa. Desearía poder recordar a su madre, pero no tenía ninguna imagen, todo se limitaba a algunas fotos y lo que le contó su padre.
José nació en una familia humilde y siendo muy joven se alistó en la Armada, donde acabó como mecánico de helicópteros. Ahorró algo de dinero, abandonó la vida militar y terminó en Brasil, en la facultad de Ingeniería. Tuvo un breve romance con una chica preciosa que irrumpió en su vida, cambió su modo de ver el mundo y desapareció sin más. Hasta que casi un año después volvió a aparecer con un bebé, cogiendo a José totalmente por sorpresa. A partir de ese día, el huraño genio de las máquinas tomó contacto con su humanidad. Una tarde, la madre de Alba no volvió del trabajo, la buscaron incesantemente, pero nunca supieron qué le había ocurrido. José nunca dejó de buscarla.
Darío estaba muy orgulloso de su *quad*, un desecho encontrado en un desguace. Lo montó con piezas de varios vehículos, le adaptó

el motor para que funcionara con metano y le acopló una CPU con una impresionante capacidad de proceso que se comunicaba con su PDA. Además tenía varios sensores de seguridad, radares de proximidad y un dispositivo de contramedidas electrónicas, todo encontrado en desguaces, piezas provenientes de antiguos coches oficiales o limusinas de ejecutivos. Subieron al vehículo y tomaron la vieja carretera que serpenteaba montaña arriba hacia la casa. A medida que avanzaban, la CPU del *quad* entraba en contacto con los microsensores que Darío tenía desperdigados por el terreno. Eran sensores sencillos, pero capaces de acceder a las cajas negras que las compañías de seguros implantaban en los escasos y caros automóviles que circulaban, recogían su información y luego la descargaban en la CPU del *quad*, que al final la retransmitía a la PDA de Darío. La información de las cajas negras estaba codificada, pero el algoritmo de seguridad resultaba precario. No era algo inusual, las empresas solían gastar más dinero en marketing que en contratar a buenos expertos en seguridad. Existían muy pocos sistemas de seguridad comerciales que no terminasen rotos, los únicos sistemas verdaderamente seguros eran los bancarios y los militares, sin contar los de la propia red Libre.

—Buenas noticias. No ha pasado ningún vehículo por la carretera desde que salimos —dijo Darío a gritos para que Casandra lo escuchase a pesar del casco y del viento.

—Bien, creo que este es el sitio más tranquilo en el que hemos vivido en todos estos años.

Llegaron a la casa, los sistemas de seguridad ya tenían constancia de que se aproximaba el *quad* y pasaron a monitorizar el sensor del collar de Rufo. El sistema experto dedujo por las constantes vitales del perro que estaba contento y llegó a la conclusión de que no había peligro, por lo que procedió a desactivar las defensas y abrir la puerta.

Casandra se levantó sigilosamente, intentando no despertar a Darío, que dormitaba. Estaban agotados y decidieron echarse una siesta. Acabaron haciendo el amor y se quedaron dormidos profundamente, pero Casandra necesitaba menos tiempo de sueño que Darío y se despertó antes. Caminó hacia la cocina y se encontró con Rufo, que la saludó alegremente y luego se sentó delante de la nevera.

—Ajá, quieres una salchicha —le dijo Casandra. Rufo levantó las orejas, confirmándolo—. Te advierto que hace años que nadie sabe de qué están hechas estas cosas.

Rufo ladeó la cabeza, mirándola como preguntándose qué quería decir.

—Vale, vale. A ti no te importa, ya veo.

Abrió la nevera y le dio una salchicha a Rufo que, siguiendo su costumbre, se la tragó sin masticarla siquiera.

—Si te gustan tanto no entiendo por qué no las saboreas un poco.

Empezó a prepararse un café, encontró el paquete de café brasileño e inevitablemente su imaginación voló a la época en que huyeron de París y terminaron en São Paulo, con su enorme aeropuerto, y la ciudad inmensa, caótica, desbordante de vida. Se alojaron en un hotel cerca de la Avenida Paulista, en el corazón financiero, era caro pero muy bueno. No conocían la ciudad y prefirieron no arriesgarse, lo cual era prudente, pues sabían de la existencia de barrios muy peligrosos. Cenaron en un estupendo y pequeño restaurante en una calle cercana. Les llamó la atención que todo el mundo fuera tan cordial, los trataban como a viejos clientes. El idioma era contagioso, la entonación evocaba la música y la sensualidad.

—Me encanta cómo hablan —dijo Casandra.

—Pero ¿entiendes algo? —preguntó él con incredulidad.

—Claro, ya empiezo a pillar cosas.

Darío alargó la mano y separó un poco el brillante pelo negro de Casandra, encontró un minúsculo auricular en su oreja izquierda.

—Estás haciendo trampas, estás usando el *software* intérprete —le dijo con expresión entre seria y preocupada.

—¿Yooo? Además, sabes que no funcionan bien, son un timo —contestó Casandra con cara de inocente.

—Sí, claro que lo son, a menos que… Casandra, ¿no estarás usando un programa libre? Esos sí funcionan. Sabes que como nos pillen con eso estamos fritos. —Ahora sí estaba realmente preocupado.

—Vamos, no seas tan quisquilloso. Esto no es Europa, aquí tuvieron hace tiempo un ministro que estaba a favor del *software* Libre —señaló ella, quitándole importancia con un gesto de la

mano.

—Sí, era músico, pero de eso hace bastante tiempo. Las cosas han cambiado mucho desde que la OMC detenta el auténtico poder del mundo.

—Sí, pero aquí todavía hay esperanza —concluyó ella con un tono de ilusión en la voz.

Una semana después, ya aclimatados, entraron en contacto con un libre que respondía al seudónimo de «feiano267», que consiguió que los recibiera el rector de la Facultad de Ingeniería Industrial, la FEI, como era conocida por todos. Consiguieron trabajo en el centro de investigación, que desarrollaba proyectos por encargo de las muchas empresas radicadas en el cinturón industrial de la gran São Paulo. Alquilaron un apartamento en São Bernardo, cerca de la facultad, y poco después ya tenían un círculo de amigos. Suponían que entre ellos estaba «feiano267», pero hasta años después no supieron cuál de sus amigos era realmente.

Casandra se sentó con el café, volvió al presente, encendió la PDA y le habló:

—Bot de noticias sobre Cysex, resultados en el monitor de la cocina.

El *software* experto que gobernaba la casa encendió el monitor y envió los resultados del bot. Empezaron a aparecer gráficos de estadísticas que buscaban interrelaciones entre los casos ocurridos. Cuando diseñaron el programa experto dudaron si poner sensores de sonido por la casa, pero al final decidieron que sería más seguro dictar las órdenes a la PDA. Las PDA tenían un sistema de control de acceso que permitía que solo funcionasen si las sujetaban uno de ellos. La voz era fácil de falsificar, pero las constantes biométricas que conseguía medir la PDA como vector de autentificación no se podían falsificar. El proceso era más tedioso y obligaba a utilizar las PDA como interfaz, pero cada día estaban más paranoicos con la seguridad. Tenían un pacto: cada vez que uno de ellos descuidaba la seguridad, el otro le enseñaba una de las varias cicatrices que cada uno conservaba, fruto de las veces que casi los matan. Casandra revisó los datos, aplicó nuevos baremos a las funciones estadísticas, pero no encontró nada en común: las muertes eran fortuitas, todos eran clientes de Cysex (pero un gran porcentaje de la población mundial lo era), no habían ocurrido en las mismas condiciones, ni

accediendo a los mismos portales de la red Cysex, ni utilizando los mismos servicios.

Pero las noticias seguían siendo alarmantes: cincuenta mil muertes más en las últimas treinta y seis horas, ausencia de explicaciones oficiales, ninguna noticia en ninguna web, ni amigos ni familiares airados. La censura era total, todos los mensajes desaparecían, si no fuera porque tenían acceso a las puertas traseras de algunos sitios no sabrían absolutamente nada. *Es como si no estuviera ocurriendo*, pensó.

> Algún lugar de Lisboa

Teresa despertó sobresaltada, parpadeó y por un doloroso instante no supo dónde se encontraba. Consiguió enfocar la vista y respiró profundamente. Despacio, logró centrar sus pensamientos.

Se encontraba en una sala de pruebas de la sede de Cysex de Lisboa. *Algo va muy mal*, pudo finalmente pensar, *se supone que en una sesión de Cysex no se duerme*. Se incorporó y vio que en la camilla de al lado otro *tester* estaba dormido o inconsciente, empezó a levantarse, se desacopló la interfaz Cysex y fue hacia el baño, pues tenía muchas náuseas. Allí estaba cuando oyó voces en la sala de pruebas.

—¿Cómo está ese? —preguntó alguien con una voz un poco ronca.

—Ha muerto. ¿Y ese otro? —dijo otro, con un acento extranjero que no consiguió identificar.

—También ha muerto.

—Espera, ¡aquí hay uno vivo! —exclamó el que parecía extranjero.

—Da igual, hay que deshacerse de todos. Suprímelo —sentenció el de la voz ronca. Por el tono parecía el que mandaba.

—¿No quieres interrogarlo primero?

—De ninguna manera, es perder el tiempo. Nunca saben lo que les ha pasado.

Teresa se quedó helada, no podía creer que casi todo su grupo de pruebas estuviera muerto. Y mucho menos que alguien decidiera eliminar, como si fuera un insecto, al que se encontraba inconsciente. Se despejó totalmente al oír hablar más alto en la sala de pruebas.

—La estación número tres está vacía —indicó el de la voz ronca.

—¿Dónde demonios está el *tester* que falta? —dijo el extranjero. Su voz parecía más próxima a Teresa que la otra.

—No lo sé, pero no queremos a nadie andando por aquí con este maldito entuerto. Encárgate de encontrarlo y de que se reúna con estos.

Teresa casi se desmaya al oír que la buscaban para matarla, empezó a ponerse histérica, pero se recompuso. A los *tester* se les exigía autodominio, pues en ocasiones las experiencias virtuales se salían de los parámetros correctos y podían llegar a ser traumáticas. Debían ser personas tranquilas.

Pensó frenéticamente y se acordó de la puerta de servicio de la sala de pruebas. Tenía una cerradura codificada, pero ella poseía el código (se lo dio una amiga que trabajaba en la limpieza del turno de noche). Utilizando los pasillos de servicio se ahorraba mucho tiempo y se saltaba dos controles de seguridad y además evitaba las groserías de los guardias. Sería solo cuestión de minutos que la encontraran. Espió por una fisura de la puerta y vio que los dos individuos estaban mirando en el trastero, donde se almacenaba parte de los equipos de diagnóstico. Respiró hondo y salió corriendo hacia la puerta de servicio. Mientras lo hacía, repetía mentalmente «dos, siete, uno, ocho, dos», una y otra vez. Pasó al lado de la mesa y vio su bolso, por puro instinto alargó la mano y lo atrapó. Al mismo tiempo, uno de los individuos que la estaban buscando la descubrió y gritó:

—¡Allí! ¡Allí está el que falta!

—¡Rápido idiota, que no se escape!, ¡vamos despierta!

Teresa llegó a la puerta y tecleó frenéticamente el código dos-siete-uno-ocho-dos. Por un instante que pareció eterno, la puerta estuvo quieta hasta que sonó el clic de la cerradura automática, la empujó y saltó hacia el corredor de servicio. Al ver eso, uno de los guardias desenfundó su arma y un punto rojo apareció en la espalda de Teresa, aunque ella no fue consciente de ello. El otro guardia, al contemplar la escena, le propinó un manotazo al que se disponía a disparar y le gritó:

—¡Nooo! Idiota, esto es un laboratorio, ¡no dispares, maldito estúpido! —Su voz se volvió totalmente ronca después de gritarle al otro guardia y empezó a toser.

Demasiado tarde, una ráfaga de cuatro disparos salió a velocidad supersónica de la pistola, pero desviados por el manotazo impactaron contra un cuadro eléctrico situado en la pared, a escaso

medio metro de la puerta. El cuadro comenzó a lanzar chispas.

El corazón de Teresa dio un vuelco al oír los disparos y se preparó para morir, se percató, segundos después, de que seguía viva por el atronador ruido de una alarma.

El sistema de incendios de Cysex estaba diseñado para minimizar los daños, por lo que selló el recinto, inundó la estancia de gas para sofocar el incendio e intentó simultáneamente aspirar todo el oxígeno de la estancia. Los dos guardias cayeron desmayados en segundos. Al mismo tiempo, se inició el protocolo de evacuación del edificio. Teresa tuvo la suerte de llegar a una salida de incendios que el sistema había desbloqueado y pudo salir del edificio sin que fuera interceptada por los de seguridad. En pocos minutos se encontraba en la calle, corriendo a toda la velocidad que sus fuerzas le permitían. Sin saber muy bien qué hacer, Teresa cogió el teléfono móvil e intentó hablar con su novio, pero no lo consiguió, así que le dejó un mensaje diciéndole que estaba en peligro y que los de Cysex querían matarla.

Casandra y Darío estaban paseando con Rufo por las inmediaciones de la casa cuando sonó la alarma de sus PDA.

—Mira esto, el sistema experto nos manda algo muy raro relacionado con Cysex —dijo Casandra.

—Déjame ver. Sí es curioso, un mensaje dejado en un contestador de un teléfono que fue bloqueado. El bloqueo reenvió el mensaje a un buzón de Cysex. Por suerte fue en una centralita de teléfonos donde opera una de nuestros bots de puerta trasera. No tenemos muchas así, ha sido una coincidencia increíble.

—Si lo que dice es cierto, esa chica está en apuros. Darío, ¿puedes acceder a esa centralita desde aquí?

—No, creo que no. Nosotros no tenemos ninguna puerta de enlace directa con la red interna de la compañía de telecomunicaciones portuguesa —contestó él con expresión absorta, pues ya estaba pensando en otra cosa.

—Espera, tal vez pueda saltar de aquí al nodo libre de la facultad de Coímbra y desde allí creo que podremos acceder. Hace tiempo se concibió un proyecto conjunto de investigación entre la universidad y la empresa local de telecomunicaciones y les permitieron el acceso. Si no recuerdo mal, fue así como algún libre instaló el bot. Si las rutas siguen dadas de alta llegaré hasta la

centralita.

—Hazlo, manda un mensaje a la red de telefonía desactivando la función de rastreo del móvil de esa chica, luego emite un mensaje diciéndole que podemos ayudarla y dale un buzón de correo franco donde sea posible enviarle instrucciones —dijo Casandra, casi atropellando las palabras por la excitación.

—¡Hecho! —exclamó Darío, después de un rato—. O siguen teniendo algún proyecto común o nadie se molestó en desactivar las rutas.

—Ojalá no sea demasiado tarde —murmuró ella mordiéndose los nudillos.

Darío enlazó con la PDA a la intranet de la casa, activó las rutinas de conexión y de ocultación, y después de varios saltos por viejos ordenadores de universidades conectó con uno de los servidores de la Universidad de Coímbra. El servidor ejecutaba en los tiempos muertos un nodo de la red Libre y aceptó la entrada a Darío después de intercambiar certificados de seguridad disfrazados de archivos comunes. Una vez dentro del sistema, consultó en archivos ocultos los procedimientos para acceder a la red de la compañía de telefonía y se hizo pasar por un usuario autorizado. Accedió a la centralita, normalmente para no despertar sospechas, y una vez que verificó que tenía acceso utilizó la puerta trasera para enviar las órdenes al teléfono de Teresa.

—¿Tenemos alguien de confianza en Lisboa? —preguntó Casandra.

—Solo tenemos contactos con los *hackers* habituales de la red Libre, no conocemos a nadie en persona que nos pueda ayudar —replicó él, que se sentía impotente y cada vez más furioso.

—Tenemos que ayudar a esa chica o morirá —dijo Casandra, todavía más furiosa que Darío.

—¡Espera! Nuestro amigo de São Paulo tiene familiares en Lisboa, le preguntaré.

Darío envió un mensaje urgente, cifrado y oculto en unos vídeos promocionales, a su viejo amigo de la FEI, donde resumía lo ocurrido y le decía que necesitaban un lugar seguro en las inmediaciones de Lisboa.

—Bien, ya está. Le he enviado un mensaje al buzón que tenemos para contactos personales, que le será reenviado a su teléfono

móvil. Son varias horas de diferencia, no podemos hacer otra cosa que esperar. Volvamos a la casa.

> São Bernardo, Brasil

Pedro se despertó temprano, era su costumbre, pues tenía un trayecto largo en bicicleta hasta la facultad y luego solía ducharse para estar presentable y dar clases en el laboratorio de robótica. Mientras desayunaba, revisó sus mensajes y vio uno de alta prioridad en el buzón que utilizaba para intercambiar mensajes con Darío (eran amigos desde hace tiempo y una de las pocas personas que sabía que era un libre). Leyó el mensaje, pensó un poco y volvió a la habitación.

Por un momento se quedó mirando a su esposa, todavía dormida. A pesar de los años seguía siendo atractiva, con aquellos ojos verdes que cambiaban de color constantemente. Era rubia, atlética, parecía una guerrera vikinga. Pedro, al contrario, tenía genes de infinidad de pueblos, era un mulato de esos que parecen tener una edad indefinida con un color chocolate extremamente bello, ojos oscuros y profundos que parecían haber visto muchas cosas, tanto buenas como malas, pero que todavía tenían la capacidad de sorprenderse y brillar.

—Neusa, cariño, perdona que te despierte —le dijo suavemente.

—Umm, aah… ¿Qué hora es? ¿Ocurre algo? —preguntó ella, todavía medio dormida.

—¿Tu familia aún conserva el apartamento de Estoril?

—Sí, lo seguimos manteniendo. ¿A qué viene eso ahora? —dijo Neusa sorprendida, empezando a despejarse.

—¿Te importa prestárselo a Darío unos días?

—Claro que no, no lo usa nadie ahora mismo —dijo ella entre bostezos.

—¿Puedes enviarme luego las coordenadas GPS y el código de acceso? —preguntó él, apartándole suavemente un mechón de pelo que le cubría los ojos.

—Dame uno minutos que me espabile, los busque y te lo envío

—dijo ella incorporándose en la cama.

—Gracias. Neusa, esto es muy importante para mí.

—No seas tonto, pero te va a costar llevarme a ver la película esa que te dije el otro día, ¿eh? —bromeó Neusa.

—Iremos esta misma noche. Nos vemos más tarde. —Se acercó y la besó suavemente.

Pedro, por un instante, estuvo tentado a confesarle a Neusa para qué necesitaban sus amigos el piso. Empezó a pensar en si contárselo todo, pero luego cambió de idea, la besó nuevamente y salió de la habitación.

De camino a la facultad, seguía debatiéndose si además debería referirle a Neusa todo lo concerniente al universo de los Libres. En muchas ocasiones sentía traicionarla por esconder ciertos aspectos de su vida, pero no quería involucrarla, la quería demasiado. Años atrás, en una reunión de amigos, terminaron acodados en la barra de un bar, charlando tranquilamente, mientras las parejas de ambos estaban enzarzados en una discusión histérica a causa de una tontería cualquiera. En un momento dado de la noche, los dos amigos cruzaron una mirada que lo decía todo: ¿qué hacemos nosotros saliendo con esos dos histéricos si nos entendemos tan bien? Dos semanas más tarde ya vivían juntos. Siempre habían sido de ese tipo de personas que no terminaban de encajar con nadie. Como barcos en la bruma oyendo las sirenas de otros buques, vislumbrándose entre los jirones de la niebla, pero destinados a no tocarse jamás. Entre ellos siempre existió una atracción indefinida, como dos estrellas orbitando en torno a su centro de masa común, sintiendo sus fuerzas de marea atrayéndolos. Hasta esa noche en que sus miradas se cruzaron y sus mentes se retorcieron sobre sí mismas, fusionándose en una nueva, como dos dimensiones afines después de su particular Big Bang.

> Cornisa cantábrica, España

Unas horas más tarde, la PDA de Darío emitió una alarma de alta prioridad.

—Casandra, mira esto. Pedro nos presta un apartamento cerca de Lisboa.

—¿De dónde se lo ha sacado?, ¿es seguro? —urgió ella, que apareció corriendo.

—Es de la familia de Neusa, no lo usa nadie. Es perfecto —contestó él, visiblemente satisfecho.

—Envíale los datos a Teresa ahora mismo —exclamó ella, con una gran sonrisa.

—¿Crees que confiará en nosotros? —preguntó él, con expresión sombría, pues no había pensado antes en esa posibilidad.

—No lo sabemos, pero hay que intentarlo —contestó Casandra, quitándole importancia.

Teresa intentó hablar por el móvil, pero este estaba desactivado y no conseguía activarlo. Se refugió en una pastelería y pidió un pastel y un café, aunque era incapaz de comer nada, pegó un salto en la silla cuando el teléfono zumbó avisando de la llegada de un mensaje.

Lo leyó:

Hola, Teresa:

No nos conoces, pero somos amigos. Estamos investigando las muertes relacionadas con Cysex y hemos interceptado el mensaje a tu novio. Cysex está intentando por todos los medios localizarte y creemos que te matarán si te encuentran. Nosotros también nos hallamos en su lista negra por investigar las muertes que están ocurriendo, puede que tengas información que nos ayude a detener la plaga. Confía en nosotros.

Hemos conseguido un lugar donde puedes esconderte, te he enviado las coordenadas GPS a tu móvil y la clave para acceder al apartamento. Hablaremos allí cuando llegues.

Mientras tanto, Pedro copió su bot de seguridad y lo reprogramó frenéticamente, lo descargó en la red de seguridad del apartamento de Neusa, lo hizo de manera que pareciera una actualización del *software* normal, pero le añadió algunas funcionalidades, luego le pasó las claves de control a Darío. Con eso podrían acceder remotamente a las cámaras de seguridad del apartamento y verificar si no existía peligro antes de entrar.

Casandra y Darío volvieron a la casa. Darío silbó llamando a Rufo para que se reuniera con ellos. El perro volvió de mala gana, un poco frustrado por un paseo que le pareció muy corto. Mientras volvían, Darío lo observó; Rufo ya tenía sus años, pero se conservaba fuerte y ágil. También tuvo sus encontronazos con los problemas que perseguían a la pareja. Era curioso, cuando los jóvenes huyeron de las cercanías del círculo polar siempre temieron que mercenarios los cazasen para terminar el trabajo. Pero eso nunca llegó a ocurrir, que ellos supieran, todos los problemas que tuvieron se debían a que pertenecían a la red Libre y que eran muy buenos en lo que hacían. Siempre los estaban hostigando por sus conocimientos. De cualquier manera, sabían que si alguna vez alguien unía las piezas del rompecabezas estarían muertos.

Empezó a recordar cuando trabajaron con Pedro en el centro de robótica de la facultad. Tenían el encargo de mejorar el *software* de control de un robot que fabricaba electrodomésticos. El robot tenía un buen *hardware*, pero el programa fue desarrollado de manera chapucera y en una prueba piloto destrozó lo que intentaba fabricar. Al tercer intento de mejorarlo, la empresa contrató al centro de investigación de la facultad, les enviaron un prototipo del robot, toda la documentación y una fuerza de seguridad de guardias armados para velar por el secreto industrial.

Trabajaron bajo una enorme presión, pues la empresa tenía mucha prisa en poner en marcha la nueva línea de montaje. La presencia de los guardias no hacía más que complicar las cosas, pues eran arrogantes, estaban aburridos y se creían dueños del mundo por portar armas, y además despreciaban a los académicos por considerarlos ratas enclenques. Una noche estaban los tres

trabajando en un bucle de realimentación bastante complejo cuando Casandra fue al baño. Uno de los guardias la siguió y entró detrás de ella.

—Hola, preciosa. Apuesto a que te vendría bien relajarte —dijo el guardia con una sonrisa pícara.

Casandra se sobresaltó en un primer instante, luego lo miró y se le acercó lentamente.

—Ajá, 10-26-613-X. Nunca olvido una secuencia, ¿sabes?

El guardia pestañeó y tardó unos segundos en reconocer que le había dicho el número de su placa de identificación.

—Vamos, no te hagas la difícil. He visto cómo me mirabas —le dijo con una sonrisa forzada.

—Sí, es cierto, me atemorizan los imbéciles armados y siempre los vigilo para intentar evitar que os voléis los sesos a vosotros mismos con esas armas —le espetó Casandra. Había fuego en sus ojos, pero le habló despacio.

El guardia perdió la paciencia e intento abofetearla. Casandra, que esperaba esa reacción, esquivó el golpe, hizo una finta y salió corriendo con el guardia detrás de ella. Pedro y Darío oyeron el revuelo y se volvieron a tiempo de ver que Casandra corría hacia ellos. El guardia iba tras ella gritándole obscenidades, y cuando se dio cuenta (demasiado tarde) de lo que estaba haciendo, frenó en seco. Darío acudió junto a Casandra y se encaró con el guardia.

—Quédate exactamente donde estás y ni se te ocurra acercarte —dijo Darío despacio.

—¿Y qué piensas hacer si me acerco, ridículo empollón? —contestó el guardia con voz burlona, imitando el acento extranjero de Darío.

Darío suspiró y pensó vaya día, y encima me aparece este idiota, pero Casandra empezaba a perder la paciencia y le gritó:

—Mira, maldito gorila, sal de aquí ahora mismo o llamaré a los de seguridad de la facultad y además me quejaré formalmente a tu contratista.

El guardia se puso rojo y se abalanzó hacia Darío, seguramente pretendía deshacerse de él primero y luego ocuparse de Casandra. Darío se separó de Casandra y esquivó el puñetazo que el guardia le lanzó y se mantuvo lejos, esperando.

De repente, el guardia gritó y cayó maldiciendo, agarrándose la

rodilla derecha. Aprovechando la confusión, Casandra había cogido un largo tubo de metal del laboratorio y le había golpeado en la pierna. Darío, que hasta ahora tenía alguna esperanza de resolver el entuerto sin violencia, abandonó toda ilusión al ver que el guardia trasteaba intentando sacar su arma. En dos pasos se acercó al guardia caído y le pegó una patada en la mano, otra con poca fuerza en la nariz, para atontarlo y le inmovilizó con sus propias esposas. Todo fue tan rápido que solo ahora Pedro reaccionó.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Pedro, todavía sin creerse lo que estaba ocurriendo.

—¡Ese bastardo me siguió al baño!, ¡pretendía violarme! —contestó Casandra con furia.

—¡Esa zorra me ha provocado, es culpa suya! —escupió el guardia retorciéndose en el suelo.

—Estás metido en un buen lío —dijo Darío, mirándolo con desprecio.

—Ni lo sueñes, idiota. Los contratistas de seguridad tenemos contratos blindados. Podría volarte la cabeza y no me pasaría nada —contestó el guardia riéndose.

—Puede ser, pero nosotros tres vamos a decir que has destruido material del robot y que además, por tu culpa, vamos a retrasarnos con el proyecto. Veremos qué piensa la empresa de eso —le dijo Casandra, pensado seriamente en patearlo allí mismo.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Pedro, muy serio.

—Bueno, podíamos programar al robot para que le arranque la cabeza y decir que fue un accidente. Todos hemos firmado cláusulas exculpando a la empresa en casos de accidentes causados por el robot —dijo Casandra después de pensárselo un rato.

—Es una idea tentadora. Arrastremos a ese bruto hasta la mesa de pruebas —indicó Darío, aproximándose al guardia.

El guardia en un principio empezó a reírse, pero luego se puso blanco al ver como lo arrastraban cerca del robot y que Darío se dedicaba a teclear en la consola de control. El robot se activó, alargó el brazo motriz y agarró al guardia por un pie, lo alzó y lo dejó balanceándose, gritando como un loco. Casandra se acercó y le dijo:

—Dos opciones, o seguimos jugando con mi robot hasta que te arranque la cabeza o desapareces de nuestras vidas para siempre.

—Vale, vale. Estáis locos, científicos locos de remate. Bájame aquí y me iré —dijo el guardia con voz temblorosa.

—Pedro, bájale despacio —indicó Casandra con desgana.

Darío le soltó las esposas, y el guardia aprovechó para empujarlo fuertemente. Darío cayó al suelo, rodó sobre sí mismo y se levantó con un movimiento ensayado muchas veces. Cuando el guardia cargó, lo esquivó, lo empujó aprovechando la propia inercia del guardia y le hizo la zancadilla. El guardia se derrumbó pesadamente y Darío se aproximó, lo agarró de un brazo, y se lo retorció al mismo tiempo que le pisaba el cuello.

—Mira, imbécil, no necesito al maldito robot para acabar con un payaso como tú. Si te volvemos a ver alguna vez, dejaré que ella se encargue de ti. Yo soy el aficionado, ella es la profesional. Has tenido suerte de que en el baño no te haya matado —dijo Darío, aplicando más fuerza a la llave.

Al final Darío soltó al guardia, no sin antes quedarse con el cargador del arma. El guardia se fue escoltado por dos miembros de la seguridad de la facultad.

—Menudo lío —dijo Pedro—. Voy a tener que redactar un informe sobre esto.

—Aprovecha y exige que manden a guardias de la universidad, ninguno de nuestros chicos de seguridad es un bruto sin cerebro —apuntó Casandra.

—¿Dónde demonios dos expertos en robótica han aprendido a comportarse así? —preguntó Pedro, todavía intentando digerir la nueva faceta de sus amigos.

—Es una antigua historia, tuvimos un viejo amigo que era un experto en artes marciales y nos enseñó algunos trucos de defensa. Además, solemos entrenar en el polideportivo de la facultad. Tenéis un buen equipo —respondió Darío, quitándole importancia al asunto.

Aquella noche terminaron los tres en la casa de Pedro, charlando y bebiendo caipiriñas. Cuando llegó Leila, la compañera de Pedro en aquel momento, los encontró a los tres riéndose de la cara que había puesto el guardia. A partir de ahí se hicieron grandes amigos.

Un día, que estaban los tres solos tomando unas cervezas en el apartamento de la pareja, Pedro, de repente, se puso serio, activó su PDA y se la pasó a la pareja. Los dos pensaron que quería enseñarles

alguna foto, pero perdieron el color al ver códigos de acceso a la red Libre y el perfil de un usuario de alto nivel.

—Ese soy yo —les dijo con orgullo en la voz.

—¿Eres un libre? —preguntó Casandra, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí, y vosotros también. No hay nadie que conozca tan bien las rutinas expertas de Alba que no sea un libre. Vosotros habéis utilizado variantes de ellas programándolas de cabeza, sin «copiar y pegar». Tenéis que ser libres —dijo Pedro de un tirón, casi sin respirar.

—No es muy seguro discutir este tipo de cosas —apuntó Darío con expresión preocupada.

—Mira, no hay sitio más seguro que vuestro apartamento. He visto los sistemas de seguridad que tenéis y el distorsionador láser que hace que vibren aleatoriamente los cristales de las ventanas, de manera que no os pueden enfocar con un láser ni escuchar vuestras conversaciones a causa de las vibraciones del cristal, y estoy seguro de que rastreáis buscando micros ocultos —dijo Pedro después de dar un trago a su cerveza. Parecía muy tranquilo, como si se hubiera sacado un peso de encima al destapar el asunto.

—Vale, bien, nos gusta la privacidad. Eso no es delito —apuntó Casandra, que todavía no sabía muy bien cómo enfocar aquello.

—Somos amigos y pertenecemos a la misma fauna tecnológica, os digo esto porque confío plenamente en vosotros. No hace falta que digáis nada, solo quería que supierais que yo también soy un libre y que podéis contar conmigo —les dijo Pedro muy serio.

Casandra y Darío se miraron y no dijeron nada. Casandra se levantó y le dio un beso en la mejilla a Pedro; Darío, un fuerte abrazo. Buscó la cerveza.

—Un brindis por José y por Alba, ¡los últimos de los Libres todavía legales! —exclamó Darío alzando su vaso.

—Un brindis por todos los Libres ilegales —dijo Pedro, levantándose rápidamente.

—Por la verdadera amistad —exclamó Casandra, uniéndose al brindis.

—Pedro envía a esta PDA tu ID de la red Libre para que podamos hablar en la red y sepamos que eres tú. Luego borraremos esta conversación de nuestras mentes y nunca más hablaremos

como libres sin ser por la red. Es demasiado peligroso, ya es peligroso ser un libre, pero que nos conozcas es altamente peligroso para ti. Te queremos y no nos gustaría que te pasara nada por nuestra culpa, ¿entendido? —dijo Casandra mientras recogía su PDA.

—Sí, por supuesto —señaló Pedro, no muy convencido.

—¿Alguien más sabe que eres un libre? —preguntó Darío. Estaba sentado relajadamente en el sofá y parecía mucho más tranquilo ahora que ya estaba todo esclarecido.

—La facultad está llena de ellos. Muy pocos se conocen en persona, por la forma de trabajar acabas intuyendo a algunos, pero nunca hablamos de ello, como mucho hacemos alusiones veladas —contestó Pedro entre sorbo y sorbo.

—¿Tu novia? —preguntó Casandra, un poco preocupada.

—Ni loco, no la metería en esto por nada del mundo.

—Bien, mejor así —dijo ella, visiblemente aliviada.

Pedro no terminaba de entender porque ellos decían que era peligroso que los conociera. Él era un libre, eso de por sí ya representaba tener algunos problemas. La leyenda decía que Alba fue quien eligió a los dos primeros administradores de la red Libre, que preparó en los días anteriores a la ilegalización del *software* Libre, y que ellos tenían acceso a partes del código que solo los míticos Alba y José conocían y no los había liberado a la comunidad, pues era código todavía inestable, pruebas de concepto y algunas ideas innovadoras, a no ser que estos dos fueran los famosos «admin1» y «admin2» de la red, él mismo era «admin69», pues a lo largo del tiempo admin1 y 2 fueron elevando a la categoría de administradores a usuarios normales.

Darío volvió al presente, tratando de entender por qué siempre acababan metidos en líos de ese tipo, en qué momento se tornó tan problemático ejercer un trabajo.

> Estoril, Portugal

Teresa todavía no podía creer que unos desconocidos le ofrecieran un sitio para esconderse. Cuando recibió el primer mensaje pensó que quizá fuese una trampa y no les hizo caso, salió de la pastelería e intentó llegar a la casa que compartía con su novio. Estaba casi allí cuando, al volver la esquina, vio cómo unos hombres metían a su novio a empujones en una furgoneta, arrancaban a toda prisa y se marchaban, pero los hombres entraron en dos coches cercanos y se quedaron. Teresa pensó que su cuota de suerte debía de estar acabándose, pues se había librado por los pelos dos veces en cuestión de horas. Razonó que era mejor no tentar más al destino. Dio media vuelta y se subió al primer tranvía que pasó, luego enlazó con el tren de cercanías y se encaminó a la dirección que le enviaron en el mensaje.

El apartamento no estaba cerca de la estación de tren, tuvo que andar bastante rato hasta llegar, cuando lo hizo estaba cansada físicamente, pero un poco más tranquila. Se seguía sintiendo como víctima de una alucinación, como si todo eso fuera un mal sueño y pudiera despertar en cualquier instante. Llegó al portal del edificio y accedió con las claves que tenía. El ascensor también respondió a los códigos, subió y al alcanzar la puerta del piso se quedó paralizada delante, dudando qué hacer. Finalmente tecleó la clave de entrada y abrió la puerta, por un instante (que subjetivamente pareció muy largo) se esperó recibir unos disparos o que salieran hombres de las sombras y la agarrasen. No sucedió nada. Se sobresaltó cuando las luces se encendieron y el sistema domótico de la casa le dio la bienvenida apremiándola para que entrase y cerrase la puerta. El apartamento era más bien pequeño, estaba pintado en tonos claros y tenía una decoración minimalista, olía bien y le pareció lo más acogedor del mundo después de todo lo ocurrido. Nada más entrar, una gran pantalla se encendió en el salón y un

acuario virtual resplandeció en ella. Sin pensar demasiado en lo que hacía, se encaminó al cuarto de baño, vomitó, tuvo una crisis de ansiedad y, cuando finalmente se calmó un poco, se dio una rápida ducha caliente, luego se sentó en la cama. Sin saber cómo, se quedó dormida mientras pensaba en por qué su vida se había ido al cuerno.

> Cornisa cantábrica, España

Casandra jugaba con Rufo con una mordisqueada pelota de tenis. Otros perros traían la pelota cuando se la arrojaban para que se la volvieran a tirar. Rufo se inventó un juego muy particular: le lanzaban la pelota y cuando la atrapaba, la ocultaba, lo que obligaba a ir a buscarla. Parece que le parecía más divertido que el juego habitual y nunca traía la pelota de vuelta. Darío observó a los dos jugando. Hacía una bonita mañana de primavera, la zona todavía no estaba desertizada y se divisaban montañas verdes en el horizonte. Era una especie de isla, como si el tiempo se hubiera detenido hace mucho tiempo en estos montes. Al final de la senda estaba la casa, una vetusta vivienda reconstruida infinidad de veces, parecía tan antigua como la propia montaña y levantada con las mismas piedras. La encontraron gracias a Alba, perteneció a un antepasado de ella y estaba abandonada. La compraron a cambio de pagar los impuestos acumulados durante años, pero fue un buen negocio, estaba aislada y tenía espacio para instalar todo lo necesario.

—Podíamos ir a Lisboa —dijo Casandra, sin previo aviso.

—Pues prepárate para otra jornada de trenes —contestó Darío no muy convencido.

—¿Por qué no vamos en avión? —insistió Casandra.

—La última vez que miré los precios de los viajes resultaban absurdos. Todavía estamos pagando los plazos del último vuelo que hicimos a Brasil. Además, tardaríamos más que en tren. Las medidas de seguridad para la clase económica en los aeropuertos son tan exageradas que debes llegar allí con muchas horas de antelación —recitó Darío de un tirón, todavía indignado por los controles del último vuelo.

—Vale, me has convencido. Espero que no nos topemos con ningún loco, como la última vez.

Los tres bajaban por la suave pendiente de la ladera en dirección a la casa, acortando por un sendero entre los árboles, cuando sus PDA empezaron a emitir señales de alarma del sistema de seguridad.

—Parece que tenemos visita, hay señales de los sensores periféricos, pero nadie ha entrado en la propiedad —dijo Darío después de consultar la información del sistema en su PDA.

—Llama a Rufo y veamos quién es.

Casandra llamó a Rufo, que como siempre estaba deambulando entre los árboles, olisqueando absolutamente todo lo que se encontraba a su paso, y se dirigieron a la casa. Al salir del arbolado pudieron ver a un todoterreno con logotipos de alguna compañía y dos tipos enfrente de la puerta. Uno vestía un traje negro, tendría unos cuarenta años y lucía una prominente barriga que le delataba como poco aficionado a la vida sana. El otro vestía un uniforme de guardia de seguridad, era muy joven y tenía el aspecto físico de quien toma anabolizantes. Casi todos los guardias tenían tendencia a parecerse: montañas de músculos, intimidadores y jóvenes. La verdad es que algunos no llegaban a viejos, pues los anabolizantes les destrozaban el hígado, pero la ausencia de trabajos hacía que muchos acabaran engrosando las filas de las agencias de seguridad.

—Hola, buenos días —les dijo el de traje mientras se aproximaban con una sonrisa a todas luces falsa.

Casandra y Darío se miraron, preguntándose quiénes eran esos dos y qué querían. Rufo los miró desde detrás de las piernas de Casandra y gruñó bajito, como queriendo decir «no los conozco y no me gusta cómo huelen». Casandra le lanzó una mirada a Darío que lo decía todo: «Habla tú, que yo me ocupo del sistema de seguridad».

—Buenos días, ¿qué les trae por estos parajes? —le preguntó Darío al tipo del traje.

—Verán, represento a la compañía de seguridad que tiene la concesión de esta región. Hemos verificado que no son clientes nuestros y venimos a ofrecerles nuestros servicios.

—Gracias, son muy amables, pero no necesitamos sus servicios —contestó Darío, ya imaginando de qué se trataba el asunto.

—Creo que sería muy conveniente para ustedes que contratasen nuestra póliza especial —insistió el vendedor, intentando imponer

un tono amenazador.

—Como ya le he dicho no estamos interesados —dijo Darío muy serio, empezando a perder la paciencia.

—Nuestra compañía tiene la concesión de esta región y es ilegal que tengan otro sistema de seguridad que no sea el nuestro.

—Mire, la ley no es exactamente así, además no tenemos contratada seguridad con ninguna compañía —indicó Casandra uniéndose a la conversación.

—No obstante, nuestros sensores me dicen que hay un sistema de seguridad activo.

—Vaya, sus sensores son buenos. Enhorabuena, pero nuestro sistema de seguridad es privado y de nuestra propiedad; ha sido desarrollado e instalado por nosotros mismos. De manera que no violamos la ley de monopolio territorial de su compañía —concluyó Darío intentando zanjar la estéril discusión.

El tipo del traje pareció perder finalmente la paciencia y miró al guardia de seguridad. Le hizo una señal, el guardia se despegó del coche donde estaba apoyado y se dirigió a Darío.

—Mire, amigo, si sabe lo que le conviene, va a desmontar esa mierda que tiene ahora mismo y contratar nuestra póliza, de hecho puedo ayudarle a desmontar sus juguetitos —dijo visiblemente excitado.

—¿Me está amenazando? —preguntó Darío, con voz tranquila.

—No, todavía no, no me gusta hacerlo, ¿sabe?, pero si me veo obligado…

Nada más decir esto, le dio un golpecito a Darío en el pecho con la punta del dedo índice. Al ver esto, Rufo perdió la paciencia y se puso delante del guardia a ladrarle frenéticamente.

El sistema de seguridad pasó del modo de vigilancia normal al modo de alerta. Se activaron nodos adicionales de la red y se levantaron los sistemas expertos, especialmente el que monitorizaba el estado anímico de Rufo utilizando los sensores de su collar. El sistema monitorizó las constantes vitales del perro y detectó que estaba muy cabreado. Activó el sensor de sonido y lo escuchó ladrar como loco: inició el plan de emergencia. Se abrió un compartimiento del tejado de la casa y despegó un pequeño helicóptero de radio control. Era un juguete, pero llevaba adosado cámaras, sensores de movimiento, unidades de GPS y lo controlaba

directamente un nodo de la red de control. El aparato voló y se situó cerca de Rufo, su misión era protegerle.

Darío y Casandra tenían que viajar a menudo y dedicaron mucho esfuerzo a desarrollar un equipo que protegiera al animal en caso de que no estuvieran y recibiesen visitas inoportunas. El helicóptero flotaba a unos metros de altura directamente encima de Rufo, escaneando a todo el mundo mientras el sistema experto intentaba decidir qué o quién era la amenaza. No hicieron falta muchos ciclos de cálculo. El guardia, al ver a Rufo delante de él ladrándole, empezó a maldecir al mismo tiempo que le lanzaba una patada. Rufo se encogió y saltó, librándose de la agresión y seguidamente empezó a gruñir y enseñar los dientes. El guardia no tuvo una segunda oportunidad, pues el helicóptero tenía un Táser atornillado al fuselaje, lo disparó y el agresor cayó desmayado. El del traje miró incrédulo a su compañero, que caía desplomado, y después observó asombrado al helicóptero que ahora flotaba justo delante de él.

—¡Quieto o terminarás como tu amigo! —le gritó Casandra.

—Nuestro amigo volador no es muy listo, simplemente dispara a cualquier cosa que este cabreando a Rufo, así que es mejor que seas simpático —continúo Darío.

Casandra le habló a su PDA y el helicóptero volvió a su compartimento. Darío tranquilizaba a Rufo y le hacía sentarse. Tomó la iniciativa:

—Me temo que tenemos un problema. Primero han invadido ustedes una propiedad particular, y luego han sido testigos de la actuación de un prototipo secreto de un sistema de seguridad que estamos desarrollando para una empresa. Cuando notifique todo este lío a mi contratista, me temo que ustedes dos y su compañía serán demandados por intento de espionaje industrial.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó el del traje con voz nerviosa.

—Nuestro sistema lo tiene todo grabado. Los juicios de espionaje industrial suelen ser muy eficaces y las penas, espectaculares —dijo Casandra mientras colgaba su PDA en su cinturón.

El hombre del traje abrió mucho los ojos y por fin pareció darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Realmente su compañía no tenía en catalogo ningún artilugio volador, aunque pareciera ridículo podrían enjuiciarle por intento de espionaje industrial. A su

empresa le caería una multa, pero él tenía muchas posibilidades de acabar en la cárcel o algo peor.

—Vamos, todo esto ha sido un malentendido, no teníamos modo de saber que estaban trabajando en esto —dijo con una sonrisa forzada y al mismo tiempo empezó a sudar profusamente.

—Bien, ahora si son tan amables de irse por donde han venido y olvidarse de todo esto... Nosotros haremos lo mismo, pero les advierto que como detecte algún tipo de intento de intrusión, tanto física como virtualmente, le enviaré inmediatamente un informe a nuestro contratista y ellos no serán tan compresivos, ¿estamos de acuerdo? —dijo Darío con voz fría, aunque interiormente estaba visiblemente aliviado.

—Sí, claro, totalmente de acuerdo —contestó el vendedor mirando al suelo.

El guardia empezaba a moverse y miraba confuso, intentando descubrir qué le había pasado y por qué estaba en el suelo.

—Vamos, Silver. Levántate y vámonos de aquí, ya la has armado bastante —dijo el del traje a su compañero caído.

—Maldita sea, ¿qué ha pasado? —gruñó el guardia mientras intentaba levantarse, todavía con los músculos de las piernas parcialmente dormidos.

—Obedece, vamos, sube al coche y no discutas —le increpó nervioso, quería estar lo más lejos posible de aquel lugar.

—Maldito chucho, si le atrapo... —escupió el guardia con voz pastosa.

—Cállate, memo, si vuelves a cabrear al perro terminaremos en la cárcel.

El guardia pensó que su jefe había vuelto a esnifar algo, pero prefirió no discutir, y se subió al coche lanzando miradas asesinas a todos. Rufo le gruñó a modo de despedida.

—Uf, esa ha estado cerca —afirmó Casandra, visiblemente aliviada.

—Sí, menos mal que se lo ha creído —intervino Darío.

—Bueno, siempre podemos encubrir nuestros inventos usando el departamento de investigación de la universidad —dijo Casandra de camino al porche de la casa.

—La verdad es que seguro que nos compraban el diseño del helicóptero, cuesta una miseria comparado con la aplicación

comercial que existe y el nuestro es mejor —indicó Darío dejándose caer pesadamente en una silla y respirando hondo.

—El nuestro es mejor porque usamos las rutinas expertas de las bibliotecas del *software* Libre.

—Con *software* comercial esa cosa no volaría jamás, es un juguete con un viejo Táser atornillado a la panza y un montón de chatarra informática adosada.

—Justamente por eso me encanta, es casi poético —confesó ella, sentándose a su lado.

—Vamos entremos en casa y comamos algo, todo este lío me ha dado hambre —dijo él cogiéndola de la mano y levantándose.

Al oír estas palabras Rufo empezó a saltar alegremente y a correr hacia la puerta, cuando llegaron estaba sentado poniendo cara de bueno enfrente de la puerta de la cocina.

—Adivina quién tiene hambre —bromeó Casandra.

—Bueno, dale su ración mientras voy a la huerta.

Darío rodeó la casa y se encaminó a la huerta que tenían detrás, pues poseían un pequeño invernadero donde cultivaban algunas cosas. Verificó el sistema que monitorizaba la temperatura y humedad del invernadero y cómo andaban de nivel de agua en el depósito de reciclado. Recogió algunos tomates, luego salió y fue a una zona plantada al aire libre, donde tenían plantas aromáticas, y cortó unas hojas de orégano y de albahaca. Se dirigió a otra zona, donde tenían cebolletas en varias hileras, y arrancó dos de ellas. Regresó a la cocina con los ingredientes, y vio a Rufo que ya había acabado de comer y estaba durmiendo la siesta en un sitio a la sombra. Casandra verificaba una gráfica en la pantalla de la cocina.

—Casandra, ¿que te parece pasta con salsa casera aromatizada a las hierbas de la montaña? —preguntó dejando lo que traía en la encimera.

—Suena estupendo.

—¿Alguna noticia de Lisboa? —le interrogó Darío.

—No, nada todavía, me temo que tenemos que esperar.

—¿Ha habido más muertes? —indagó él mientras se lavaba las manos.

—Sí, por todas partes. Pero siguen sin noticias oficiales, en muchos foros se está hablando de ello, pero las entradas son borradas por los programas moderadores al poco de ser

introducidas.

Darío se encaminó a uno de los paneles táctiles de control de la casa y programó música de *jazz*. Luego empezó a trastear en la cocina.

—¿Abrimos una botella de vino? —preguntó Casandra.

—¿Tenemos? —indagó él esperanzado.

—Cada día es más difícil conseguirlo. Las grandes compañías persiguen a las pequeñas cooperativas y las amenazan con demandas constantemente. Las últimas botellas que he comprado en el pueblo son de producciones clandestinas —dijo Casandra cogiendo una botella sin etiqueta.

—Algo va muy mal si el vino ya es clandestino en este país —afirmó él con resignación.

—Todo va muy mal hace tiempo —apuntó ella con irritación.

—Nosotros somos afortunados, ya lo sabes.

—Maldita sea, somos afortunados porque vivimos en los límites del sistema. Bordeamos la ilegalidad en casi todo lo que hacemos, en otras cosas somos fugitivos convictos. Comemos cosas normales porque las cultivamos y eso es casi ilegal. Somos dueños de nuestras vidas a duras penas, estoy harta, este mundo es un asco —explotó ella.

—El mundo nunca ha sido un sitio agradable —dijo él en tono conciliador.

—Sí, pero en el siglo XX tuvieron la oportunidad y los medios de hacerlo mejor; en algunos sitios las cosas empezaron a funcionar decentemente.

—Así es, pero en el resto del mundo se seguía viviendo francamente mal —repuso Darío con cierta frustración en la voz.

—¿Y que hemos conseguido en el XXI? Que se viva mal en todo el mundo. En todas partes hay una minoría rica y una mayoría pobre, hemos logrado democratizar la miseria —concluyó ella con indignación.

—La democracia murió cuando el poder pasó de las urnas a las corporaciones.

—La democracia de verdad nunca llegó a existir, pero la divisamos en el horizonte. Eso nos dio falsas esperanzas.

—Olvídalo, vivamos el momento. Vamos a comer, esto ya está listo —dijo Darío en tono más alegre.

—Um, sea lo que sea lo que has hecho huele muy bien —apuntó ella un poco más relajada.

—El mérito es de los ingredientes —Darío puso cara de inocente.

—No digas bobadas.

Darío miró a Casandra y vio el fuego en sus ojos, siempre estaba allí, afloraba cuando salían de su pequeña burbuja y recordaban que el mundo era un lugar injusto y sucio. Que el planeta agonizaba por la desidia de la gente, la corrupción de los políticos y la avaricia de las corporaciones, que las personas eran meros consumidores sin derechos a nada distinto a ser mano de obra barata. Casandra se acercó por detrás y lo abrazó fuertemente, casi haciéndole caer el plato que tenía en las manos.

—No sé qué haría sin ti —dijo ella. Darío se volvió, y la abrazó, besándole el cuello suavemente.

—Vamos, somos un equipo, ninguno de los dos haría nada sin el otro —le explicó él bajito, al oído.

—Pero fue tuya la idea de salir a pescar el día del ataque a la estación. Si no te hubiera acompañado, estaría muerta —repuso ella mientras una pequeña lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Eso fue fortuito, tú me has salvado la vida más de una vez con riesgo de la tuya, eres una luchadora —dijo él, abrazándola más fuerte.

—Umm… Acuérdate de eso la próxima vez que me lleves la contraria —contestó ella mientras se reía y le mordía la oreja.

—¡Ay!, no seas salvaje.

—Cuando estoy desnuda, nunca te quejas de que sea salvaje. ¡Eh!, era una broma. Conozco esa mirada. Vamos a comer, la pasta recalentada está asquerosa —dijo ella soltándolo rápidamente.

—Me acordaré de esto más tarde —indicó Darío con una sonrisa pícara.

—Eso espero —bromeó ella, guiñándole un ojo.

Terminaron de comer y Casandra insistió en recoger la cocina, ya que Darío llevaba parte de la mañana cocinando. Mientras lo hacía, recordó con añoranza el tiempo que pasaron en la estación del Ártico. Durante años bloqueó los recuerdos, pues la pérdida de sus padres y amigos fue un trauma. Con el tiempo fue superándolo y ya podía recordar sin que el dolor y la rabia le atenazaran.

Se acordaba mucho de la impresión que sintió la primera vez

que salieron a pasear por el exterior de la estación. Llevaban ya unas semanas en la estación y finalmente el tiempo mejoró lo bastante como para que fuera seguro salir. Casandra ya estaba claustrofóbica y fue a hablar con su padre, y el taller fue el primer sitio donde lo buscó.

—¡Papá!, ¿dónde estás? —exclamó al entrar y no verlo.

—Aquí al fondo, hija —contestó José sin siquiera poder verla, pues estaba soldando una gran pieza de metal y llevaba puestas unas gafas. A su lado, un poco apartado, estaba Darío observando la operación.

—¡Hola, chicos! —dijo Casandra al acercarse, alegrándose de encontrarlos juntos.

—¿Qué te trae por aquí, hija? —preguntó José sin levantar la vista de su trabajo.

—He visto el parte meteorológico y el tiempo será estable. Podíamos salir al exterior, me siento un poco agobiada de tanto tiempo aquí dentro —dijo ella rápidamente.

—Sí, sí, un momento… —indicó José mecánicamente y terminó de realizar la soldadura. Se quitó las gafas y apagó el equipo de soldar—. ¿Qué decías de salir, pequeña?

—Pues que podríamos salir a pasear un rato —resumió Casandra.

—Okey, pero no es tan sencillo, hay ciertas normas para eso — advirtió José con tono serio.

—¿Qué normas? —preguntó Darío, terminando de guardar algunas herramientas.

—No sé exactamente cuáles son, sé que las hay. Venga, vamos a hablar con Wangari —concluyó José, encaminándose hacia la salida del taller.

Salieron del laboratorio y José se dirigió a la sala de control seguido de cerca por los dos jóvenes. En la atestada sala Lexter, un canadiense grande como un oso y con una poblada barba, discutía con Wangari, una mujer negra increíblemente guapa. Al verlos entrar, cesó la discusión.

—Chicos, os presento a Wangari y Lexter. Lexter es el biólogo jefe y Wangari la responsable de la seguridad. Lexter, Wangari, estos son Casandra, mi hija, y Darío, hijo de Alba —dijo José. En la estación todos se conocían de vista, pero insistió en presentarlos

para que los chicos conocieran sus funciones.

—Hola, chicos —les dijo Lexter. Le dio un beso a Casandra y un apretón de manos a Darío tan fuerte que le dejó la mano adormilada.

—Bienvenidos al infierno de hielo —dijo Wangari, un poco seria, aunque les lanzó un beso con un gesto de la mano.

—Ni caso, chicos. No es tan malo, lo que ocurre es que a Wangari no le gusta el frío —bromeó Lexter.

—Mejor no os fieis del criterio de Lexter, tiene genes de pingüino —contestó Wangari sin dejar de mirar la pantalla de control.

—Bueno, no quería interrumpir, pero nos gustaría salir al exterior y tengo entendido que hay que seguir unas normas —interrumpió José.

—Sí, claro que hay normas. Grabadlo a fuego en vuestras cabezas duras. Si no se siguen, se puede morir en el hielo —dijo Wangari en un tono que a Darío le recordó al de un sargento de marines de cualquier película bélica.

—Vamos, Wangari, no asustes a los chicos, no te pongas castrense —indicó Lexter en tono conciliador.

—No te metas, Lexter. Sería más fácil sin tus malditos osos —le cortó Wangari, todavía más seria que antes.

—Pobrecillos, si solo quedan unos pocos… Están al borde de la extinción —dijo Lexter con dulzura, como si hablara de pajarillos silvestres.

—Esto… si no fuera demasiado inconveniente, nos podías dar las directrices —apuntó José. Los dos jóvenes miraban la escena un poco aturdidos.

—Bien —dijo Wangari, respiró hondo y continuó—: Primero, ver la previsión del tiempo. Segundo, estar seguro de dónde están los osos de Lexter. Tercero, escribir siempre en la pizarra que hay en la salida adónde se va, la hora de salida y la hora prevista de vuelta. Cuarto, llevar siempre esto. —Les tendió unos brazaletes—. Y por último, siempre, pero siempre, avisar a seguridad, ¿entendido? —dijo todo de carrerilla y en un tono que no daba margen para la duda.

—¡Sí, señora! —contestó Casandra y estuvo a punto de hacerle un saludo militar, pero se contuvo en el último instante.

—¿Para qué sirven estos brazaletes? —preguntó Darío tímidamente.

—Son localizadores GPS e intercomunicadores y os avisarán si el tiempo cambia o si hay algún oso demasiado cerca. Además, ¿veis el botón rojo? —contestó Wangari en un tono más amigable.

—¿Este? —preguntó Casandra apuntando al botón de su brazalete.

—Sí, ese, pero no lo toques a menos que tengas un oso cerca —le dijo Lexter.

—¿Un oso?, ¿cómo de cerca? —volvió a preguntar Casandra visiblemente nerviosa.

—Emite un sonido ultrasónico que molesta a los osos y los ahuyenta —explicó Lexter.

—¿Y eso funciona? —preguntó José inspeccionando con ojo crítico el artilugio.

—Hasta ahora a nadie se le ha comido un oso —dijo Wangari muy seria.

—Bien, entonces, si no hay inconveniente saldremos dos horas —dijo José no muy convencido.

—Okey, os apunto. Si en dos horas y diez minutos no habéis vuelto, os llamaré. Por favor, tened cuidado y seguid las normas. Aquí somos todos una gran familia y yo me preocupo por todos —se sinceró Wangari y la expresión de su semblante cambió de un sargento de marines al de una madre preocupada.

—Gracias, Wangari, seguiremos tus consejos. Nos vemos luego. Adiós, Lexter —contestó José.

—¡Hasta ahora! —dijeron Casandra y Darío al unísono.

Y los tres abandonaron la sala de control.

—¿Qué les pasa a esos dos? —comentó Casandra.

—Son una pareja curiosa, ¿verdad? —respondió José riéndose.

—Un poco raros —dijo Darío pensativo.

—Casi todos los que estamos aquí tenemos un punto de rareza —apuntó José.

—No has contestado mi pregunta, papá —dijo Casandra sin darse por vencida.

—No les pasa nada, hija, están casados y tienen mucho carácter. De hecho se han casado, divorciado y vuelto a casar tres veces. Cuando están juntos discuten constantemente, pero si se separan

son profundamente infelices.

—¡Qué complicados! —dijo Casandra, sin llegar a entender totalmente a la peculiar pareja.

—El amor es complicado, acuérdate siempre de eso Casandra —dijo José mirando de reojo a Darío—. Bien chicos, tenéis diez minutos para poneros el equipo necesario para salir al exterior. Nos vemos en la puerta.

Algo más de diez minutos después se reunieron en la puerta, llegaron y Darío empezó a teclear en la pizarra táctil informando la salida, Casandra miraba por detrás de su hombro.

—¿Quién habrá diseñado esto?, no es nada amigable, yo mismo podría escribir un programa mejor —dijo Darío a nadie en particular.

—Entonces ya tienes trabajo, jovencito. Ocúpate de reescribirlo —dijo José desde el pasillo.

Mientras Darío ponía cara de «por qué no cerraré mi gran boca» y Casandra se partía de risa, José les revisó el equipo. Verificó que los brazaletes estuvieran operativos y volvió a repasar el equipo.

—¡Papá, no tenemos todo el día! —exclamó Casandra con impaciencia.

—Aquí no hay prisas, en el hielo los errores se pagan muy caros, ¿o es que no aprendiste nada en el curso de preparación? —la regañó José.

—Vale, vale —contestó la joven un poco avergonzada.

—Y tú, jovencito, deja de jugar con la pizarra y repasa mi equipo. La norma es que se revisa el equipo del compañero —le dijo José a Darío.

—¡Señor!, ¡sí, señor! —bromeó Darío poniéndose firmes.

—Vaya, veo que te ha impresionado Wangari. No dejes que te engañe. Parece un sargento de marines, pero tiene un gran corazón, por eso se hace tanto la dura.

Abrieron la puerta y pasaron a la cámara de aislamiento, de allí la siguiente puerta les conduciría al exterior. Salieron y se alejaron de la base en dirección a la playa rocosa. Cuando perdieron de vista la estación, todo el peso de un ecosistema virgen les cayó encima. La soledad, la visión del horizonte, el frío, la sensación de insignificancia que sentimos cuando nos vemos despojados de la civilización y nos enfrentamos desarmados a la naturaleza en todo

su esplendor. Miles de aves marinas volaban por todas partes, en las gélidas aguas del mar apareció por un instante la figura de una ballena boreal.

—¡Allí! ¡Una ballena! —gritó Darío apuntando al mar.

—¿Dónde? ¡Sí, es genial! —exclamó Casandra, visiblemente excitada.

—Es una ballena boreal. Antes de que los humanos llegasen a estas aguas eran muy numerosas, casi se extinguieron por la caza, se recuperaron un poco cuando las protegieron y ahora están otra vez al borde de la extinción a causa de la caza ilegal —dijo José con tristeza.

—¿Es que no aprenderán nunca? —resopló Casandra con una mueca de disgusto.

Siguieron andando hasta que el reloj de José empezó a sonar.

—Hora de volver. Vamos, la próxima vez saldremos a pescar —dijo José apagando la alarma de su reloj.

—¿A pescar? —preguntó Darío con una expresión confundida.

—Sí, a pescar. No hay nada de malo en capturar un pez y comérselo. Lo hacen las focas y nosotros no somos mejores que ellas —apuntó José, un poco divertido por la confusión del joven.

—Este sitio es increíble —señaló Casandra con un suspiro.

—Está amenazado, por eso permanecemos aquí. El deshielo está destruyendo el ecosistema. Hay especies contaminadas por residuos tóxicos y el cambio de la corriente del Golfo está modificando las condiciones del clima —advirtió Darío visiblemente irritado.

—Veo que has leído el informe de la misión —dijo José.

—Ya sabes que mamá es muy persuasiva —bromeó Darío.

Después de comer, mientras Darío se dedicaba a realizar un diagnóstico a todos los sistemas de la casa y especialmente revisar el helicóptero del sistema de seguridad, Casandra empezó a leer más detenidamente los informes del bot que tenía programado para realizar las búsquedas de noticias relacionadas con las muertes que ocurrían por el mundo. Alguien, seguramente Cysex, borraba frenéticamente cualquier referencia a las víctimas, pero empezaban a encontrarse más comentarios por toda la red: gente preguntando por conocidos que no contestaban a las llamadas, otros que

denunciaban desapariciones… Los bots de censura cada vez tenían más trabajo y era posible recopilar alguna información antes de que fuera borrada.

No parecía existir ninguna relación, las muertes ocurrían en cualquier parte, sin correlación de edad ni pertenencias comunes a ningún grupo. Deberían de cruzar la información con la base de datos de clientes de Cysex para ver si era factible encontrar algo utilizando minería de datos, pero eso parecía imposible. Cysex era inexpugnable, sus sistemas estaban mejor protegidos que los sistemas gubernamentales e incluso que algunos de las agencias de seguridad. Eran los únicos que no se olvidaban de cambiar los certificados y claves por defecto de sus puertas de enlace y, aparentemente, no utilizaban los algoritmos de José y Alba o quizá fueron capaces de mejorarlos.

> Atenas, cerca de la Acrópolis

Giorgos acabó su turno en el restaurante. Antes de irse, se acomodó en la barra con una copa de vino de Creta y se relajó mirando hacia la calle. Trabajaba en un antiguo restaurante en la falda de la Acrópolis, un veterano caserón reconvertido en restaurante hacía mucho tiempo. Tenía una terraza increíble coronada por parras centenarias y fue uno de los pocos capaces de sobrevivir al colapso del turismo accesible. Con el encarecimiento de los traslados, el recorte del tiempo libre de los trabajadores y las crisis periódicas, el turismo volvió a ser algo más exclusivo.

Felizmente para Giorgos, el viejo restaurante tenía un encanto que le permitía sobrevivir y Atenas seguía siendo un destino mágico que contaba con el suficiente turismo como para que algunas de sus infraestructuras persistieran. Por la antigua calle empedrada paseaban algunos turistas, un grupo de japoneses que posiblemente ahorraron durante años para pagarse el viaje, dos parejas de clase alta (custodiadas discretamente por sus guardaespaldas), y algunos mochileros, seguramente estudiantes de arqueología realizando el viaje de sus sueños. Su instante de paz se vio interrumpido por el sonido de su teléfono.

—¿Sí?

—Hola, hijo, ¿dónde estás? —dijo la conocida voz de su padre.

—Acabando mí turno en el restaurante.

—Hijo, no sé cómo decirte esto, pero… tu hermano está en coma.

Por un doloroso instante, Giorgos no supo de qué le estaban hablando, negándose a oír lo que le decían.

—Hijo, ¿sigues ahí?

—Eeh, sí, estoy aquí… No puede ser, ¿qué ha pasado?

—Nadie me dice nada. No sabemos qué ha pasado.

—¿En qué hospital está?

—Lo han trasladado a una instalación militar. No nos dejan verlo, sería mejor que vinieses a casa —dijo su padre atropelladamente.

—¿Cómo que militar?

—Es lo único que sabemos.

—Nos vemos en casa.

Colgó el teléfono sin saber qué pensar y se dirigió, casi sin percatarse, hacia el metro. Cuando se quiso dar cuenta estaba en el portal de la casa de sus padres, en los suburbios. Abrió la puerta y vio a su madre sentada en un rincón, ausente, con su padre al lado. Ella lo miró tristemente y en la mirada le transmitió que no tenían nada de qué hablar, no tenían noticias y todo eso era un gran absurdo. En la otra esquina del salón, su hermana tecleaba furiosamente un portátil. Giorgos miró a su hermana con incredulidad. No se veían todo lo que le gustaría, opinaba que su hermana era un poco excéntrica porque todavía insistía en aporrear un arcaico teclado en lugar de utilizar los implantes de control. Desde pequeños, ya le parecía un poco rara. Irene alzó los ojos del teclado, se levantó y le dio un fuerte abrazo sin decir nada, cuando le soltó, su hombro estaba empapado en lágrimas. Sin mediar palabra, volvió al portátil y siguió tecleando como si estuviera poseída, se levantó de nuevo y trasteó en su bolso, sacó una antigua PDA pasada de moda y estuvo un rato manipulándola.

> Cornisa cantábrica, España

La PDA de Casandra zumbó furiosamente, Rufo levantó las orejas y empezó a ladrar. Reconocía ese ruido, sabía que siempre que lo oía se desataba el caos.

—Maldita sea, ¿qué rayos pasa? —exclamó Darío.

—Un mensaje de prioridad crítica en la red Libre —contestó ella sin dejar de leer la pequeña pantalla.

—¿Qué dice? —preguntó él asomándose por encima del hombro de Casandra.

—Llega desde Atenas, de alguien con privilegios de administración en la red, es una petición de ayuda a escala global.

—Tiene que ser grave, nadie en la red Libre usa ese canal alegremente —murmuró Darío con preocupación.

—¡Bingo! Mira esto —Casandra pasó el contenido del mensaje a la pantalla central.

La gran pantalla central del salón cobró vida, el mensaje contenía un resumen de la historia del hermano de Irene, que estaba en coma y secuestrado, pero lo insólito es que añadía el historial médico y las conclusiones de los médicos, así como varios informes de la policía.

—Aquí está, el gobierno griego ha intercedido, y han recluido a varios casos en un hospital militar, donde los están evaluando —dijo Darío leyendo el contenido del mensaje.

—Según el informe es una especie de sobrecarga de neurotransmisores que ha ocasionado algo parecido a una sobredosis de drogas —murmuró Casandra.

—El informe de inteligencia apunta a Cysex, pero solo como encubridora, y la acusan de rematar a las víctimas.

—Esto despeja las pocas dudas que teníamos de que Cysex es el vector de transmisión —concluyó ella al terminar de leer los datos del mensaje.

—Le voy a contestar y añado todas nuestras conclusiones y simulaciones.

Una sonrisa feroz se dibujó en el rostro de Irene al recibir la respuesta, no pensó que fuera tan rápido, y se mostró desconfiada, pues no podía creer que alguien de la red Libre estuviese ya sobre aviso. Irene no era una libre en esencia, en realidad, pertenecía a una empresa que tenía contratos con agencias del gobierno, entre ellos la seguridad de los servicios de hacienda. Al principio no era una experta en tecnología informática, era una economista encargada de subcontratar a los que hacían realmente el trabajo. Cierta vez subcontrató a un joven experto y tuvieron un convulso romance hasta que este desapareció sin más. Unos días después de desaparecer su novio, Irene recibió por mensajero una PDA con varios documentos, en la PDA encontró unos vídeos, explicándole que él era un libre y que si alguna vez recibía la PDA es que probablemente le hubieran capturado. Le dejaba lo poco que tenía y le transmitía los códigos de acceso a la red Libre. Irene descubrió un mundo que solo conocía en historias y que siempre pensó que eran leyendas urbanas. Durante el tiempo que estuvo leyendo toda la información, acabó absorbiendo parte del espíritu libre y, muy a su pesar, no destruyó los códigos, y ella misma se convirtió en una libre, aunque fuera como invitada. Hasta hoy nunca había utilizado los privilegios que le cedieron, solo accedía a la red Libre para renovar sus certificados y para leer las noticias de los varios grupos *underground* sobre seguridad. Además, esa información le ayudó a conseguir varios ascensos, pues sus conocimientos de seguridad se incrementaron, terminó siendo una experta en seguridad sin proponérselo.

Mientras Darío y Casandra revisaban la información recibida, otro mensaje zumbó en sus PDA.

—Un mensaje de feiano267 —indicó Darío, después de ver el remitente del mensaje.

—¿Es que nunca duerme?, ¿qué hora es allí? —preguntó ella.

—Dice que el informe médico le recuerda a un caso que le contó un amigo suyo —dijo Darío, tras leer rápidamente el mensaje.

En el correo se relataba que un amigo médico fue contratado para monitorizar los experimentos de un grupo religioso que intentaba potenciar las experiencias de éxtasis religioso

experimentadas en el candomblé. Indicaba que en algunas ocasiones el sujeto entraba en un coma reversible inducido por neurotransmisores, añadía que aparentemente la instalación fue destruida por un incendio una noche y el proyecto abandonado. Concluía diciendo que existían indicios de que en realidad fue un atentado de algún grupo religioso fundamentalista que considera el candomblé una religión pagana. Después de comer, Casandra se sintió indispuesta y dijo que iría a dormir un rato.

—Casandra, ¿te encuentras bien? —preguntó Darío, posando la palma de la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

—Sí, no te preocupes, es solo que estoy un poco mareada. Puede que esté incubando una gripe.

—¿Te preparo una infusión o algo? —insistió él.

—Gracias, pero creo que lo que necesito es dormir un poco —dijo ella ya en el pasillo, a medio camino de la habitación.

—Vale, que descanses.

Mientras Casandra descansaba, Darío fue a revisar la información que los bots seguían recolectando sobre los incidentes que ocurrían por todo el planeta. Se sumergió totalmente y pareció olvidarse del mundo. En un momento dado estaba completamente absorto cuando sintió un golpe en las piernas, volvió a la realidad sobresaltado y vio a Rufo que ladraba furiosamente y le saltaba encima.

—Rufo, ¿qué quieres ahora? —exclamó Darío contrariado.

Rufo siguió ladrando, paró un momento y empezó a gimotear.

Darío pensó que algo tenía que andar muy mal para que el perro se comportara de esa manera. De un manotazo pulsó el botón que activaba todas las defensas de la casa y salió en busca de Casandra. Corría hacia la habitación cuando Rufo le adelantó. Al llegar el perro estaba encima de la cama olisqueando a Casandra y gimiendo desconsoladamente. Darío se asustó tanto que por un instante tuvo que agarrase a la puerta para no caerse. Se repuso en una fracción de segundo y ya estaba al lado de Casandra. Estaba inconsciente, tenía el pulso acelerado y un color que no auguraba nada bueno, la movió colocándola en posición de defensa, descolgó la PDA del cinturón y le habló.

—Casa, llamada de alta prioridad —dijo, intentando mantener la calma para que el sistema reconociera su voz.

—¿Código? —contestó el sistema domótico que gobernaba la casa.

—Emergencia médica, código severo. Se requiere asistencia médica urgente y presencial.

—Se requiere confirmación de la aseguradora médica —respondió la impersonal voz del sistema.

—Confírmalo, envía el certificado de autenticidad.

—Enviado.

Durante unos angustiosos instantes no ocurrió nada, luego se escuchó:

—Buenas tardes, le habla el sistema médico de Med-Inc. Su transacción ha sido aceptada con éxito, el tiempo de respuesta se estima en más de veinte minutos y menos de una hora. Tengan un buen día y gracias por confiar en Med-Inc.

Volvió a concentrar su atención en Casandra, verificando sus constantes vitales. Como parecían normales, fue al laboratorio y rebuscó frenéticamente en una caja llena de artilugios. Desesperado, la vació en el suelo, desparramando todo el contenido. Al instante, encontró lo que estaba buscando: una pulsera de velcro con un biomonitor adosado, recuerdo de un antiguo proyecto. Corrió de vuelta y le puso la pulsera a Casandra, al mismo tiempo que trasteaba para conectarla con su PDA; no era una interfaz lista pero medía las constantes vitales. Suspiró aliviado al encontrar en la red el programa de diagnóstico médico. Lo descargó en la PDA y empezó a recibir los datos de la pulsera. Su corazón volvió a latir con normalidad cuando la pantalla mostró gráficas en verde, indicando constantes vitales estables.

Casandra se revolvió, abrió mucho los ojos y empezó a quejarse.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—No lo sé, pero me duele mucho… —dijo Casandra entre lágrimas.

—¿Dónde? —preguntó él con calma, aunque internamente estaba conmocionado.

Ella no pudo decir nada más, apretó los dientes, gruñó, y volvió a desmayarse antes de que a Darío tuviese tiempo de reaccionar. La

casa habló:

—Alarma de intrusión nivel tres —dijo la voz sintética del sistema.

—¿Situación? —preguntó él con la esperanza de que fuera la asistencia médica.

—Vehículo accediendo al perímetro externo —contestó el sistema.

—¿Identificación?

—Caja negra codificada, decodificando, aguarde. Decodificado: asistencia rápida de
Med-Inc
.

—Desactivar seguridad, prioridad uno —dijo Darío aliviado.

—Desactivando defensas, pasando a modo vigilancia —concluyó el sistema.

Darío corrió hasta la puerta. Nada más abrirla, una enorme furgoneta todoterreno aparcaba delante de la casa. El conductor salió del vehículo seguido por una mujer de mediana edad, que solo podía ser la doctora.

—Tenemos un aviso de urgencia médica, ¿es aquí? —preguntó la médica en tono profesional.

—Sí, rápido. Se ha desmayado, pero antes le dio tiempo a decir que sentía mucho dolor. Sus constantes vitales son estables —contestó Darío atropelladamente, intentando darle la mayor información posible en el mínimo espacio de tiempo.

La mujer lo miró como disgustada y lo siguió, al llegar sacó del bolsillo una pulsera monitora, pero al darse cuenta de que ya tenía una puesta, se lo pensó mejor y conectó su PDA médica a la pulsera de Casandra.

—Bien, tiene razón, está estable. Eso es muy bueno. ¿Sufre alguna enfermedad? —preguntó la doctora sin dejar de mirar la pantalla del aparato médico.

—No, que sepamos.

—¿Toma alguna medicación?

—No.

—Bien, vamos a transportarla a la ambulancia para intentar realizar un diagnóstico.

Al decir esto, el conductor salió y volvió en poco tiempo con una

camilla. Subieron a Casandra y la llevaron a la ambulancia. Mientras el conductor conectaba dispositivos, la médica se dirigió a Darío.

—Señor, tengo que pedirle que aguarde un momento aquí fuera para que podamos realizar una exploración, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, claro —atinó a decir Darío, ya mucho más tranquilo al ver a Casandra atendida.

—No se preocupe, está todo bajo control —dijo la médica, que lo miró directamente a los ojos y le transmitió confianza.

—¡Gracias, doctora! —exclamó Darío.

Darío se sentó en el porche con Rufo suspirando a su lado, cada uno sufriendo a su manera, confortándose el uno al otro. Ninguno de los dos supo cuánto tiempo pasaron esperando; Rufo, por medir el tiempo de alguna manera que para los humanos es incomprensible y Darío, por estar demasiado angustiado para poder ser objetivo; pudieron ser minutos u horas. Sin quererlo recordó a su madre, ella siempre parecía saber lo que hacer hasta en los momentos más difíciles. *¿Cómo lo conseguía?*, pensó, *¿cómo hacía para aparentar que nunca se desmoronaba?* Alba era un espíritu indómito, tremendamente práctica, pero sensible en los momentos oportunos. Hizo un esfuerzo increíble para criarlo sin que él echase demasiado de menos una figura paterna. En un momento dado de su vida, harta de varias relaciones sin éxito, decidió tener un hijo y recurrió a una clínica de inseminación artificial. Se tomó un año sabático en sus investigaciones cuando Darío nació. Posteriormente, se dedicó durante algún tiempo a la enseñanza hasta que volvió a la investigación.

Se escabulló de sus recuerdos al abrirse la puerta de la ambulancia y surgir la doctora. Se levantó tan rápido que sintió sus tendones crujir con el esfuerzo, se secó las lágrimas, se armó de valor y salió al encuentro de la doctora.

—¿Cómo está? —preguntó Darío sin preámbulos.

—Perfectamente, le he administrado un sedante y está dormida —contestó la médica rápidamente.

—¿Qué le ha pasado?

—Tiene un cálculo renal, el dolor hace que se desmaye.

Darío sintió que la garra que estrujaba sus entrañas aliviaba la presión y pasó a sentir solo una especie de vacío, como si un

miniagujero negro lo devorase por dentro. Se tranquilizó y empezó a pensar con la claridad que le era característica.

—¿Complicaciones? —preguntó a la doctora.

—No, es solo un cálculo, pero es demasiado grande para que lo expulse naturalmente y vamos a tener que practicarle una cirugía —dijo la médica. Parecía relajada.

—¿Qué tipo de cirugía? —preguntó él, otra vez preocupado.

—Es una intervención menor y la podemos realizar aquí mismo, en la ambulancia, si usted lo autoriza.

—¿Me puede informar antes del tipo de equipo del que dispone? —preguntó Darío muy serio.

La doctora abrió mucho los ojos e iba a replicar que a él qué le importaba el material, cuando se acordó del brazalete de monitorización que tenía puesto Casandra, y se lo pensó mejor.

—El brazalete que tiene puesto la paciente, ¿de dónde lo ha sacado? —preguntó la doctora mirándolo fijamente.

—Casandra —dijo Darío.

—¿Cómo dice? —indagó la doctora un poco desconcertada por la respuesta.

—La paciente se llama Casandra —dijo Darío, sonrió y le tendió la mano.

—Perdón, soy la doctora Torres —dijo ella estrechándole la mano.

—Darío, encantado de conocerla. Hace tiempo colaboramos en un proyecto para la Universidad de Madrid relacionado con interfaces médicas.

—¿Son médicos? —preguntó ella intrigada.

—Se puede decir que somos una especie de ingenieros informáticos —contestó Darío.

—Entiendo… Mire, si me indica dónde está el baño, yo no veré cómo usted revisa el equipo, ¿de acuerdo?

—Al final del pasillo, la puerta azul. Y gracias.

—Tiene cinco minutos —dijo ella con voz seria.

Darío se subió a la ambulancia, el conductor lo miró a él y luego a la doctora. Al ver el gesto que le hizo la médica se bajó y se sentó en el porche. Rufo la observó curioso, se acercó y la olisqueó, llegó a la conclusión de que le caía bien y saludó sin mucho ánimo. Darío se acercó a Casandra y la besó suavemente en la frente. Sacó su

PDA y escaneó los códigos de barras de los equipos del robot cirujano, bajó de la ambulancia, activó el teléfono de la PDA y realizó una llamada.

—Hola, Ramón —dijo Darío en cuanto se estableció la comunicación.

—¿Quién eres y de dónde has sacado mi número privado? —gruñó alguien al otro lado de la línea.

—Ramón, soy Darío, ¿no recuerdas ya a los viejos amigos? —dijo Darío.

—Darío, caramba, hace años que solo hablamos por correo electrónico. Ya ni me acordaba de tu voz —dijo Ramón, cambiando radicalmente el tono.

—¡Necesito tu ayuda! —exclamó Darío a bocajarro.

—Cuenta con ella —contestó Ramón sin dudarlo un instante.

Darío le contó la situación de Casandra, le habló de la operación y le pasó el código del robot cirujano.

—¿Así que quieres saber si es fiable ese modelo? —preguntó Ramón, después de pensar unos instantes.

—Sí, y si los protocolos de
Med-Inc
son buenos.

—Sí, espera, no cuelgues. Tengo que consultar unas cosas y hacer una llamada —le indicó Ramón.

Por unos minutos Darío solo escuchó la típica música de llamada en espera, al rato Ramón volvió a hablar.

—Darío, tenéis suerte, no creo que exista robot cirujano más seguro que ese —dijo Ramón en tono alegre.

—Me alegro mucho, pero ¿por qué lo dices? —preguntó Darío esperanzado.

—¿Te acuerdas de CyberMed?

—Sí, claro, el laboratorio al que le optimizamos el *software* de control robótico hace unos años —contestó Darío haciendo memoria y rebuscando en su almacén mental de proyectos.

—Pues bien, CyberMed vendió las licencias a
Med-Inc
, lo que quiere decir que el robot está ejecutando el *software* que vosotros optimizasteis —concluyó Ramón.

—¿Tiene incidentes registrados? —preguntó Darío persiguiendo

la información.

—Solo causados por la mala intervención del médico que configura la intervención, ninguna causada por el robot.

—¿Tú qué harías? —preguntó Darío indeciso.

—Mira, Darío, esa es una decisión muy personal. Como médico no te puedo contestar, como amigo te diré que yo mismo me dejaría operar por esa cosa si el cirujano operador es bueno —dijo Ramón con firmeza.

—Ramón, no sé cómo agradecerte esto.

—No digas tonterías, Darío, sabes que os quiero a los dos. Mantenedme informado de todo y si necesitas algo más llámame a la hora que sea, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Adiós, Ramón.

Ramón era un gran amigo, aunque no lo veía a menudo, pues llevaban vidas muy distintas. Era una persona entrañable, muy inteligente, demasiado crítico consigo mismo y con tendencia a esforzarse más de la cuenta. Era de estatura mediana, siempre llevaba barba y seguía usando unas gafas que le daban un aire de intelectual de antaño.

Darío guardó la PDA y se dio cuenta de que la doctora estaba a su lado, mirándolo con suspicacia.

—¿Pidiendo una segunda opinión? —preguntó la médica.

—No se ofenda, doctora, tengo un amigo médico y le pedí información sobre su unidad robótica. No dudo de su capacidad como cirujana —explicó Darío, intentando parecer lo más sincero posible.

—¿Ese Ramón amigo suyo no será, por casualidad, Ramón Partida?

—Sí, el mismo, coincidimos en un proyecto en la Universidad de Madrid. ¿Lo conoce? —preguntó Darío sorprendido por la coincidencia de que los dos médicos se conocieran.

—He leído sus artículos y he ido a sus conferencias. ¿Qué le ha dicho? —indagó ella en un tono amigable.

—Que si el médico es competente, la unidad es perfectamente apta para la intervención. Así que adelante —contestó él.

—¿Sabe que las intervenciones no están cien por cien cubiertas por las pólizas y que tienen un coste adicional? —preguntó ella, su voz había vuelto a ser profesional.

—Sí, lo sé.

—Bien, firme aquí —dijo la médica al mismo tiempo que le tendía una pizarra electrónica—. Ahora, por favor, dé su autorización oralmente.

—Estoy de acuerdo con la intervención y con el pago que de ella se deriva —leyó Darío en voz alta.

—Bien, Darío. Esto será rápido, sellaremos la ambulancia y la esterilizaremos. Después configuraré la intervención —indicó ella, tras firmar también digitalmente el documento.

—Gracias, doctora.

La médica dio órdenes al conductor. Del techo de la ambulancia se desplegó lentamente una antena parabólica, osciló un poco mientras rastreaba la localización del satélite, luego se quedó quieta y una luz verde parpadeó en su base, indicando que el enlace estaba establecido. Más tarde, la doctora se conectó a la central de Med-Inc y descargó los parámetros principales para el tipo de operación, posteriormente pasó a configurar los parámetros específicos de Casandra. Ella dirigiría la intervención, pero era el robot el que la realizaba físicamente, ninguna mano humana podía tener la precisión de los micromanipuladores del robot; el impacto de la operación sería mínimo comparado con una intervención clásica.

Después de una hora, más o menos, se escuchó un siseo al abrirse la puerta de la ambulancia. La plataforma bajó la camilla con Casandra y el conductor la llevó de vuelta a su habitación. Antes Darío esterilizó la habitación con productos que le suministró la doctora y cambió la ropa de cama.

La doctora se dirigió a Darío:

—Ha sido un éxito y no hay complicaciones. Se encuentra adormilada por los sedantes, en un par de horas estará totalmente despierta. Debe descansar unos días.

—¿Algún cuidado especial? —preguntó Darío si dejar de mirar a Casandra.

—Os dejaré medicinas para el dolor y antibióticos de amplio espectro, aunque el riesgo de infección es mínimo —dijo la doctora después de volver a comprobar los datos de su PDA médica.

—¿Cuándo se puede levantar?

—Mañana mismo con cuidado. Si siente ardores al orinar, es

normal. La microsonda ha pulverizado el cálculo, pero ahora tendrá que expulsar los fragmentos. Si nota cualquier cosa rara, llámeme. Este es mi número.

—Muchas gracias, doctora —dijo Darío tendiéndole la mano.

—Solo hemos hecho nuestro trabajo. —La médica le dio un rápido apretón de manos, esbozó una sonrisa y se encaminó hacia la ambulancia.

El conductor arrancó en cuanto la doctora subió a la ambulancia y Darío se quedó un rato mirando cómo se alejaban por la vieja carretera. Entró en la casa, cerró la puerta, volvió a activar los sistemas de seguridad y se dirigió a la habitación. Encontró a Rufo en la puerta gimoteando bajito, totalmente abatido. Abrió un poco la puerta y vio que Casandra dormía tranquilamente, volvió a cerrarla y llevó a Rufo hasta uno de los baños de la casa. A pesar de las protestas del perro, limpió al animal a conciencia. Luego regresó a la habitación y entró con él en brazos, aproximándolo para que pudiera olerla, pero sin tocarla. El animal se tranquilizó al saber de alguna manera que Casandra estaba ya mejor y cambió de humor radicalmente, volviendo a ser el de siempre. Salieron los dos de la habitación y fueron hacia la cocina. Darío dio de comer a Rufo, que no había comido nada desde que todo empezó. Reparó en que él también estaba hambriento y se preparó un bocadillo. Mientras comía a solas, su mente voló hacia el pasado, cuando trabajaron con Ramón en la optimización de la unidad de medicina robótica. Fue cuando regresaron de São Paulo, no sabían muy bien qué hacer cuando el propio Ramón contactó con ellos. Ramón estaba al frente de un proyecto conjunto entre el fabricante del robot y la universidad. La parte referente a las capacidades médicas del *software* estaba bastante avanzada, pero el fabricante no terminaba de conseguir que los manipuladores funcionasen correctamente. Ramón sabía que existían profesionales trabajando con optimizaciones robóticas, por lo que empezó una búsqueda en los centros de investigación y fue cuestión de tiempo que oyera hablar de las habilidades de la pareja, la cual no tardó mucho en encontrar el problema: *software* hecho con prisas y sin estándares de calidad. Darío solía decir que el fin del mundo lo ocasionaría un desarrollador inepto al cual le metió prisa un ejecutivo aún más inútil. Todo fue cuestión de reescribir el código, aplicar un estricto

plan de pruebas y hacer miles de simulaciones. Programaron su propio *software* de simulación y pruebas, les llevó tiempo y esfuerzo, pero al final el *software* del robot empezó a controlar el *hardware* con precisión y fiabilidad.

Alquilaron un minúsculo apartamento en un edificio antiquísimo del barrio de Vallecas, en Madrid, un barrio muy cosmopolita, el sitio ideal para pasar desapercibido. El edificio fue restaurado tantas veces que parecía casi imposible calcular su auténtica edad, pero era confortable, estaba cerca del metro y no resultaba demasiado caro. Décadas de ciclos económicos dejaron su huella en el antiguo barrio, casas restauradas, y edificios en ruinas convivían con casas modernas con sistemas de seguridad de última generación.

Una tarde, la pareja estaba en el laboratorio de la universidad cuando se presentó Ramón acompañado por el típico ejecutivo de traje caro y mirada de suprema superioridad, flanqueado por el eterno guardaespaldas de tarifa barata, joven lleno de anabolizantes y con aspecto de haber sufrido una lobotomía como parte del proceso de instrucción del puesto. Visiblemente incómodo, Ramón presentó al ejecutivo, pidió disculpas y se marchó. El guardaespaldas se alejó y tomó posición en un lugar que calificó de estratégico.

—Buenas tardes, represento a la compañía dueña de los derechos de la unidad médica robótica que están ustedes probando —dijo el ejecutivo mirando a los dos como si sintiese algún tipo de aversión por estar compartiendo la misma sala y respirando el mismo aire.

—Hola —dijo Darío sin inmutarse por el discurso.

—¿Qué tal? —murmuró Casandra sin dejar lo que estaba haciendo.

—Hemos leído sus informes donde dicen que el *software* original era de calidad ínfima y que han tenido que reescribir todo el *software* de control del robot. Pues bien, estamos profundamente descontentos con la manera en que se ha gestionado todo esto —explicó el ejecutivo en tono ensayado y que pretendía ser intimidatorio.

Darío lo observó, y puso la típica cara de «vaya, otro de estos chupatintas». Casandra levantó los ojos de la consola donde estaba

trabajando y miró a Darío un momento, como diciéndole que era mejor que ella hablara primero.

—No sé si entendemos adónde quiere llegar —contestó Casandra mirándolo fijamente a los ojos.

—La compañía no está de acuerdo en que el *software* original sea de mala calidad. De hecho, creemos que es perfecto y que ustedes se han limitado a probar la unidad. Consideramos sus declaraciones ofensivas para el buen nombre de la compañía y estamos pensando en emprender acciones legales por difamación —continuó el ejecutivo, poniendo especial énfasis al decir «acciones legales».

—¿No hablará en serio? —dijo Casandra mientras se levantaba de la silla casi de un salto y se aproximaba a Darío.

—Totalmente en serio. No obstante, podemos llegar a un acuerdo —dijo el ejecutivo con aires de autosuficiencia.

—¿Qué tipo de acuerdo? —le preguntó Darío, poniendo cara de inocente.

—Bueno, ustedes se olvidan de esa tontería de que han «reescrito» el *software* y nosotros nos olvidamos de los tribunales —concluyó el ejecutivo en tono mucho más conciliador.

—¿Está loco? Hemos reescrito totalmente su *software*, el anterior lo tiramos a la basura. Además, está todo documentado —le espetó Casandra que acababa de perder la paciencia.

—Según me consta, no existe ninguna documentación de ese supuesto proceso de reescritura.

—Está en la carpeta de control del proyecto —añadió Darío, que empezaba a cambiar de color a pesar de mantener un tono de voz tranquilo.

—¿Dónde dice? —preguntó el ejecutivo con una sonrisa burlona.

—¡Maldita sea, aquí! —le dijo Darío, quien ya había decidido que no valía la pena mantener las apariencias. Intentó abrir el repositorio de control del proyecto y descubrió que los principales datos no estaban donde deberían.

—Yo no veo nada, así que, si me permiten, no puedo perder más tiempo. Tienen hasta mañana al mediodía para entrar en razones —replicó con desdén el ejecutivo.

Se dio media vuelta y se marchó, sin decir nada más, acompañado por la sombra de su guardaespaldas. Unos minutos después entró Ramón.

—Siento esto tanto como vosotros, pero viene de muy arriba. Al parecer si el *software* ha sido desarrollado por nosotros, entonces la universidad tiene derechos de autor sobre la unidad, pero si solo la hemos probado nos pagan por el trabajo y no tenemos derecho a nada —comentó Ramón con voz apesadumbrada.

—No puedo entenderlo, es una barbaridad —dijo Darío un poco abatido por la situación.

—Creo que la compañía ha sobornado a alguien de arriba, pensará que le sale más barato eso que pagarle luego a la universidad los derechos —dijo Casandra con rabia.

—¿Y no podemos hacer nada? —preguntó Darío.

—A mí me han amenazado con despedirme sumariamente —comentó Ramón.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó Casandra con los ojos entrecerrados.

—No te lo puedo decir —contestó Ramón no muy convencido.

—Haz lo siguiente, en el próximo correo que nos envíes, ponlo simplemente en copia —dijo Casandra.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ramón con expresión confusa.

—Hazme ese favor —dijo sencillamente Casandra, haciendo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—¿Qué vais a hacer? —insistió Ramón visiblemente preocupado.

—Nada, si la universidad quiere acatar esto, nosotros lo acataremos —concluyó Casandra mirando a Darío con una sonrisita maliciosa.

—No me gusta esto, pero creo que es mejor que nos quedemos al margen —sentenció Ramón cada vez más preocupado.

—Eso haremos Ramón, no te preocupes —dijo Darío mirando a Casandra de reojo.

Al irse Ramón, Casandra hizo una llamada al administrador de sistemas de la red local.

—Hola, Alberto. Soy Casandra y necesito un favor.

—Dime, Casandra. Si está en mis manos solo tienes que pedirlo, te debo un favor por las optimizaciones que realizasteis en el control de acceso y en los recursos de la red, me ha ahorrado mucho trabajo y muchos problemas.

—Te explico, creo que uno de los robots está inundando el tramo de red con mensajes que son erróneos y que no aparecen en

el monitor. Si pudieras habilitarme un permiso para utilizar un programa de rastreo de red, un *sniffer* —le contó Casandra en tono profesional.

—Bueno, Casandra, normalmente por seguridad no se lo permitimos a nadie. Pero teniendo en cuenta que antes de vuestros consejos la red era un desastre y ahora está funcionando de maravilla, no puedo negarme. Te daré un permiso de una semana, te envío las claves por correo.

—Muchas gracias, Alberto, de verdad que nos haces un gran favor.

Casandra colgó el teléfono y se acercó a su consola, abrió el correo de Alberto y activó el programa de *sniffer* de la red y empezó a configurarlo rápidamente.

—Casandra, ¿qué haces? —preguntó Darío acercándose y sentándose a su lado.

—Voy a monitorizar la red, ¿no lo ves? —contestó ella poniendo cara de ingenua.

—¡Casandra! —dijo Darío en un tono inconfundible para ella.

—Vale, vale, voy a esnifar el tráfico de red del energúmeno que ha amenazado a Ramón —dijo ella sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo.

—Cuando te pones así, me das miedo —dijo él mirando al techo.

Casandra esperó que llegase el correo de Ramón con la dirección en copia del jefe amenazante, luego dirigió el *sniffer* de red para que monitorizase el tráfico de la red en el tramo en el que estaba el servidor de correo. Configuró un filtro para buscar la dirección que quería monitorizar y lo dejó funcionando.

—Cariño, ve a por café y algo de comer, me temo que nos toca guardia —comentó Casandra en tono ausente, como si solo una parte de su mente hablara.

—Casandra, si no intercambian ningún correo, esto no va a funcionar, solo vas a interceptar los correos que envíe a partir de ahora —dijo Darío, conocedor de los procedimientos que ella estaba ejecutando.

—Tú tráeme el café y te prometo que te llevarás una grata sorpresa —concluyó ella y esta vez sí levantó la vista y lo miró a los ojos con ternura.

Casandra intentó entrar en el sistema con el usuario del jefe

corrupto, no conocía su contraseña y al intentarlo varias veces le bloqueó la cuenta. Cuando él intentara acceder se encontraría con la cuenta bloqueada, llamaría a seguridad para que le reiniciara la contraseña y le enviaría una nueva por mensaje de texto al teléfono móvil, utilizando la pasarela de correo electrónico, y ella lo vería en las trazas del *sniffer*. Como los mensajes enviados a la pasarela de envíos de mensajes a teléfonos no estaban encriptados, pues se confiaba en la encriptación posterior de la red de telefonía, sería legible. No tardó mucho tiempo y allí estaba el mensaje con la nueva contraseña, Casandra entró rápidamente en su estación de trabajo y creó un usuario nuevo, por si él la cambiaba. Tiempo después intentó de nuevo la conexión, la contraseña seguía funcionando, lo que indicaba que, contrariando las directivas de seguridad, el usuario no la había cambiado, era lo normal, pero Casandra no quería arriesgarse y por eso creó un usuario adicional. Casandra levantó la vista y se encontró con Darío, con una bandeja con café y bocadillos, mirándola con una expresión divertida.

—Casandra, no te puedo dejar sola. Ya estás haciendo travesuras —dijo Darío conteniendo la risa.

—¿Te gusta? —preguntó ella poniendo voz de niña pequeña.

—Eres diabólica, menos mal que estamos en el mismo bando —Darío se acercó y la besó en la frente.

—Acuérdate de eso cuando hables con la momia esa de contabilidad —dijo ella fingiéndose indignada.

—¿Quién? —preguntó él perplejo.

—La rubia esa de contabilidad con más operaciones que años tiene —indicó ella en tono serio.

—Aaah, esa… —dijo él al recordar quién era.

—He visto cómo te mira —dijo ella enfatizando las sílabas.

—Ya sabes que solo me gustan las chicas sin implantes de silicona. Ella es demasiado artificial para mí, no seas celosa. Ahora en serio, ¿qué pretendes realmente?

—Ahora verás —dijo ella nuevamente absorta en la pantalla.

Casandra se conectó a la estación de trabajo y monitorizó la actividad. Cuando vio que no existía actividad de usuario, dedujo que el jefe corrupto no estaba, por lo que verificó en el control del edificio que no lo hubiera abandonado. Activó el programa de correo electrónico y redactó un mensaje al rector de la universidad,

con copias a Ramón y al buzón del proyecto, resumió los logros del proyecto, adjuntó toda la documentación borrada del servidor y que ellos tenían en sus estaciones de trabajo, denunció las intenciones de la compañía robótica para engañar a la universidad, también anexó una solicitud para que Ramón fuese ascendido debido a los excelentes resultados del proyecto y, para finalizar, añadió un contrato por el cual Casandra y Darío deberían recibir una suma respetable a cargo de la compañía robótica como indemnización por el fin del trabajo. Envió el correo firmado digitalmente, y descargó todos los correos en una unidad de red, luego los copió a su portátil y los borró de la unidad de red. Activó un programa de búsqueda en los correos y no tardó mucho en encontrar algunos comprometidos, los copió todos y seleccionó algunos que reenvió el rector de la universidad, añadiendo que la compañía robótica intentaba coaccionar al grupo de trabajo, con esto el jefe corrupto no se podía retractar e intentar negar la autoría de los correos y la compañía robótica tendría que sobornar al mismísimo rector si quería seguir adelante con su plan.

Finalmente borró el usuario creado en la estación de trabajo, posteriormente suprimió en el *sniffer* todo rastro de lo realizado y lo configuró para monitorizar el robot.

—¿Qué te parece? —preguntó Casandra con una gran sonrisa.

—Impresionante, ahora sé por qué me enamoré de ti —contestó él impresionado por el despliegue.

—Pensé que era porque te gustaban mis piernas —contestó ella levantándose unos centímetros la falda.

—Son preciosas y éramos adolescentes, no puedes culparme por no poder apartar la mirada de ellas, la culpa es tuya por usar aquella minifalda —contestó él, fingiendo ponerse serio.

—No seas machista, ¿cómo que la culpa es mía? Además fue divertido, no sabías cómo disimularlo —dijo ella dándole un manotazo amistoso en el hombro.

—Lo pasé fatal, mi mente me decía que te mirase a los ojos y mis hormonas me gritaban que te mirase todo lo demás —dijo él ruborizándose ligeramente por el recuerdo.

Darío tenía congelado para siempre en su memoria aquel

recuerdo, cuando desembarcaron del barco oceanográfico en el archipiélago y se dirigieron a la estación. Tuvo tiempo de cambiarse de ropa y deshacía el equipaje cuando llegaron Casandra y José, que ya llevaban varios días instalados. Los dos adultos se abrazaron y los dos jóvenes se saludaron tímidamente. Alba los miró.

—Vamos, Darío, no seas soso y dale un abrazo a tu amiga o va a pensar que no te alegras de verla —dijo Alba, empujándolo ligeramente en dirección a Casandra.

Casandra miró a Darío, el niño bajito y pecoso se había convertido en un adolescente alto y un poco desgarbado. Tenía el pelo de un color castaño raro y unos ojos que cambiaban de color dependiendo de la luz, pasando del marrón al verde. Le seguía pareciendo mono y sin pensárselo mucho lo abrazó. Algo ocurrió, una descarga de adrenalina, una contracción del estómago, una sensación de calor por todo el cuerpo difícil de describir. Darío a su vez vio el mismo pelo negro y largo de siempre, los mismo ojos grandes y luminosos. Pero ahora distinguió a una joven atractiva con unas piernas interminables. Cuando ella lo abrazó fue como si el universo cambiara de golpe y añadiera una dimensión extra a su espectro de sensaciones. Correspondió torpemente al saludo, por un instante fugaz sintió los pechos de la chica oprimiéndole ligeramente y pareció como si un volcán entrase en erupción. La soltó un poco avergonzado, deseando con todas sus fuerzas que ella no notase su excitación y la miró a los ojos. El tiempo se detuvo, luego rebotó y se aceleró, casi no fue capaz de percibir el rápido beso en la mejilla que ella le dio.

Ramón irrumpió en la sala y los pilló besándose tiernamente.

—Eeeh, hola…, perdón si interrumpo algo —dijo Ramón un poco avergonzado, a pesar de que tenía mucha confianza con la pareja.

—No te preocupes, Ramón, estamos celebrando tu ascenso. ¿Quieres un café? —comentó Casandra acercándole una taza.

—¿Ya habéis leído los correos?, ¿no os parece muy raro? —comentó Ramón atropelladamente.

—Puede que su mujer le haya aconsejado no ser un impresentable —dijo Casandra con una sonrisa pícara.

—Su mujer lo dejó hace años —comentó Ramón un poco confuso.

—Chica lista —sentenció Casandra.

La alarma del microondas al terminar de calentar una infusión trajo de vuelta al presente la mente de Darío. Recordó con cierta añoranza esa época, fue una de las pocas veces que utilizaron sus habilidades en algo ilegal y que les trajo algún beneficio económico, ya que estaban cansados de que les atropellasen esos delincuentes con traje. Con la indemnización compraron la casa en ruinas que luego restauraron con tanto trabajo. No dejaba de ser irónico que ahora
Med-Inc
, la heredera de la empresa que intentó extorsionarles, fuera dueña de una parte de la casa, pues el coste de la factura médica de Casandra se sufragaría con una hipoteca de su vivienda. Era todo automático: las pólizas médicas requerían depósitos en fianza para las intervenciones, y lo habitual era una hipoteca abierta que sería ejecutada automáticamente. Darío echó un vistazo rápido a los sistemas de monitorización, ajustó algunos parámetros del sistema que controlaba el invernadero y se dirigió a la habitación a ver a Casandra, abrió la puerta despacio y entró de puntillas. Casandra seguía dormida, verificó sus constantes vitales y comprobó que estaba bien, no tenía fiebre y todos sus parámetros eran normales, la besó en la frente suavemente y volvió al laboratorio. Le escribió un correo a Ramón contándole que la operación fue un éxito y le agradeció la ayuda.

Al día siguiente, Casandra se sentía un poco molesta, pero ya insistió en levantarse. Estaba desayunando en la vieja mesa de madera del porche de la casa, hacía una mañana agradable, con algunas nubes altas en el horizonte. Casandra aspiró profundamente, sintió los aromas del bosquecillo cercano, a lo lejos se oían las llamadas de los pájaros, en algún sitio del bosque una rapaz chilló agudamente reclamando su territorio. Dejó que toda aquella huella de vida la inundara y se sintió increíblemente bien. Un extraño «clock» la trajo de vuelta a la realidad, tardó unos segundos en darse cuenta de que el sonido lo causó Darío al ponerle otra taza de café en la vieja mesa. Levantó suavemente la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Darío.

—Físicamente un poco molesta, mentalmente muy bien, un poco eufórica, diría yo —contestó ella después de dar un sorbo al café.

—¿Verifico las medicinas por si te han dado algo raro? —preguntó él con preocupación.

—No, no. Creo que solo estoy contenta por haber salido de esta sin mayores consecuencias —dijo ella quitándole importancia.

—Sí, hemos sido muy afortunados de que no fuera nada grave —comentó él aliviado, sentándose a su lado.

—¿A cuánto asciende la factura? —preguntó ella sin dejar de mirar al horizonte.

—No estropees el momento, además no es nada que no podamos acabar pagando.

—¿Seguro? —dijo ella mirándolo fijamente a los ojos para confirmar la veracidad de la respuesta.

—Sí, vamos, no te preocupes. Termina tu desayuno —contestó él, también mirándola también a los ojos.

—¿Te he dicho hoy que te quiero? —preguntó ella con voz mucho más dulce.

—Sí, por telepatía.

—¿Qué telepatía?

—Pues esa que tú y yo tenemos.

—Aaah…, esa.

—¿Necesitas algo?

—No, gracias, creo que me quedaré aquí sentada un rato —dijo ella dando otro sorbo al café.

—¿Algo para leer? —insistió él levantándose.

—Quizá más tarde, gracias.

—Bueno, ahora vuelvo. Voy a hacer un poco de intendencia.

Darío se encaminó al garaje, tenía que rellenar de metano el depósito del *quad*. A medio camino se encontró a Rufo correteando alrededor del árbol de las ardillas, lo llamó para que dejara en paz a los vecinos y lo envió con Casandra para que le hiciera compañía. Cuando regresó, Casandra estaba trasteando con la PDA, dictándole órdenes.

—¿Qué haces? —le preguntó Darío intrigado.

—Reviso los datos referentes al incidente «Teresa» —contestó ella en tono ausente.

—¿Incidente «Teresa»?

—Sí, lo he llamado así —dijo ella sin dar mayores explicaciones, como si eso lo aclarara todo.

—¿Alguna conclusión?

—Es pronto, hasta que no hablemos con ella no habrá nada concluyente, pero estoy adelantando el trabajo y guardando todo lo que sabemos en un repositorio —contestó ella sin dejar de manipular la PDA.

—¿Quieres que la llamemos luego?

—Sí. Pedro ha programado la central domótica para que podamos hablar con ella y ha habilitado un canal seguro.

—Bien, déjame que termine unas cosas y mire el correo, por si hay alguna novedad de nuestros contratistas, y después la llamamos —concluyó Darío ya a medio camino de la puerta de entrada.

> Estoril, Portugal

Teresa se despertó asustada, como cuando te despiertas en medio de una pesadilla y estás entre los dos mundos, sin separar bien el sueño de la realidad. Por un largo instante se sintió desorientada al percibir que aquella no era su cama ni su habitación, luego todo el raudal de recuerdos la inundó, parpadeó, apretó los dientes y se levantó tambaleante hacia el cuarto de baño. Cuando salía del baño, sin saber muy bien qué hacer, una voz la sobresaltó.

—Buenos días, espero que haya dormido bien —dijo una voz incorpórea con un tono extraño.

—¡Aaaaah! —gritó Teresa sobresaltada.

—Por favor, no se inquiete —dijo la voz—. Soy el sistema domótico de la casa, me han programado para ayudarla.

—¿Puedes ayudarme y sacarme de este lío? —preguntó ella en tono sarcástico.

—¿Se supone que ahora tendría que tener un cortocircuito o decir algo como «No estoy programado para eso», no? —dijo la maquina en tono serio.

—Vaya, una máquina graciosilla —apuntó ella con una sonrisa.

—No, eso es imposible, solo estoy un poco mejor programada que la mayoría, puedo ayudarla con información y todo lo que tenga que ver con el funcionamiento de la casa, además puedo hacer compras en la red, si desea algo.

—Vale, ahora solo dime si hay en la casa alguna cosa para desayunar —dijo ella en tono repentinamente cansado.

—En la cocina, segundo armario a la derecha de la ventana, estante superior. Me temo que solo hay café soluble —recitó la máquina.

—¿Cómo es que una máquina sabe eso y cómo es que me entiendes tan bien? —preguntó ella cada vez más intrigada por las

capacidades del sistema.

—Leo las etiquetas inalámbricas de los productos en los armarios y ya te lo he dicho, estoy mejor programada que las demás máquinas —explicó la máquina.

Teresa no estaba segura, pero creyó detectar cierto orgullo en la voz.

Teresa fue a la minúscula cocina, encontró el café donde la máquina le indicó y se preparó uno doble, también encontró una caja de galletas de las que tardan mucho en caducar. No tenía hambre, pero le dolía el estómago y pensó que era mejor comer algo. No sabía si el café era una buena idea, pero necesitaba despejarse un poco.

Algún tiempo después, Teresa estaba sentada en el comedor, viendo las noticias en la televisión. Como siempre, se centraban en infinidad de noticias sobre las competiciones deportivas, la previsión del tiempo y la prensa rosa. No sintonizó nada interesante, pero sin previo aviso la televisión se apagó y la voz de la casa empezó a hablar:

—Estoy recibiendo órdenes remotas prioritarias, me indican que conecte el audio y el vídeo. Unos amigos quieren hablar contigo, pero me dicen que antes te avise —dijo la asexuada voz de la casa.

—¿Quieren hablar conmigo?, ¿quién? —preguntó ella curiosa.

—Aquellos que me han indicado que te deje entrar y que me han puesto a tu servicio.

—Hola, Teresa, ¿cómo te encuentras? —Se oyó por el sistema de la casa. Aunque era la misma voz, su tono y cadencia eran distintos y ya no parecía una máquina.

—Hola… —atinó a decir Teresa, un tanto confusa.

—Entendemos que estés asustada, pero te aseguro que donde estás no corres peligro y que solo queremos ayudarte.

—¿Quién eres? —preguntó Teresa cada vez más intrigada.

—Prefiero no decírtelo, a nosotros también nos buscan personas sin escrúpulos como las que han intentado hacerte daño. Por tu seguridad y la nuestra es mejor que no sepas quiénes somos.

—Eso ha sonado fatal —indicó Teresa volviendo a sentir miedo por el tremendo lío en el que estaba.

—Mira, Teresa, nosotros estamos investigando las muertes relacionadas con Cysex y nuestros sistemas automáticos se toparon

contigo sin querer. Decidimos ayudarte porque sabemos lo que es que te persigan y no nos gusta.

—¿Qué queréis de mí?

—Lo primero, ayudarte y luego que nos cuentes lo que te ha pasado.

—No hay mucho que contar. Yo trabajo para Cysex en el sector de pruebas, en medio de una sesión de ensayos me desperté y luego intentaron matarme. Lo demás, ya lo sabéis —relató Teresa con pesar.

—¿Te despertaste?, ¿estabas dormida?

—Eso es lo extraño. Me dormí en la sesión de pruebas, eso se supone que no tenía que haber pasado.

—¿Exactamente qué es lo que pruebas?

—Cysex en ocasiones permite a otras empresas utilizar la interfaz en sus programas, especialmente en juegos. Nosotros probamos que los productos de terceras compañías cumplan con los estándares de Cysex y los homologamos —explicó Teresa en tono profesional.

—¿Probáis nuevo *hardware*?

—No, el *hardware* de los implantes no cambia desde hace años.

—¿Nuevas rutinas del *software* de control?

—Eso lo hace otro departamento, pero, que yo sepa, hace años que no se cambia nada tampoco —contestó Teresa, que no entendía muy bien a qué venían esas preguntas.

—¿Me puedes contar cómo se realizan las pruebas?

—Sí, claro. Nosotros nos conectamos normalmente y por la interfaz neural monitorizan nuestras reacciones —explicó Teresa pensando que lo mejor era colaborar con sus benefactores.

—Espera, ¿has dicho que os monitorizan por la interfaz neural?

—Eso es. La interfaz Cysex no tiene capacidad de monitorización, pero descargando un *software* de control en la interfaz neural básica es posible monitorizar las dos. La interfaz Cysex es básicamente activa. Está proyectada para estimular el neurocórtex y simular sensaciones de tacto, pero la interfaz neural ha sido diseñada para leer. Lo que se hace es verificar si la simulación Cysex genera en nosotros sensaciones dentro de los parámetros deseados.

—Y ese *software* que las activa, ¿cómo funciona?

—No lo sé, nos descargan algo al principio de la simulación que activa esa funcionalidad, es lo único que nos contaron.

—¿Teresa, en algún momento os dijeron que eso podía ser peligroso?

—No dijeron nada. Por supuesto todos firmamos contratos con cláusulas que advierten de mil cosas, pero casi nadie se lo lee, es como los prospectos de las medicinas. Lo peor que nos pasa es que alguna simulación no esté bien diseñada y las sensaciones no sean las correctas —expuso Teresa intentando ser didáctica en sus explicaciones.

—¿Quieres preguntarnos algo? —dijo la voz cambiando abruptamente la dinámica de la conversación.

—¿Tenéis idea de qué va a pasar conmigo? —preguntó Teresa, intentando que no le temblara la voz.

—Sinceramente, no lo sabemos. De momento, opinamos que lo mejor es que te quedes escondida y que no intentes entrar en contacto con nadie directamente. Si quieres, puedes llamarnos utilizando la central domótica, y si necesitas hablar con alguien más, podemos intentar que te pongas en contacto por correo electrónico con quien quieras, pero tendremos que hacer algunos malabarismos para que no nos rastreen.

—Me gustaría avisar a mi novio y saber si está bien. Se encontraba cerca cuando se lo llevaron —dijo Teresa, que llevaba tiempo queriendo sacar este tema en la conversación.

—Bien, nos costará algún tiempo preparar el envío de un mensaje. Luego te avisaremos, es probable que te llame también otro amigo nuestro y hable contigo.

—Gracias, no sé qué decir —apuntó Teresa con voz firme ahora, aunque tenía los ojos húmedos.

—No digas nada. Ahora intenta relajarte y sobre todo no dejes que te domine el pánico. Si necesitas algo, díselo a la casa: ropa, comida todo lo que se pueda comprar por la red te lo puede conseguir. Luego hablamos.

Teresa se disponía a decir algo, cuando la televisión se volvió a encender en el mismo programa que estaba viendo antes y comprendió que la comunicación había terminado. Se quedó sola, un poco más tranquila que antes, por lo menos se sentía a salvo. Pensó que no tenía sentido que la hubieran llevado hasta allí solo

para entregarla a Cysex, pero nada de esto tenía sentido y seguía pareciendo una maldita pesadilla.

> Cornisa cantábrica, España

A cientos de kilómetros, Casandra y Darío discutían las implicaciones de lo hablado con Teresa.

—Así que podemos monitorizar la maldita interfaz Cysex —resopló Casandra.

—Lo raro es que no lo supiéramos, tenemos acceso a bastante documentación de la interfaz neural y nunca supimos que tuvieran esa posibilidad —dijo Darío en tono ausente, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Está claro que no querían que nadie lo supiera, ni siquiera nosotros que cazamos los virus de la interfaz.

Casandra iba a contestar a Darío cuando lo miró a los ojos y lo vio totalmente absorto. Conocía esa expresión, cuando la mente de él se desconectaba momentáneamente de su cuerpo y buscaba frenéticamente relacionar pensamientos, ideas, conceptos. Por un instante dejó que su propia mente también vagara, como si intentase que se encontrara con la de él en el espacio cuántico, dos frentes de onda holísticos navegando cada uno por su red de neuronas, pero de alguna manera muy sutil interconectados por sentimientos tan profundos que conseguía que en algunas situaciones tuvieran la sensación de sentir uno los pensamientos del otro.

—¿Has tenido una iluminación? —le preguntó Casandra cuando la luz volvió a los ojos de Darío.

—No, pero he tenido una idea obvia que puede ayudar.

—Has pensado que podríamos monitorizar una unidad Cysex —dijo ella jugueteando con un mechón de pelo.

—Sí, la idea es obvia. En la mayoría de los casos no serviría de nada, pero nosotros tenemos las rutinas que rastrean pautas extrañas en busca de virus. Quizás podamos encontrar algo —comentó él, por su expresión seguía pensando en segundo plano en

cómo hacerlo.

—No sé. Nosotros rastreamos los virus utilizando una simulación de *software* que hace que el virus piense que es una interfaz de control siendo usada por alguien, no tenemos nada que analice una interfaz de verdad —indicó ella.

—Podemos crear nosotros un virus de interfaz, que… —empezó a murmurar él.

—¡Sí, sí, sí! —gritó ella en una explosión de júbilo.

—Pero si no he terminado de hablar —balbuceó Darío confuso.

—No hace falta, eres genial, ibas a decir que el virus monitorice la interfaz y nos vaya diciendo lo que está pasando —dijo ella rápidamente.

—Tienes que parar de hacer eso, a veces me asusta.

—¿Hacer el qué? —preguntó ella parpadeando.

—Fingir que me lees el pensamiento —indicó él muy serio.

—¿Y quién te ha dicho que no sea real? Así que, ten cuidado con lo que piensas…

—Vale, ¿y en qué pienso ahora? —preguntó él poniendo cara de concentración.

—Uum… estás pensando en achucharme un poco —dijo ella ladeando ligeramente la cabeza y guiñándole un ojo.

—Bueno, no era eso, pero me parece una buena idea. ¿Adónde piensas que vas? Ni se te ocurra… vuelve aquí…

Algún tiempo después, Darío dormitaba en la cama, abrió los ojos y vio a Casandra recostada, por un momento se quedó admirando su desnudez, luego sus ojos se encontraron.

—¿Tramando algo? —le preguntó Darío.

—Solo pensaba —contestó ella mirando fijamente el techo.

—¿En…? —preguntó él acariciándole el hombro.

—Que aunque consigamos desarrollar un *software* monitor para la interfaz, no sabemos qué buscar —contestó ella volviéndose de lado.

—Supongo que parámetros fuera de lo normal —dijo él sin demasiada convicción.

—Y además, ¿cómo vamos a probarlo?

—Buf… eso es un problema. No podemos coger a cualquiera y

decirle que vamos a usarlo de conejillo de indias.

—Bueno, afrontemos un problema cada vez, no nos precipitemos —indicó ella.

—He pensado que un monitor médico nos vendría bien. No quiero que nadie entre en coma o algo peor durante una prueba.

—Hablemos con Pedro, puede que en la universidad podamos hacer todo eso.

—Cariño, es una buena idea. Allí tienen la infraestructura y lo pueden camuflar con algún otro experimento. ¿Crees que nos ayudarán?

—Es probable que seamos nosotros quienes los ayudemos a ellos. Si los conozco bien, ya debe de haber alguien del grupo buscando soluciones.

Darío se levantó temprano y realizó una de sus visitas periódicas al invernadero. Ya tenía revisado el estado de los principales sensores y se disponía a reparar uno de los conductos de riego por goteo, que parecía que se encontraba obstruido. Rufo lo observaba desde la puerta, no le gustaba nada el invernadero, mucho calor y demasiada humedad, se tumbó fuera dejando claro que prefería el clima del exterior. De repente, levantó las orejas, se incorporó de un salto y salió corriendo hacia la casa. Unos instantes después, la PDA de Darío zumbó como si se fuera a desmontar. Darío dejó caer la herramienta que estaba usando y miró la pantalla que parpadeaba en rojo. Lo que vio no le gustó nada: «Alarma de intrusión física en el círculo exterior».

Eso era muy malo, quería decir que el sistema experto de vigilancia del perímetro externo de la casa estaba convencido de que había alguien rondando cerca. El sistema ya tenía descartado que fueran animales o fallos en los sensores, estaba muy depurado y no solía cometer errores de interpretación. Darío introdujo un código en la PDA y confirmó el protocolo de emergencia. El sistema, en realidad, ya tenía activados los protocolos de seguridad y no necesitaba la interacción humana hasta cierto nivel, pero para desplegar las defensas se requería la confirmación de uno de los dos. Acto seguido, llamó a Casandra por la red interna de la casa.

—Casandra, ¿dónde estás?

—Estoy en el sótano. Tenemos visita —dijo ella, de fondo se escuchaba el sonido del teclado.

—¿Rufo está contigo? —preguntó él, aunque sabía la respuesta.

—Sí, al oír la alarma ultrasónica salió corriendo y vino hacia aquí. Lo entrenaste bien —dijo ella sin dejar de manipular el sistema de vigilancia.

—¿Ves algo en los monitores?

—Sí, por lo menos dos tipos, uno de ellos armado —contestó ella. Por el tono de voz, Darío supo que estaba profundamente concentrada.

—¿Profesionales? —preguntó él con la esperanza de que fueran vulgares ladrones.

—No creo, parecen saqueadores normales, el que va armado creo que lleva una vieja escopeta de caza —expuso ella con alivio.

—¿Dónde están?

—Entre los pinos, detrás de la casa. Parece que no se deciden.

—¿Has llamado a la policía?

—Sí, he llamado y me ha saltado un contestador diciendo que todas las líneas están ocupadas y que, por favor, llamemos primero a nuestra compañía de seguridad para que evalúen si es necesaria una acción policial directa —dijo ella con rabia.

—No sé por qué pregunto… —añadió él con resignación.

—He dejado un bot programado para que llame automáticamente y «hable» con el sistema de la policía. Cuando al final consiga contactar con un humano nos lo pasará a uno de nosotros.

—Bien hecho.

—Darío, no estás seguro donde estás, pero si sales del invernadero te verán —dijo ella muy preocupada por la indefensión de Darío.

—¿Cómo sabes que estoy aquí?

—Tonto, te estoy viendo por las cámaras.

—No hay manera de tener intimidad —bromeó él.

—No es momento para bromas, ¿qué hacemos? —le regañó ella.

—Pues por ahora…

—Espera, no me gusta nada esto: Conéctate a la cámara siete —le interrumpió ella.

—A ver, un segundo… Sí, ya lo veo. Vaya, se están colocando

con algo —dijo Darío después de conectarse y ver las imágenes de la cámara.

—Eso me parece, creo que han decidido entrar y se están poniendo a tono. Maldita sea, esto se va a complicar.

—Despliega las defensas, que se concentren en el que va armado —concluyó Darío pensando que la situación requería acciones directas.

—Hecho —indicó ella fríamente.

Casandra arrancó las defensas activas de la casa. La red automáticamente suspendió todos los sistemas no necesarios, toda la potencia informática se concentró en los mecanismos directos de defensa. El helicóptero en miniatura y dos pequeños robots, que eran maquetas de coches muy modificadas, se desplegaron; todos tenían Tásers de defensa y podían dejar fuera de combate a una persona. Los dos vehículos terrestres salieron disparados al unísono y se dirigieron a los árboles. En pocos segundos se acercaron al tipo que llevaba la escopeta y le dispararon los Tásers. Resultó fácil, pues permanecían quietos.

Uno de los impactos le acertó y lo dejó inconsciente; el otro dio en un árbol. No eran infalibles. El compañero se percató de lo ocurrido, recogió la escopeta y, antes de que el sistema tuviese tiempo de recalcular el objetivo, destruyó uno de los vehículos. Cometió la torpeza de dispararle los dos cartuchos, y mientras intentaba frenéticamente recargar la escopeta, el otro vehículo lo dejó fuera de combate. Mientras tanto, el helicóptero sobrevoló el bosque buscando más intrusos, sonaron dos detonaciones y cayó como una piedra: existía alguien más armado en el bosque y parecía tener buena puntería. Darío sintió verdadera pena por el helicóptero, había destinado muchas horas a construirlo a partir de una maqueta de aeromodelismo normal y corriente y le tenía un especial cariño. Tuvo que contenerse para no buscar al desgraciado y romperle la cara.

—¿Qué nos queda? —preguntó Darío, que tenía menos información en su PDA que ella en la sala de control.

—Uno de los vehículos terrestres sigue operativo, pero, sea quien sea, está fuera del perímetro de defensa —sintetizó ella.

—Tiene que hallarse cerca, habrá visto lo que ha pasado y por eso ha destruido el helicóptero.

—Sí, tienes razón.

—Esconde el vehículo, pero déjalo cerca de donde están los dos, lo más seguro es que venga a ayudar a sus compañeros.

—Preferiría enviarlo adonde estás para que te proteja —dijo ella.

—No creo que el otro tipo sepa que estoy aquí. Además, es preferible que lo cace el robot antes que enfrentarnos nosotros, que es lo que pasaría si llegase hasta aquí. ¿Estás armada?

—Sí, con el Táser que hay escondido en la sala de control, ¿y tú?

—Tengo un martillo, como Thor —dijo él intentando quitarle importancia al asunto.

—El de Thor era mágico, no creo que el tuyo sirva contra una escopeta —repuso ella, cada vez más preocupada por su pareja.

—Ni tampoco tu Táser, su alcance es limitado. Esperemos que se acerque lo suficiente al robot como para dejarlo fuera de combate —dijo él intentando no parecer demasiado preocupado.

—Se está moviendo, ya ha entrado en el perímetro.

—Espera a ver qué hace —aconsejó él.

—Está dando un rodeo, maldita sea, no se acerca a sus compañeros. Viene directo hacia nosotros, no parece que le importen mucho.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó él, era más rápido que le informase ella que navegar por el sistema de defensa con la pobre interfaz de la PDA.

—Rodeando la casa, va hacia la puerta de atrás.

—Despierta al robot y que lo ataque —indicó Darío, esperando que ese robot no cayese como el primero.

Casandra volvió a activar el robot, el sistema tomó el control y fue directamente a las coordenadas que le proporcionó. Eso era más efectivo que activar la función de búsqueda, le dio orden de ataque inmediato. La máquina salió disparada hacia la casa, donde el intruso intentaba forzar la cerradura de la puerta de atrás sin demasiado éxito, y al que le alertó el ruido del robot y, antes de que llegase a la distancia de alcance del Táser, le disparó con la escopeta, falló el primer disparo, pero lo inutilizó con el segundo cartucho.

El tipo empezó a maldecir mientras buscaba en los bolsillos más cartuchos, lo siguiente que sintió fue un fuerte impacto en el pecho

que lo dejó sin respiración.

Darío siguió por las cámaras conectadas a su PDA los movimientos del intruso, cuando estuvo seguro de que no podía verle, salió del invernadero escondiéndose detrás del depósito de gas del biodigestor, donde esperó agachado. Encontró su oportunidad al ver al intruso con el arma descargada y buscando los cartuchos; salió corriendo de su escondite y le lanzó el martillo. Todo le pareció que ocurría como a cámara lenta.

El intruso se quedó unos instantes paralizado a causa del susto y del impacto. Su vista se nubló por el dolor y dejó caer la escopeta, llevándose las manos al pecho, al lugar donde el martillo lo golpeó. Darío no aminoró la marcha, todos sus sentidos se agudizaron por el tropel de adrenalina que recorría su organismo. Su visión pareció concentrase en un tubo, enfocaba la escopeta caída en el suelo, a los pies del intruso. Siguió corriendo, se agachó y cargó contra el invasor, que ya lo había visto, y dudó entre recoger la escopeta o prepararse para luchar. Se quedó parado justo el instante que Darío necesitaba, golpeándole duramente contra la puerta. Él mismo quedó un poco aturdido con el encontronazo. Se levantó y le sacudió una patada en la entrepierna. El intruso hizo un ruido raro y se desmayó. Darío sacó unas bridas de plástico del bolsillo y las usó para amarrarlo, se abrió la puerta y apareció Casandra, quien lo abrazó tan fuerte que casi le corta la respiración.

—¿Te encuentras bien? —murmuró Casandra sin soltarlo.

—Sí, sí, estoy entero.

—¿Seguro?, ¿no te ha pasado nada? —Casandra lo liberó del abrazo y lo inspeccionó con actitud maternal.

—Seguro, solo me duele un poco el hombro y tengo un susto de muerte, pero estoy bien.

—Yo vigilo a este. Ve a amarrar a los otros antes de que se espabilen —dijo ella, volviendo a ser práctica.

—Sí, tienes razón.

Darío corrió hacia el bosque donde estaban los otros dos tipos, se escondió detrás de un árbol, descolgó la PDA de la cintura y se conectó a las cámaras del bosque. Vio que todavía estaban tirados donde cayeron, guardó la PDA y corrió hacia ellos. Los amarró también con bridas plásticas. Vio la escopeta de caza tirada en el suelo y la bandolera con cartuchos (a pesar del estricto control de

armas, existían miles de armas de caza diseminadas por todos lados, el negocio de la caza siempre conseguía dejarlas fuera de los mecanismos de control, aunque curiosamente existía ya muy poca caza en la vieja Europa, pues la fauna salvaje estaba al borde de la extinción). Recogió la escopeta y los cartuchos y los escondió entre los matorrales, no sabía si alguien más estaba rondando por allí, luego volvió a la casa.

—¿Va todo bien? —le preguntó a Casandra.

—Sí, he conseguido hablar con la policía, les he dicho que hemos capturado a unos saqueadores armados y que los tenemos atados fuera, y que no nos responsabilizamos si tardan mucho en llegar y los cuervos los picotean un poco.

—¿Qué han dicho?

—Se han puesto bastante nerviosos y han contestado que envían una patrulla inmediatamente —contestó ella con una mueca.

—Vaya, para proteger a estos sí se dan prisa.

Poco tiempo después, mientras los dos estaban en la cocina tomando una tila e intentando calmarse, el sistema de seguridad volvió a hablar.

—Vehículo con identificación oficial acercándose por el camino principal —dijo la máquina.

Casandra y Darío se levantaron y salieron hacia la entrada principal, esperaron unos minutos y un vehículo blindado estacionó frente a la puerta. Debajo del logotipo de la policía podía verse, más pequeño, el logotipo del contratista de seguridad. De la parte de atrás se abrió una compuerta y salió un robot de combate, se movía por orugas y portaba armas de fuego, no era listo, estaba manejado a distancia por un operador dentro del coche.

El robot giró y los encañonó.

—¡Quietos! ¡Las manos a la vista! Tenemos autorización para usar la fuerza —dijo la voz metálica del robot de combate.

—¡Estúpida máquina!, ¡nosotros somos las víctimas! —explotó Casandra.

—El malo es ese que está atado detrás de la casa.

La máquina se quedó quieta un instante, seguramente mientras el operador decidía qué hacer, luego empezó a moverse y rodeó la casa, al cabo de unos minutos volvió, se abrió la puerta del vehículo y salieron dos policías enfundados en trajes de combate. El más

delgado miró alrededor, guardó el arma y se levantó la visera del casco, revelando una mujer de mediana edad con el pelo blanco. Tenía unos ojos grandes que parecían haber visto más cosas de las que le gustaría, el color de su piel reflejaba que era una persona que le gustaba pasar tiempo al aire libre. Se movió con gracia, a pesar del traje de combate, y se acercó a la pareja.

—Identifíquense, por favor —dijo con voz firme.

Casandra y Darío dieron sus nombres legales y sus números de identidad fiscal. La agente lo comprobó hablando con su antebrazo, después de un momento asintió con la cabeza. Su compañero, que estaba apartado y que no había bajado el arma en ningún momento, volvió a entrar en el vehículo.

—Hay dos más en el bosque —le gritó Darío, antes de que se fuera.

—Interesante trabajo han hecho aquí —dijo la agente después de observar la escena del delito con ojo crítico.

—Ya que vosotros no llegasteis a tiempo, no tuvimos más remedio que improvisar —le contestó Casandra con una mueca de disgusto.

—Según consta, ustedes no tienen contratada una póliza de seguridad. Eso les habría evitado muchos problemas —recitó la agente, como si fuera una frase hecha.

Se miraron un instante, los dos pensaban lo mismo: otra vez esa cantinela. Darío vio la rabia crecer en los ojos de Casandra y antes de que dijese algo, contestó él.

—Tenemos nuestro propio sistema de seguridad —dijo Darío en tono conciliador, intentado no llamar la atención sobre ciertas cosas.

—Eso es absolutamente ilegal —respondió la agente mecánicamente.

—No es verdad y usted lo sabe o debería de saberlo. Además, tenemos un permiso de desarrollo de sistemas, poseemos sistemas de seguridad experimentales y trabajamos como colaboradores para una universidad que tiene contratos de desarrollo aplicado con varias empresas de seguridad y hasta con agencias gubernamentales —dijo Darío usando su tono más profesional e intentando resultar impersonal.

—Eso cambia las cosas —admitió la agente suavizando su

expresión.

—También estamos obligados a decirle que estos intrusos han destruido prototipos de robots autónomos de seguridad que están protegidos por los protocolos de privacidad industrial, así que ni usted ni su compañero pueden recoger parte de ellos como prueba —dijo Casandra uniéndose a la conversación y ya más calmada.

—Parece que están ustedes bien informados —apuntó la agente un poco impresionada por el despliegue.

Darío le narró una parte de la historia, si bien tenían la tapadera de la universidad para hacer sus juguetes, no existía ningún encargo de realizar sistemas de seguridad, pero si poseían todos los permisos, una vez que la confidencialidad en los protocolos de investigación y desarrollo era tan estricta que nunca se especificaba claramente qué se podía o no desarrollar para no dar pistas innecesarias a los espías industriales.

La agente volvió a hablarle a su antebrazo, luego puso cara de concentración y parpadeó varias veces, cuando se dirigió a ellos su voz era más suave y parecía considerablemente más relajada.

—Bien, según su historial, lo que me dicen es correcto. Tienen acreditaciones de colaboración con universidades nacionales, aunque, según consta, sus permisos principales vienen del extranjero, pero son válidos. Me cuesta creer que dos investigadores neutralicen a varios delincuentes armados con prototipos no comerciales, pero no quiero saber más no sea que me tope con algún secreto industrial y termine con una demanda.

—No tenemos intención de demandar a nadie, solo queremos que se lleven a esos delincuentes lo antes posible y que no vuelvan —dijo Casandra.

—No se preocupe, estos no van a salir de la cárcel por un buen tiempo, se les acusará de espionaje industrial.

—¿Espionaje industrial?, ¿y las armas, y el intento de robo? —preguntó con incredulidad Darío.

—Eso son delitos comunes y entrarían por la rama ordinaria de la justicia; el juicio tardaría mucho. Si les acuso de espionaje industrial irán a la cárcel hoy mismo, mientras van a juicio —contestó la agente con indiferencia.

Casandra se acercó a Darío y le susurró:

—Ahora vuelvo, voy a desactivar todos los sistemas críticos.

Darío asintió. Lo que Casandra quiso decirle es que iba a desactivar todos los sistemas expertos de la casa y a echar un vistazo por si tenían algo comprometido a la vista, no fuese que uno de los policías quisiera registrar la casa. Entró en el laboratorio y recogió todo lo que estaba expuesto, desactivó los sistemas y puso toda la red en estado de hibernación, grabó una unidad de memoria con los vídeos del intento de intrusión, eliminando la metainformación que contenían y dejando únicamente las imágenes, luego fue a la sala de control del sótano, liberó a Rufo y cerró la entrada que estaba disimulada detrás de una estantería de viejos libros de papel. Cuando Rufo salió de la casa se asustó al ver a la policía con el traje de combate, olía a humano pero tenía un aspecto extraño, además el traje refulgía en una longitud de onda fuera de la visión humana que él podía ver. Darío notó al perro inseguro, lo llamó y le dijo que se sentara a su lado. Rufo, al ver al extraño hablando cordialmente con Darío, se aventuró a acercarse un poco para investigarlo desde lejos, luego levantó las orejas, olisqueó el aire, se le erizó el pelo y empezó a gruñir. A continuación se desató el caos: la oficial de policía se giró en un movimiento antinatural, su traje de combate cambió de color y la visera del casco se cerró sola sobre su cabeza. Un instante después se escuchó una detonación, durante unos segundos que parecieron una eternidad no ocurrió nada, luego, el robot de orugas apareció de detrás de la casa y se dirigió al bosque, se perdió entre la maleza y se escuchó el tableteo de las armas automáticas que portaba al ser disparadas, después se hizo el silencio. Darío aferró a Rufo en volandas y se lanzó hacia el porche de la casa, derribó la antigua mesa de madera y se escondió detrás, sujetando al perro para que no se fuera por su cuenta. Cuando todo pareció haber pasado, llamó a Casandra por la red interna.

—Casandra, ¿qué ha sido todo eso?

—No lo sé. Tenía desactivada la red de vigilancia, pero por las cámaras puedo ver que parece que ha terminado todo.

Casandra abrió un poco la puerta y con unos prismáticos miró alrededor. Le hizo señas a Darío para que se quedase donde estaba. La agente de policía, mientras tanto, se había refugiado detrás del vehículo policial y hablaba en una especie de código de combate con su compañero, que era quien comandaba el robot. Acto seguido,

se levantó y se dirigió hacia ellos.

—¿Están bien?

—Sí —contestó Casandra—. ¿Qué ha pasado, quién disparó?

—Alguien desde el bosque con un rifle de caza.

—¿Quién es tan idiota como para disparar a un policía? —preguntó Darío, todavía atónito por la situación.

—No lo sabemos, ha sido abatido por el robot de combate —dijo la agente en tono neutro, parecía querer obviar que no muy lejos de allí un homicida yacía muerto.

—Pero todo el mundo sabe que los trajes que vestís son a prueba de balas —insistió Darío.

—Sí, pero yo llevaba el casco abierto, seguramente pensó que podía abatirme y falló el disparo.

—Sigue siendo un disparate —apuntó Casandra.

—No crean, estos trajes valen una fortuna en el mercado negro, puede que le venciese la codicia —aventuró la policía. Daba la impresión que el incidente no le era del todo ajeno.

—¿Ha terminado todo? —preguntó Casandra, que no paraba de inspeccionar el bosque con los prismáticos.

—He pedido que un helicóptero rastree la zona. Ustedes quédense dentro de la casa hasta que estemos totalmente seguros.

Al rato, los tres estaban en la cocina todavía nerviosos. Casandra revisaba las cámaras de seguridad, maldiciendo por no poder activar los sistemas expertos de seguridad ahora que el helicóptero de la policía rastreaba toda la zona. Darío se aplicaba una crema en el hombro que le estaba empezando a molestar y Rufo se echó a dormir en una esquina. La agente de policía llamó a la puerta y la dejaron entrar.

—Hola agente, ¿quiere un café? —le preguntó Casandra.

—Pues creo que voy a hacer una excepción y aceptarlo, gracias —contestó la policía con una breve sonrisa.

—Siéntese, por favor. ¿Cómo le gusta?

—Solo, por favor, sin azúcar.

—¿Han descubierto algo? —le dijo Darío.

—No mucho. Parecen delincuentes comunes, menos el que me disparó, que portaba un arma de calidad y llevaba ropa y equipos caros. Tendremos que esperar a que los interroguen. Nosotros ya hemos terminado por aquí y nos vamos. Pueden estar tranquilos, se

ha rastreado toda la zona y no han encontrado a nadie más.

Casandra le puso la taza de café encima de la mesa, y le tendió la unidad de memoria donde tenía almacenados todos los vídeos de las cámaras de seguridad.

—Son los vídeos de nuestras cámaras de seguridad, puede que les sirvan de algo —señaló.

—Gracias, se los pasaré al departamento de análisis. Vaya, este café es muy bueno —dijo cuando lo probó—. Algo bueno en este día infame.

Terminó el café, se levantó y durante un instante miró a Casandra y luego a Darío, como si sopesase algo o calculase algún tipo de probabilidad, luego le volvió a hablar a su antebrazo con vocablos que no tenían mucho sentido.

—Acabo de enviarles mi dirección de correo privada y mi clave pública, si tienen algún otro problema o alguna información sobre este lío, no dejen de comunicármelo.

Antes de que pudieran contestarle nada, les dirigió una sonrisa cansada que le iluminó el rostro por un momento, se dio media vuelta y desapareció.

Durante un par de días se volcaron en sus actividades. Casandra todavía se recuperaba de la operación, aunque se sentía estupendamente; Darío insistía en que no hiciera esfuerzos. Entonces recibieron una llamada de vídeo autentificada de la policía. Puesto que se encontraban en la cocina, activaron el vídeo en la pantalla principal.

El monitor se iluminó y vieron a la misma agente del otro día, vestía sin uniforme y los saludó amablemente.

—Quería informarles personalmente de que, al parecer, los tipos que les atacaron lo que pretendían era hacerse con sus prototipos.

—¿Cómo dice? —atinó a decir Casandra.

—Uno de los que inmovilizaron, accedió a confesar a cambio de ciertas facilidades en el juicio. Según dice, el que me disparó trabajaba para una compañía de seguridad y estuvo un día en su casa, donde fue acorralado por un artilugio volador.

—¿El bruto que casi patea a mi perro es el responsable de todo eso? —bufó Casandra con incredulidad.

—Sí, por lo visto pensó en vengarse, por eso intentó robarles y vender el prototipo al mejor postor. La buena noticia es que

contrató a los otros y no hay nadie más detrás del asunto, así que, fin de la historia.

—Gracias, supongo… —atinó a decir Darío.

La agente los miró con una expresión divertida que no supieron identificar, luego se despidió y cortó la comunicación sin añadir nada más.

—¿Qué opinas de este disparate? —preguntó Casandra.

—Pues que es mejor que haya sido un lunático por libre que alguna empresa.

—¿Cómo será que nos metemos en estos líos? —dijo Casandra en tono cansado.

—A mí no me mires, fue Rufo quien le gruñó primero —bromeó Darío, intentando suavizar la tensión.

—Hablo en serio —le regañó ella.

—Y yo prefiero no pensar en esto ahora. Nos han perseguido, golpeado, disparado con Tásers, acuchillado, pero es la primera vez que casi nos matan.

—¿Y en qué quieres pensar entonces? —preguntó ella todavía enfadada.

—No quiero pensar en nada, solo quiero que me abraces.

Darío trasteaba en la cocina. Había descubierto un viejo libro de cocina del siglo pasado en una tienda que tenía de todo en el pueblo y decidió preparar un poco de cocina tradicional. En el salón escuchaba a Casandra hablar por teleconferencia con Teresa. Seguía intentando obtener la mayor información posible sobre el funcionamiento de las pruebas que realizaba el equipo de Cysex. En el gran monitor de la cocina se veían gráficas del estado de los sistemas de la casa, en una ventana se exhibía el estado de los bots que continuaban buscando pistas relacionadas con Cysex.

Sin previo aviso, la PDA que llevaba siempre al cinturón empezó a vibrar y a emitir un sonido desagradable. En ese mismo instante en el monitor se apagaron todas las ventanas y fueron sustituidos por una alarma en rojo parpadeante: «Detectado intento de intrusión».

Darío casi se quema al retirar la salsa de verduras que estaba preparando y, todavía limpiándose las manos, se dirigió a la sala de

máquinas, cruzó el salón y se encontró con Casandra.

—Yo me ocupo, termina de hablar tranquilamente —le dijo al pasar.

Antes de llegar, utilizó la PDA para activar los sistemas de monitorización, se sentó frente a una consola y empezó a ver qué intentaba hacer el intruso. No necesitó hacer nada más, los sistemas de prevención eran automáticos y desviaron las conexiones del intruso a un viejo ordenador perfectamente legal. Era una reliquia, pero tenía todas las licencias en regla y además simulaba ser el sistema domótico de la casa, el sistema que tendría una vieja casa situada en mitad de la nada, como la de ellos. Por lo visto no era un intento de intrusión, parecía ser un bot de control de los muchos que rastreaban la red buscando contenidos digitales sin licencia, de hecho el bot tenía la firma digital de una sociedad de derechos de autor. Darío decidió que no valía la pena perder el tiempo y volvió a la cocina, tenía la esperanza de que no se le hubiera estropeado la salsa. A medio camino se encontró con Casandra.

—¿Algo de qué preocuparse? —le preguntó Casandra.

—No, era un bot buscando música ilegal o algo así, el sistema lo desvió al ordenador legal, para que se conozcan mejor y charlen un rato.

—¿Qué estás cocinando? Eso huele estupendamente —preguntó ella fingiendo olfatear el aire como Rufo.

—Es una sorpresa, algo que encontré en un antiguo libro. Estará listo en media hora más o menos.

Casandra pensó que tenía tiempo de revisar las diversas cuentas de correo que tenían con las empresas que los contrataban y se dirigió a la sala de máquinas. Se sentó frente a su estación de trabajo y revisó rápidamente el correo sin encontrar nada urgente. Se disponía a irse cuando miró la consola de al lado, que todavía exhibía el informe del intento de intrusión, y le llamó la atención que el bot, además de buscar por contenidos digitales, buscase por interfaces de control neural. Sabía de sobra que los bots normales no hacían eso, solo los virus de la interfaz realizaban ese tipo de búsquedas. Decidió volver a revisar las trazas del sistema. Darío seguía en la cocina, totalmente absorto en su labor culinaria, cuando Casandra entró.

—No era un bot de búsqueda de contenidos digitales —dijo ella.

—Pero el sistema… —empezó a decir Darío, pero Casandra no lo dejó terminar.

—Sí, el bot hizo todo lo que se supone que hacen los bots de las entidades de gestión, pero antes de irse buscó por interfaces neurales utilizando las mismas técnicas que los virus de la interfaz.

—¿Estás segura? —preguntó él mientas se limpiaba las manos.

—Completamente. Sea lo que sea, está camuflado.

—Bien, ya tenemos algo con qué trabajar, pero vamos a comer antes, esto estará listo en diez minutos. Siéntate un momento mientras lo termino.

Casandra se sentó y empezó a recordar cómo empezaron a trabajar en la caza de los virus de la interfaz. Siempre supieron que los virus acabarían apareciendo, pues Alba y José publicaron un artículo alertando de las vulnerabilidades de las primeras interfaces neurales. Ellos afirmaban que solo la transparencia en las especificaciones y en el *software* de control proporcionaría las herramientas para que los propios usuarios depurasen la interfaz. Por supuesto, las empresas negaron la vulnerabilidad y prefirieron gastar el dinero para mejorar la interfaz en feroces campañas de propaganda. Todo se desencadenó cuando trabajando en el centro de desarrollo de la universidad recibieron un encargo de una empresa para que desarrollasen el *software* de control de un robot manipulador de sustancias peligrosas. Al principio parecía un trabajo rutinario, pero durante la fase de pruebas empezaron a encontrar problemas que parecían interferencias.

—Casandra, ¿en qué estás pensando? —preguntó Darío, posando suavemente su mano en el hombro de Casandra.

—Eh, ¿qué ocurre? —contestó ella automáticamente, parpadeó un par de veces y miró a Darío con expresión soñadora.

—Te he preguntado dos veces qué quieres para beber con la comida.

—¡Anda! Lo siento, estaba recordando cómo empezamos a trabajar con los virus —murmuró Casandra volviendo a la realidad.

—¿El robot manipulador de sustancias tóxicas, el RMST? —preguntó él animadamente.

—Sí, eso es.

—Me acuerdo como si fuera ayer. Fue aquella noche de madrugada en la que me impediste darle martillazos al robot —

señaló Darío entre risas.

—¿Y te acuerdas de la cara que puso Pedro? —comentó ella, haciendo memoria y recordando con más claridad.

—No, de eso no me acuerdo —dijo Darío, un poco confundido al no recordar de qué hablaba ella.

—No me extraña que no te acuerdes de eso. Cuando se te pasó el ataque histérico te sentaste frente al ordenador y estuviste escribiendo código como un poseso durante horas y escribiste el simulador de interfaz.

—Fue un ataque de inspiración, era primitivo pero no estaba mal —indicó Darío, que solo se acordaba del código escrito y tenía una especie de lapsus sobre lo que había ocurrido a su alrededor durante esa larga noche.

—Con eso cazamos el primer virus, que era lo que estaba interfiriendo en el robot. Al final no se trataba de un fallo en nuestros algoritmos. Estuviste genial —concluyó ella, recordando cómo aquella noche ella se dedicó a probar cada función que Darío escribía, buscando errores.

—No digas bobadas, yo solo lo detecté. La que escribió el código para cazarlo fuiste tú —dijo Darío, rememorando cómo después ella reaprovechó el código de detección para escribir los algoritmos capaces de contrarrestar los virus.

—Bueno, yo tuve la idea, pero la mayor parte de la implementación fue de Pedro —señaló con un ademán, quitándole importancia.

Posteriormente fueron mejorando las funcionalidades de sus sistemas detectores y empezaron a usarlos cada vez que tenían un proyecto con interfaces neurales; además, eso les permitía probar directamente sin necesitar un operador con la interfaz implantada. Años más tarde, ya de vuelta en Europa, los proyectos con las universidades no eran tan frecuentes y fue cuando un día, leyendo ofertas de trabajo en un foro especializado, encontraron una en la que requerían expertos en detectar «anomalías en sistemas al utilizar la interfaz». La empresa estuvo encantada en contratarlos, pues ellos mismos propusieron solo cobrar si resolvían el problema. Fue el comienzo.

Casandra siempre recordaba a Darío con un ordenador cerca desde que llegaron a la estación en el archipiélago. El joven había

absorbido como una esponja la genialidad que rezumaba Alba, pero una vez en la base Darío conectó con José y se transformó en su aprendiz. Alba a su vez decidió utilizar a Casandra como ayudante y empezó a enseñarle su mundo. A ella al principio no le hizo mucha gracia, pero le encandiló la magia de las simulaciones, el recrear el mundo dentro de un ordenador y poder acelerar el tiempo, prever consecuencias, ajustar el conocimiento al mundo real. Antes de que pudiera darse cuenta estaba metida en el proyecto de Alba, hasta tal punto que descuidó sus estudios a distancia y empezó a estudiar solamente física y matemáticas.

Una tarde estaban en el gimnasio, pues nadie conseguía escapar al programa físico de Tanaka, y Casandra al llegar se sentó al lado de Darío, que observaba atónito a Wangari y Tanaka luchar.

—Fíjate en esto, Casandra, es un espectáculo —murmuró Darío sin desviar la mirada del combate.

—¿Dónde habrá aprendido Wangari? —dijo ella mirando hipnotizada el peligroso baile que ejecutaban los luchadores.

Wangari, enfundada en una malla, luchaba como una pantera contra Tanaka, que parecía llevar una especie de pijama. El pequeño japonés esquivaba los precisos ataques de Wangari hasta que algo muy rápido ocurrió y ella cayó pesadamente sobre la estera. Wangari se levantó maldiciendo y se fue a sentar exhausta con los chicos. Tanaka llamó a Darío y empezó a enseñarle katas, corrigiendo sus movimientos.

—¿Dónde aprendiste a luchar? —preguntó Casandra a Wangari.

—Me enseñó mi padre —contestó Wangari entre dos sorbos de una botella de bebida isotónica.

—Eres muy buena, ¿me enseñas?

—No tanto… no hay manera ni de rozar a Tanaka. Quizá yo te podría enseñar a pelear y Tanaka a defenderte; es mejor que lo haga él, pero podemos entrenar juntas —objetó Wangari mientras se levantaba camino del vestuario—. Mañana a la misma hora —le dijo sin volverse.

—Eso sería estupendo. Gracias.

Después de un entrenamiento agotador con Tanaka, Casandra se acercó a Darío.

—¿Vamos a la sauna? —dijo ella todavía sin aliento.

—¿Tenemos sauna? —contestó Darío.

—Oficialmente estamos en Noruega, ¿cómo no vamos a tener sauna? —bromeó Casandra—. Está allí, medio escondida detrás de las duchas.

—Bueno —aceptó Darío no muy convencido.

—Vamos, primero una ducha rápida.

Darío estaba en la puerta de la minúscula sauna con una toalla enrollada en la cintura, sintiéndose un poco raro, cuando llegó Casandra con un albornoz y una toalla en la mano. Ella se quitó el albornoz y entró en la sauna.

—Venga, no te quedes ahí. Pasa, vamos —dijo Casandra. Darío entró un poco cohibido y lo abofeteó el calor. Se sentó mirando al suelo.

—Vamos, Darío, no seas tímido. Ya me has visto en biquini antes —comentó ella al ver que Darío se mostraba inseguro.

—Antes éramos niños —balbuceó Darío.

—No seas tonto —Casandra se acercó y le sujetó de la mano. Él levantó la mirada y se sonrojó tanto que su sonrojo fue visible a pesar del sudor que le caía por el rostro.

—Casandra, yo… —empezó a decir Darío apretándole suavemente la mano.

—No digas nada… —Casandra se aproximó más y le besó dulcemente. El suave toque de sus labios generó una onda expansiva que reconfiguró su mente a su paso y cambió su modo de ver el mundo pasando del «yo» al «nosotros».

Y fue así como en una minúscula sauna, cerca del Círculo Polar, dos jóvenes unieron sus vidas sin ser demasiado conscientes de ello todavía. Pero el Ártico los cambió mucho más. Una pareja de adolescentes curiosos estaban rodeados de adultos brillantes y un poco excéntricos. Tanaka los enseñó a defenderse y sobre todo filosofía; Wangari confianza, disciplina y a estar siempre alertas; Lexter consiguió que amasen más todavía la naturaleza. Cada miembro de la base fue dejando su huella en sus jóvenes personalidades y sin querer los forzaron a madurar muy rápidamente.

> São Bernardo, Brasil

Pedro llegó temprano a la facultad. Era la típica mañana de São Bernardo, con una bruma espesa que se iba levantando poco a poco. Pasó el control de seguridad y se encaminó a los laboratorios. Entre la niebla se perdían los viejos edificios, y culminando uno de ellos, la antigua torre de radar parecía vigilar todo el campus. Franqueó más controles de seguridad y llegó a un viejo laboratorio en el edificio de ingeniería eléctrica. Estaba oficial y prácticamente en desuso y era utilizado para hacer ensayos poco convencionales. La dirección de la facultad siempre miraba hacia otro lado, pues sabía que, aunque en aquel sitio se llevaban a cabo investigaciones «ilegales», también se gestaban patentes y servicios que hacían que el departamento estuviera entre los más vanguardistas del mundo, por lo que en ocasiones la seguridad tenía que prohibir el paso a inspectores y mantener a raya a una legión de espías industriales.

Pedro entró en laboratorio, saludó a otros dos académicos y empezó a revisar el equipo; una especie de camilla médica, una potentísima estación de trabajo artesanal, ensamblada en la propia facultad e ilegal fuera del laboratorio, pues no utilizaba *software* comercial normal y además no tenía ni mecanismos de derechos digitales ni ningún tipo de puertas de control. En teoría era un prototipo, y así constaba en los registros, en la práctica era una máquina hecha a medida para saltarse las imposiciones. Conectada a la estación de trabajo tenían varias consolas de juegos con *software* Libre, encargadas de ejecutar el sistema experto que desarrollaron Casandra y Darío y un portátil comercial, que enviaría los datos debidamente ocultos en vídeos a la red Libre. Al lado de la camilla tenían un escáner médico experimental, que motorizaría la actividad cerebral, y una unidad de soporte y monitorización vital. En realidad, la tapadera del experimento era realizar una prueba con el nuevo *software* del escáner. Además existían cámaras de

vídeos, todo interconectado a la estación de trabajo. La parte oficial del experimento se transmitía en directo a la red de la facultad, de modo que otros investigadores podían ver parte del experimento. De esta manera, Casandra y Darío podían ver y verificar ciertas constantes del experimento simplemente conectándose a la red privada de la facultad y recibirían los datos sensibles a través de los mensajes encubiertos de la red Libre.

No fue fácil encontrar a alguien de confianza. Al final un primo de Neusa, adicto a los juegos, resultó ser la persona indicada. Esta adicción le llevó a ser probador de una importante compañía de juegos. No era estúpido y también estaba alerta sobre la ola de muertes extrañas que parecían vinculadas a Cysex, así que no fue difícil convencerlo de que se pasara por los laboratorios de la universidad. En el laboratorio le pidieron que se conectara a una demo de Cysex con su interfaz, mientras monitorizaban el tráfico utilizando la interfaz estándar.

Al otro lado del Atlántico, Darío y Casandra recibían toda la información de control y ponían a trabajar sus rutinas expertas en rastrear la interfaz.

Pedro estaba terminando de verificar que todas las conexiones estuvieran establecidas y que se estaba grabando correctamente el experimento. Por ultimo, conectó remotamente con la estación de trabajo de su despacho y la programó para almacenar una copia de seguridad de toda la información que se fuera generando.

Se abrió la puerta y entró un estudiante con el primo de Neusa.

—Hola, Nelson, gracias por venir. Estos son la doctora Eiko y mi colega Osmar —dijo Pedro nada más verlo entrar.

—Buenos días —dijo tímidamente Nelson, que era alto y muy delgado, y llevaba el pelo largo recogido en una coleta. Curiosamente usaba unas pequeñas gafas redondas, algo inusual desde que se popularizaron las cirugías oftalmológicas por láser.

—Nelson, por favor, túmbate aquí —señaló Eiko, quien pese a tener unas facciones orientales poseía unos ojos ligeramente verdes, y el cabello castaño con tirabuzones. Se movía por el laboratorio con suma delicadeza.

—¿Aquí? —preguntó él señalando un sillón que recordaba vagamente al de los dentistas.

—Sí, eso es. Un momento que te voy a colocar un sensor

médico. No te preocupes, es superficial —dijo Eiko en tono profesional, mientras le ponía una pulsera médica.

—Okey —murmuró Nelson, recostándose.

—Bien, eso es. Pedro, ¿recibes los datos médicos? —preguntó Eiko después de conectar las interfaces del sillón y sincronizar los sensores adicionales que colocaba en Nelson.

—Un segundo, que está sincronizando. Sí, eso es, esperad que active la consola central —contestó Pedro sin dejar de mirar su consola. En una pared se iluminó una gran pantalla, y empezaron a rellenarse datos en las gráficas.

—Osmar, ¿estás preparado? —preguntó Pedro.

Osmar trasteaba en la gran estación de trabajo, levantó la mirada un instante, se volvió y tecleó en el portátil.

—Listo, empecemos cuando quieras —indicó Osmar. Se puso unas gafas de inmersión, donde tendría la perspectiva de varias consolas simultáneas de la estación de trabajo.

—Nunca entenderé como es capaz de controlar todo eso al mismo tiempo —dijo Eiko sin dirigirse a nadie en particular.

—Es magia —bromeó Osmar entre risas.

—¿Estás listo, Nelson? —preguntó Pedro.

—Sí, claro —contestó Nelson, intentando que no le temblara la voz.

—Bien, tu parte es conectar con el programa demo de Cysex. Nosotros monitorizamos todo. Si vemos algo raro, cortamos la conexión. —Pedro le tendió unas gafas de inmersión y una consola Cysex.

—Okay, vamos allá —dijo Nelson, frunciendo el ceño.

Nelson encendió la consola y la conectó con su interfaz Cysex, luego se puso las gafas, activó el sistema y enlazó con uno de los programas de demostración del portal de Cysex, intentó relajarse y dejó que la simulación lo envolviese. Inútil, todo parecía inservible. El diagnóstico que realizaron solo sirvió para saber cómo funcionaba la interfaz Cysex y cómo interactuaba con el neurocórtex.

Sacaron en claro que, efectivamente, era posible inducir sensaciones extremas al usuario, lo que explicaría las muertes y los comas inducidos, pero no tenían ninguna pista de quién infiltraba algún tipo de virus que desbordaba la interfaz. La información era

valiosa y hasta le podría ser útil a alguna empresa que quisiera hacerle la competencia a Cysex, cosa que no ocurriría, pues tenía el monopolio y tantas patentes que sería imposible para cualquier otra compañía lanzar algo ni remotamente similar. Lo intentaron varias veces, pero no hubo suerte, en ninguna de las diversas pruebas que realizaron encontraron nada sospechoso. Al final, Pedro los llamó por el sistema de teleconferencia de la universidad.

—Hola, chicos —dijo Pedro con una amplia sonrisa cuando la comunicación se estableció.

—¡Hola, Pedro!, ¡qué bueno poder verte! Últimamente solo hablamos por correo electrónico —dijo Darío visiblemente emocionado.

—Sí, tienes razón. Entre las prisas y el desfase horario… —comentó Pedro con resignación.

—Hola, Pedro, ¿qué tal está Neusa? —preguntó Casandra asomándose por detrás de Darío para entrar en el área de enfoque de la videocámara.

—Hola, Casandra. Estás cada día más guapa —dijo Pedro haciendo el gesto de enviarle un beso con la mano—. Neusa está bien, se va a alegrar de tener noticias vuestras.

—Luego la llamo y charlamos un rato —comentó Casandra.

—Se pondrá como loca, no dejes de hacerlo. Bueno, esto… —Pedro cambió de expresión, desapareció el amigo y apareció el investigador—. ¿Tenéis los datos del experimento?

—Sí, no parece que haya nada anormal según nuestras primeras observaciones. Sin embargo, vamos a realizar análisis más exhaustivos —contestó Casandra.

—Bien, gracias. La facultad agradece muchísimo vuestra colaboración —indicó Pedro en tono formal.

—Bobadas, sabes que nos encanta trabajar con vosotros —dijo Darío.

—Bien, vamos a recoger los equipos y poner un poco de orden por aquí —dijo Pedro haciendo un gesto con la mano para abarcar el laboratorio.

—Okey, recuerdos a los demás, luego hablamos más tranquilamente. Hasta luego, Pedro —dijo Darío.

—Chau —dijo Pedro rápidamente.

—Menuda actuación —comentó Casandra a Darío cuando se

cortó la comunicación.

—Digna de un óscar, pero es mejor así. Al final, el experimento tenía una tapadera y no conviene dejar cabos sueltos —dijo Darío sin levantar la vista de la consola donde estaba almacenando el vídeo de la conversación—. ¿Qué opinas, Casandra? —preguntó cuando acabó de almacenar toda la información en un repositorio en el servidor principal de la red.

—Creo que el virus no está presente en la interfaz Cysex, que debe de ser algún tipo de gusano que se propaga por la red y que fortuitamente entra en la simulación Cysex de alguien y ataca. Eso explicaría el porqué no lo vemos durante estas pruebas.

—Si es así, va resultar muy difícil cogerlo. Dependemos de la suerte —comentó Darío, frunciendo el ceño.

Eiko, Pedro y Nelson se quedaron en la cafetería de la facultad, mientras que Osmar insistió en verificar algunos datos.

—¿De manera que no hemos sacado nada en claro? —preguntó Nelson un poco disgustado.

—Hemos aprendido en parte cómo funciona la interfaz, pero no hemos detectado nada raro —contestó Pedro en tono un poco ausente, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Tus constantes vitales eran del todo normales, de hecho, no parecías ni siquiera excitado por la simulación —dijo Eiko.

—Bueno, fue un corte, allí conectado a un montón de chatarra informática y una médica estudiándome como a un hámster —confesó Nelson un poco cohibido.

—Vaya, debo irme a toda prisa. Tengo una clase de laboratorio en cinco minutos, ya nos veremos —dijo Pedro, que apuró la cerveza sin alcohol, le dio un rápido abrazo a Nelson, un beso a Eiko y desapareció.

—No sé cómo es capaz de hacer tantas cosas. Parece no cansarse nunca —dijo Eiko, mientras miraba a Pedro atravesar la puerta de la cafetería a toda prisa, rumbo al laboratorio.

—¿Lo conoces bien? —indagó Nelson.

—Dio clases a mi hermano, que terminó trabajando con él en algunos proyectos. Me lo presentó un día. Cuando le conté que era médica, me dijo que en ocasiones necesitaban colaboración médica

para algunos trabajos y me preguntó si estaba interesada, le dije que sí y aquí estoy. ¿Y tú?

—Es el marido de mi prima —contestó Nelson, después de una breve pausa en la que se había perdido, hipnotizado por los ojos de ella.

—¿Eres primo de Neusa? —preguntó ella sonriendo.

—Sí, Neusa siempre ha sido como una hermana mayor para mí. Era inevitable que acabase siendo amigo de Pedro.

—Vaya, yo también tengo que irme. Se me está haciendo tarde y he de llegar a la clínica, que está al otro lado de la ciudad. ¿Te llevo a algún sitio? —dijo Eiko después de echar un rápido vistazo a su móvil.

—¿Pasas cerca del centro?

—Sí, sin problemas.

—Bien, entonces me apunto. Gracias.

Salieron de la cafetería y, para sorpresa de Nelson, Eiko se dirigió al aparcamiento de motos, se acercó a un escúter eléctrico, abrió el gran baúl y le tendió un casco ligero.

—Toma, creo que te servirá —dijo Eiko, recogiendo otro casco de mayor tamaño.

—¿Esto es seguro? —preguntó él, vacilante.

—Por lo visto, es más seguro que una sesión Cysex. Vamos, no te preocupes, llevo años usando estos trastos —contestó ella riéndose. Se subió a la moto y le hizo un gesto para que la imitase.

Minutos más tarde, Eiko paraba en el intercambiador del centro de la ciudad. Durante buena parte del trayecto, Nelson mantuvo los ojos cerrados mientras la chica conducía como si la hubiera poseído el mismísimo espíritu de Akira, se deslizaba a toda velocidad con una precisión escalofriante entre el tráfico de la ciudad. Aunque cada vez existían menos coches particulares, la circulación seguía saturada con los vehículos de mercancías, el transporte público, las motos eléctricas y las grandes limusinas blindadas.

—Listo, te he traído de una pieza —bromeó Eiko, levantando la visera de su casco.

—Gracias —atinó a decir Nelson, mientras le devolvía el suyo.

—De nada —Eiko guardó el extra en el baúl de la moto y empezó a bajar la visera de propio su casco.

—Eiko, ¿te gustaría venir al lanzamiento de la nueva versión del

juego en el que he estado trabajando? —dijo Nelson atropelladamente.

—Sería estupendo, pídele mi número a Pedro y envíame un mensaje. —Le lanzó un beso, y salió disparada, fundiéndose con el tráfico como una gota de lluvia que cae en un río revuelto.

Al bajar la visera del casco, Eiko activó el sistema de realidad aumentada que empezó a proyectar datos e imágenes en su visión periférica.

Nelson se quedó allí parado con una sonrisa tonta, mirándola desaparecer, con el zumbido del motor eléctrico como una extraña banda sonora de fondo. Salió de su ensoñación cuando un transeúnte chocó bruscamente con él. Casi una hora después, Nelson llegó a su casa, al entrar desactivó el sistema de seguridad, se cambió de ropa y se dispuso a trabajar. Activó su estación de trabajo, esperó el largo proceso de encendido y accedió a la red. Estuvo otro rato esperando mientras las rutinas de derechos digitales rastreaban su estación en busca de algo ilegal y, finalmente, pudo conectarse a la empresa de juegos, pasó todos los controles de seguridad y preparó una sesión de simulación. Se tumbó en una camilla y se colocó las gafas de inmersión, estas se conectaron con sus interfaces neurales y con su estación de trabajo. Sufrió una momentánea desorientación mientras sus ojos se acostumbraban a la proyección del juego, luego se concentró en la palabra «menú» y apareció el menú principal del juego. Cuando aparecieron las interfaces neurales, la industria prometió la realidad virtual, pero la situación se presentó de un modo distinto: las interfaces eran capaces de reconocer patrones de pensamiento y asociarlos a comandos informáticos, pero no eran competentes a la hora de interpretar el pensamiento como el marketing prometía, aun así fue un salto cuantitativo, pues ahora no era necesario teclear comandos o pulsar botones, solo hacía falta pensar en la palabra asociada al comando.

Penetró en la realidad del juego que estaba probando, cargó su último punto de entrada. La simulación era una evolución de los antiguos juegos de acción en primera persona y estaba ambientada en las antiguas películas de vaqueros.

Nelson caminó virtualmente hacia la imagen del caballo atado en la polvorienta calle, se acercó, miró al caballo y pensó «utilizar». Su imagen virtual se subió al animal virtual y este se sacudió ligeramente, luego volvió a mirar al caballo y pensó «acariciar», y la imagen de su mano acarició el cuello del caballo, y a través de la interfaz Cysex sintió el toque del caballo en su mano real. Nelson congeló el juego. El tacto del animal estaba mal, parecía el de un oso de peluche, no el de un caballo. Abrió una consola de programación en el juego y verificó las constantes físicas de la simulación, fue probando las diferentes texturas y no encontró ninguna que remotamente se pareciera a la que tenía el pelo de un caballo de verdad. Al final, envió una nota al departamento de diseño denunciando el fallo. Regresó al juego, se bajó del caballo, miró al rifle Winchester enfundado en la silla y volvió a pensar «utilizar», nuevamente encontró algo extraño en el rifle: no tenía el peso ni la textura correcta. Retornó a verificar los parámetros del arma virtual. Sí, allí estaba el error, el programador copió los parámetros de un rifle moderno, la empuñadura tenía las constantes de la fibra de carbono en lugar de la madera. Cambió los parámetros de la empuñadura, luego revisó las demás y al final ajustó la realidad de la física del juego con la imagen virtual del rifle. Cuando abandonó el modo de programación y volvió al modo de juego, sintió el rifle más pesado y la empuñadura con el tacto de la madera. Realizó un disparo de prueba: seguía mal, no había sentido nada en su hombro. Regresó al modo de programación, no habían cambiado los parámetros de la munición y del retroceso, seguían con los asignados a un fusil moderno. Al cabo de unas horas se desconectó, sin realizar demasiados avances, el juego estaba plagado de inconsistencias, la parte visual estaba ya finalizada, pero existían muchas variables que pulir. Nelson se dirigió a la cocina, abrió la nevera y buscó una cerveza, luego encontró una lasaña en el congelador y la puso en el microondas. Mientras esperaba, buscó su pizarra electrónica y se conectó a varias redes sociales buscando el perfil de Eiko. Después de dos intentos la encontró, husmeó en su perfil público y vio algunas fotos, descubrió que le gustaba el arte y la música electrónica de finales del siglo pasado y que tenía alergia a los gatos, además era cooperante de Médicos sin fronteras. Le dejó un mensaje en el tablón de anuncios del perfil pidiéndola como

amiga virtual. Se desconectó de la red social y fue a visitar un foro de juegos, donde un nutrido grupo discutía las últimas tendencias, alababa algunos títulos e intentaba hundir otros. No estaba con ánimo de participar, solo se quedó leyendo los airados comentarios de varios grupos. El sistema informático de la casa le habló. Tenía la voz de la heroína de su saga de juegos favorita.

—Hay una persona en la puerta. Solicita acceso. Su identificador coincide con el de una empresa de mensajería reconocida por esta entidad.

Nelson abandonó la cocina, activó el vídeo-portero y se encontró con la cara del mensajero. Tenía una expresión cansada y unos ojos tan vivos que parecían no pertenecer a la misma persona.

—Hola, ¿qué desea? —dijo Nelson.

—Entrega para nelson.b6022212.sp.br, ¿es usted?

—Sí, soy yo…

—Entrega con portes pagados. Deprisa, por favor, ya voy con retraso.

Nelson abrió la puerta y, con notable celeridad, el mensajero le entregó un paquete, recogió su identidad digital en la pizarra electrónica que llevaba, y desapareció. Se quedó un momento parado con el paquete en la mano, hasta que recordó que debía cerrar la puerta. Después volvió a la cocina, terminó su almuerzo y empezó a abrir el paquete marrón sin marcas externas, al cabo de unos minutos peleando con el envoltorio a prueba de golpes, tenía unas nuevas gafas de inmersión encima de la mesa. Eran parecidas a las otras, pero estas tenían una especie de nariz de goma que envolvía la nariz del usuario, añadían una sensación más al espectro sensorial de la simulación: el olor. Volvió a la habitación donde tenía instalado su sistema de pruebas, se puso las nuevas gafas y se conectó a la simulación. Entró en el menú principal del juego y activó la interfaz olfativa. Sintió un ligero perfume a algo que recordaba a los cítricos y que indicaba que la interfaz funcionaba correctamente. Volvió al juego, al último punto que tenía almacenado. Parpadeó cuando el juego generó la imagen virtual. Nelson empezó a maldecir internamente, mientras invocaba el menú de programación del juego. Quienquiera que fuese el programador del caballo, no solo no sabía qué tacto tenía el animal, sino que tampoco tenía ni idea de cómo olía un caballo. *Aquello iba*

a ser complicado, pensó, *porque poca gente sabía hoy en día cómo huele un caballo*. Se imaginó intentando convencer al equipo de desarrollo de que debían contratar a alguien que fuera con un analizador y almacenara los olores de cada elemento del juego. Se lo pensó mejor, volvió al menú principal y desactivó la interfaz olfativa. Ya pensaría en cómo enfocar eso. Y siguió comprobando los parámetros del capítulo que le asignaron.

> Atenas

Irene leyó los informes que Casandra periódicamente colgaba en un espacio habilitado en la red Libre. Mientras más leía más furiosa se sentía; llegó un momento en que toda su rabia y su frustración se cristalizaron en el deseo de vengar a su hermano.

La sucursal de Cysex era cliente de su empresa. Sin pensárselo demasiado se encaminó hacia las oficinas donde tenía su despacho. El edificio de oficinas estaba situado en la parte nueva de la ciudad. Era el típico edificio de cristal, anodino y multifuncional. Disponía de seguridad en la puerta, pero estaban acostumbrados a ver entrar y salir gente a todas horas. Cuando pasó por el torno de entrada, el vigilante de seguridad levantó la vista de su terminal, la reconoció, y la dejó entrar con un saludo.

Una vez dentro, buscó una sala de reuniones que dispusiera de un terminal de uso común; probó dos antes de encontrar una abierta. Arrugó la nariz al entrar, la sala olía a moqueta vieja y café rancio, pero en una esquina halló un terminal funcional, normalmente usado para reuniones con vídeopresencia. Utilizando los privilegios que tenía como consultora de seguridad, accedió a la red de Cysex como si fuera a realizar una auditoría de seguridad en búsqueda de vulnerabilidades. Una vez dentro, utilizó una deficiencia no parcheada del sistema que, debido a un desbordamiento de *buffer*, provocaba que un usuario normal obtuviera privilegios de administración. Con los privilegios obtenidos creó un nuevo usuario administrador, luego borró sus huellas, cerró la sesión y volvió a abrirla desde otro terminal virtual con el nuevo usuario que acababa de crear. Esto le abrió todas las puertas en el sistema. Además, no quedaría rastro de lo que hiciera, todo lo que realizara figuraría registrado con el nuevo usuario y nadie podría asociarlo con ella. Se dedicó a bucear por la red documental buscando alguna información que le fuese útil. No

encontró nada relativo a las muertes, pero después de varias búsquedas, tropezó con un repositorio oculto que le llamó la atención. El almacén de datos era antiguo, hacía años que nadie accedía, pero le despertó la curiosidad las referencias a varias agencias de seguridad y que estaba registrado a nombre de la empresa madre de Cysex. Contenía documentos, vídeos, memorandos, contratos, una infinidad de información. Después de leer algunos datos, Irene ya tenía la certeza de haber topado con algo realmente grande. Los datos tenían décadas, pero comprometían a la corporación dueña de Cysex con atentados y una conspiración a gran escala para asesinar a unos científicos e ilegalizar una antigua asociación ecologista. Curiosamente los informes no estaban encriptados, posiblemente quien los guardó nunca pensó que alguien de fuera de la corporación los llegara a encontrar. Irene estuvo horas buscando pistas que le aclarasen algo sobre lo ocurrido a su hermano, pero no encontró nada que pudiera utilizar, solo un aumento de los contratos con agencias de seguridad y, sobre todo, con grandes medios de comunicación, así que decidió dejarlo de momento, ya iba a cerrar la sesión cuando se acordó de algo que le contó su antiguo novio y copió toda la información encontrada. Rebuscó en su bolso la vieja PDA libre que fue su puerta de entrada en el submundo oculto de los Libres y estuvo un rato indagando en los datos que recibió como legado. Tras un rato, apareció lo que estaba buscando, una especie de biografía escrita por alguien. Hablaba de unos científicos que fueron los grandes propulsores de la comunidad del *software* Libre antes de su ilegalización, de cómo revolucionaron la informática y del alboroto que montaron cuando aparecieron los primeros implantes de control. Volvió a revisar la información pirateada de Cysex y vio que la historia y los nombres encajaban. Irene descubrió algo que no estaba buscando y para lo que no estaba preparada. Estuvo un rato meditando cómo manejar esa información, no podía usarla directamente, pero tenía que hacer algo. Semejante barbaridad no debía continuar impune, se lo debía a alguien muy especial.

Se desconectó de la red de Cysex, se reconectó a la red de su empresa, fue intentándolo con antiguas cuentas de administradores y contraseñas por defecto. Como en todas las compañías, existía mucha rotación de empleados y no siempre se daban de baja las

cuentas o se cambiaban las contraseñas por defecto, a pesar de las recomendaciones. Al final encontró una que funcionaba, accedió al sistema principal y borró el registro que el terminal de la sala de reuniones generó al ser utilizado. Accedió al fichero de entrada y cambió la hora de ingreso en el edificio por otra una hora más tarde. Después se coló en el sistema de las cámaras de seguridad y alteró la programación de borrado de los ficheros de vídeos para que se eliminasen diariamente. Abandonó la sala de reuniones y se fue a su despacho, encendió su estación de trabajo y, utilizando su cuenta, contestó a algunos correos, luego se marchó. En el registro del edificio constaría que su ingreso fue posterior al acceso a Cysex, suponiendo que alguien consiguiera detectarlo.

> Cornisa cantábrica, España

Casandra buceaba cada vez más profundamente en la red, buscando asociaciones que revelasen alguna pista sobre las muertes relacionadas con Cysex. En ocasiones veía el rastro de otros bots que investigaban la misma información, parecía existir mucha gente cada vez más interesada por el extraño fenómeno. Su PDA empezó a lanzar una alarma de alta prioridad, provocada por el envío de un mensaje de alerta a la red Libre. Normalmente solo se usaban estos mensajes para avisar de algún problema en los servidores principales o para pedir ayuda urgente. Minimizó las tareas que estaban ejecutando y se conectó a la red Libre, se autentificó y accedió al cuadro de avisos. Empezó a leer:

> ***Hola a tod@s:***
>
> ***La información que condenso ha sido encontrada en la red de Cysex. Los datos en bruto están anexados al mensaje.***
>
> ***En resumen, Cysex y otras compañías contrataron hace años a una compañía de seguridad radicada en Sudáfrica para que volara la estación climática de Greenpeace. Tuvimos acceso a los vídeos que grabó el helicóptero atacante y que fue utilizado como prueba contractual por la compañía de seguridad para cobrar el trabajo. Asociado a este contrato se efectuaron ataques coordinados a buques pesqueros, estos incidentes desembocaron en la ilegalización de la asociación ecologista.***
>
> ***En realidad, el hallazgo de esta información es accidental, pues yo estaba rastreando las muertes asociadas a la utilización del implante de Cysex.***

—Darío, ¿dónde estás? —gritó Casandra al sistema de

intercomunicación.

Darío estaba en el garaje revisando las baterías y el estado de los acumuladores solares. Cuando oyó a Casandra, se llevó un gran susto, se le cayó la llave inglesa que tenía en la mano y le pasó raspando a Rufo, que como siempre estaba pegado a su lado, preguntándose qué hacia su amigo y si era algo que se podía comer. Rufo le ladró, regañándole.

—Darío, date prisa, ¿dónde estás? —insistió Casandra.

—Maldita sea, ¿qué pasa?, ¿ha empezado otra puñetera guerra? —gruñó Darío, enfadado por la interrupción.

—Lee esto. —Casandra envió un archivo a la PDA.

Darío, empezó a leer y cambió de color, al momento se sentó.

—Voy para ya, espérame.

Darío se dirigió a la casa y se reunió con Casandra, que estaba sentada en la mesa de la cocina un poco pálida.

—¿Has visto los vídeos anexos? —preguntó Casandra, quien hizo un esfuerzo porque no le temblara la voz, pero no lo consiguió.

—No, no creo que pueda —contestó Darío. Una lágrima le resbaló por el rostro—. ¿Es correcto todo esto? —preguntó con incredulidad.

—He revisado los *logs* que anexa, no hay duda de que la información procede de servidores de Cysex. Tiene las huellas digitales de los certificados de origen —contestó Casandra.

—¿Por qué guardaron esto? Es totalmente incriminatorio. —Darío seguía sin poder creérselo.

—Bueno, ya sabes cómo son estas empresas, a nosotros nos contratan para rastrear virus ilegales o para neutralizar virus de otras compañías, todo eso es alegal. Sin embargo, nos hacen contratos privados, nunca esperan que vean la luz —contestó Casandra, que ya había tenido más tiempo para digerir la información.

—Sí, es cierto —dijo Darío con resignación.

—Tenemos que hacer algo con todo esto.

—Podemos contactar con los viejos miembros de Greenpeace —aventuró a decir Darío, que todavía estaba conmocionado.

—Debemos tener cuidado, no podemos dejar que nos relacionen con esto, podrían desvelar nuestras verdaderas identidades —murmuró Casandra.

—Bueno, siempre hemos estado en contacto con lo que quedó de la organización. Muchos de los miembros siguen siendo activistas en la sombra o lo son de otras organizaciones que todavía son legales —dijo Darío, ya más calmado.

—Entremos en contacto con Patricia —dijo Casandra, con el rostro iluminado.

Patricia vivía en Alicante, se dedicaba a la Sanidad y era sobrina de uno de los miembros de Greenpeace de la época de su ilegalización. La pareja solía mantener contacto con ella y colaboraban esporádicamente haciendo simulaciones informáticas de impacto ambiental para diversas asociaciones ecologistas legales. Casandra llamó a Patricia utilizando una línea segura. Cuando hablaba con ella utilizaba el nombre de Isabel; tenían por norma evitar usar sus nombres verdaderos para comunicarse en el mundo real. En la línea empezó a retumbar una de las últimas canciones de moda, después de unos segundos alguien la atendió.

—¿Sí? —Se escuchó decir al otro lado de la línea; era una voz joven.

—Hola, Patricia, soy Isabel. No sé si te acuerdas de mí, algunas veces he realizado simulaciones de impacto ambiental —dijo Casandra.

—¡Isabel, cuánto tiempo! Claro que me acuerdo de ti, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. Me gustaría que leyeses cierta información, te pasaré un correo electrónico con una dirección donde podrás consultarla. La dirección solo estará activa durante un día y podrás acceder a ella utilizando la identidad digital de tu tío.

—Pero ¿qué me estás contando? No entiendo nada —indicó Patricia, confusa por lo que había oído.

—Patricia, esto es importante, cuando lo leas lo entenderás. No puedo decirte más por teléfono, pero te aseguro que tu tío estará encantado de leerlo —dijo Casandra en un tono muy neutro.

—¿De qué conoces a mi tío? —preguntó Patricia muy intrigada, pues hasta ahora Casandra nunca había mencionado a su tío en ninguna conversación.

—Digamos que fue amigo de un pariente mío. Sé que esta información puede cambiar nuestras vidas —contestó Casandra con firmeza.

Casandra colgó y miró a Darío, que ya tecleaba a toda prisa en una de las consolas, transfiriendo toda la información a un lugar seguro, clonándola en varios nodos ocultos de la red Libre para evitar que pudiese ser destruida. Luego activó un sitio web dentro de una máquina virtual en un viejo servidor olvidado de la Universidad de Madrid, arrancó varios bots para que vigilasen contra accesos no autorizados y principalmente que borrasen todo si alguien de la universidad llegaba a percatarse de su existencia. Le pasó la dirección de acceso y los códigos a Casandra, que escribió el correo enviándole la información a Patricia, lo encriptó y lo mandó desde un servidor de correo que no pudiese ser asociado con ellos.

—Darío, ¿crees que debíamos enviar esto también a alguna agencia de noticias? —preguntó Casandra con inseguridad.

—No sé, puede que a alguna que tenga intereses empresariales que entren en conflicto con Cysex —contestó Darío, tampoco muy seguro de si era una buena idea.

—¿Grupos políticos? —aventuró ella.

—¿Bromeas? Sabes perfectamente que los políticos jamás se enfrentan a las corporaciones, como mucho, alguno que no esté en nómina de Cysex y quiera vengarse —contestó Darío.

—Al diablo, le daremos una semana a Patricia, luego actuaremos. —Los ojos de Casandra parecieron brillar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Darío, que conocía esa expresión y sabía que ella podía desatar una tempestad.

—En jaquear una emisión de televisión —dijo ella con una amplia sonrisa.

—Estás de broma… —empezó a decir él, parpadeando un poco incrédulo, aunque se esperaba cualquier cosa.

—No, piénsalo bien, es sencillo. Solo tenemos que entrar en el sistema informático de una emisora de televisión, ver en la base de datos la programación, verificar el vídeo que van a emitir en determinada hora y cambiarlo por el nuestro. Si utilizamos las puertas traseras que los sistemas tienen para que las agencias de gestión de derechos hagan sus auditorías, es fácil —dijo ella como si fuera la cosa más simple del mundo.

—No funcionará. Cuando se den cuenta, cortarán la emisión —indicó Darío, mientras pensaba en los pros y en los contras de la idea.

—Cuento con ello. Esto es la cortina de humo, la idea es distribuir un virus en los ordenadores de la cadena que suba la grabación que tenemos a los principales servicios de vídeos de la red, y que lo vuelva a enviar periódicamente. Es la manera de difundirlo y esconder nuestras huellas —dijo Casandra, mientras escribía algo en su PDA.

—Eso podría funcionar —señaló él, que empezaba a gustarle la idea.

—Por lo menos haremos ruido. Si conseguimos llamar la atención, no podrán poner excusas cuando Greenpeace exija que le retiren los cargos y su vuelta a la legalidad.

—Si los barcos de Greenpeace vuelven a navegar será un gran día —dijo Darío con expresión de ver la posible realización de un sueño imposible.

—¿Tenemos los códigos para acceder a las puertas traseras de las emisoras? —preguntó Casandra ansiosa por empezar a poner el plan en práctica.

—No, pero tenemos los códigos de las puertas traseras de los principales *router* de red del mercado. Solo tenemos que entrar en uno que encamine los datos a una cadena de televisión y monitorizar el tráfico utilizando las herramientas de administración. Una vez que tengamos los patrones de conexión podemos simularlos, si eso falla siempre podemos lanzar una consulta a la red Libre y verificar si algún libre los tiene —contestó Darío, que empezó a consultar en la base de datos los contactos que podrían ayudarlos.

—No creo que sea tan fácil. Aunque monitoricemos el tráfico, si están utilizando encriptación con diversificación de claves, estarán cambiando las claves en cada sesión y no podremos descifrarlo —indicó ella, sopesando la idea.

—No creo que hagan eso. Ten en cuenta que normalmente no hace falta tanta seguridad, las redes están controladas por las compañías de acceso, hay pocos *hackers*, a causa de la escasez de conocimientos y la dureza de las penas por delitos informáticos —dijo Darío levantando la vista de su PDA y mirando fijamente a Casandra.

—Quedamos nosotros —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Nosotros no existimos, los Libres descuidados están todos

fuera de circulación y los que quedamos somos tan cuidadosos que todo el mundo piensa que estamos extintos. Los que saben de nuestra existencia se cuidan de no divulgarlo porque siempre tienen la esperanza de capturarnos y obligarnos a trabajar para ellos.

—Está el asunto del virus que comentabas… No tenemos experiencia en virus de este tipo, siempre nos hemos dedicado a los virus de la interfaz, y no podemos programarlo usando nuestras técnicas, pues sería como un faro iluminándonos —recordó Casandra que seguía urdiendo el plan en su cabeza.

—Hablaré con el hijo de Carmen —dijo él sencillamente.

Carmen era una vecina. Cuando Darío y Casandra se fueron a vivir al pueblo conocieron a una pareja de jubilados que vivían cerca. Darío hizo amistad con José, un ingeniero retirado, de la vieja escuela, que tenía una ingente cantidad de viejos libros de ingeniería. Cuando Darío empezó a modificar el antiguo *quad* para que funcionase con metano, se encontró con un montón de problemas técnicos y fue José quien le dio las soluciones. Darío acabó escaneando los viejos libros de José y subiéndolos a la red Libre. El hijo de José se dedicaba a las telecomunicaciones y tenía la costumbre de coleccionar código informático. Guardaba todo el código que pasaba por sus manos, incluido un repertorio de códigos de virus que utilizó una vez para atacar un sistema que estaban desarrollando y necesitaban verificar su integridad contra ataques externos.

> Cercanías de Alicante, España

Patricia pensaba en la extraña llamada de Isabel. En realidad, se dio cuenta de que no conocía a Isabel, nunca la había visto y ni siquiera sabía dónde vivía. Todo empezó pocos años antes, trabajando para un proyecto de conservación de la fauna local. El reducido grupo de activistas que llevaba a cabo un proyecto para la universidad donde estudiaba Patricia recibió un correo electrónico de Isabel ofreciéndole una simulación informática del problema y ahorrándole años de trabajo. Las asociaciones ecologistas lo tenían cada vez más difícil, los gobiernos no las apoyaban, debido a los cada vez más escasos recursos de las administraciones, y los ciudadanos en general estaban muy ocupados con sus problemas. Además, las corporaciones realizaban agresivas campañas de marketing para desprestigiar a las asociaciones ecologistas y mucha gente daba la batalla por perdida: el ecosistema estaba herido de muerte y era inútil luchar por él. Durante mucho tiempo los grupos ecologistas advirtieron sobre el deterioro del medio ambiente y la amenaza del cambio climático. En algún momento histórico, los gobiernos asumieron la lucha contra el cambio climático como labor gubernamental, pero de alguna manera la máquina de propaganda de las corporaciones y los gobiernos consiguieron que el público no considerase al movimiento ecologista como el responsable de este cambio. Las personas siguieron pensando que los ecologistas eran unos ilusos antisistema, los gobiernos realizaron intensas campañas de propaganda contra el cambio climático, pero no asumieron ninguna transformación estructural realmente importante, y pese a que algunos países tenían políticas más activas, el consenso nunca llegó. Desde entonces Patricia mantenía contacto con Isabel por correo electrónico y siempre colaboraban en proyectos de conservación, pero no sabía nada más de ella y, de repente, aparece y dice conocer a su tío. Decidió verificar el correo.

Allí estaba, un correo de Isabel, encriptado con su clave pública. Abrió el correo y le aplicó su clave privada. Empezó a leerlo.

> ***Hola, Patricia:***
>
> ***Siempre hemos colaborado contigo en proyectos de impacto ambiental. Como sospecharás, soy una ecologista de la vieja escuela. Tu tío fue un alto cargo de Greenpeace en la época que fue ilegalizada. Muchos ecologistas seguimos trabajando en la sombra. La información que te enviamos prueba que Greenpeace fue ilegalizada debido a una conspiración, donde además murieron muchos inocentes. Una persona muy próxima a mí fue amiga de tu tío.***
>
> ***Por favor, Patricia, habla con él, con esto podemos revivir la organización. Él todavía tiene los conocimientos y los contactos para juntar a todos los activistas otra vez. Además conoce a nuestros viejos abogados y, créeme, los vamos a necesitar.***
>
> ***Llama a tu tío, dile que necesitará su antigua identidad para acceder a la información. Cópiala y usadla, tened en cuenta que una vez destapada se hará pública en poco tiempo.***

Patricia sospechaba que su tío fue miembro de Greenpeace en aquellos convulsos tiempos; ella era muy pequeña para acordarse de lo ocurrido y él no hablaba nunca de ello directamente, aunque de vez en cuando se le escapaban comentarios. Fueron sus influencias y su ayuda la que le hizo hacerse ecologista en un tiempo donde ya no era frecuente. Estaba atónita, revivir Greenpeace era algo con lo que todos soñaron alguna vez, además eso abriría la puerta para revivir otras organizaciones, pues la ilegalización de Greenpeace supuso un golpe muy fuerte para el movimiento ecologista, algunas asociaciones fueron ilegalizadas por tener vínculos o colaborar con Greenpeace y otras se quedaron sin su sustento económico al perder sus subvenciones y sus socios, puesto que muchos se dieron de baja por miedo a ser investigados por las fuerzas de seguridad. Sin pensarlo más, llamó a su tío y le pidió que viniera a su casa. Llegó un par de horas más tarde. Era alto y delgado, con el pelo blanco muy corto, cojeaba un poco al andar y olía a protector solar.

—Hola, Paty, ¿qué ocurre?, ¿dónde es el incendio? —dijo cuándo se soltó de su abrazo.

—¿Es cierto que fuiste un alto cargo de Greenpeace en la época de la ilegalización? —preguntó ella sin preámbulos.

—Uf, sí, es cierto. Estuve una época en la cárcel por eso, todavía conservo recuerdos muy malos de los interrogatorios, por eso nunca hablo de esa época. ¿A qué viene eso ahora? —contestó él, intrigado.

—Mejor que leas esto.

Patricia le tendió una pizarra electrónica con el mensaje de Isabel. Conforme lo leía, sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas. Cuando le devolvió el aparato, unas gotas resbalaron por el plástico pulido y el viejo ecologista tenía la mirada perdida. En su mente revivieron todos los recuerdos que intentó olvidar inútilmente durante tantos años. Cuando levantó la vista Patricia no lo reconoció, nunca le había visto con aquella mirada. En el semblante cansado y marcado por las arrugas de su viejo tío, algo había cambiado sus ojos por los de un joven.

—Tío, ¿estás bien? —preguntó ella con preocupación, al ver la reacción de su tío.

—No he estado bien desde aquel maldito día, cuando unos asesinos mataron a mis mejores amigos y hundieron a toda nuestra organización en la miseria. Pero, si esto es cierto, podemos cambiar las cosas. Siéntate, Patricia, es mejor que te cuente todo lo que pasó.

Fue contando todos sus recuerdos, torpemente al principio, pues le costaba recordar tanto dolor. Luego fue como un embalse que se rompe y empezó a hablar compulsivamente. Un torrente de emociones cruzaba su rostro, lágrimas al hablar de los amigos perdidos, admiración y orgullo cuando le habló de sus antiguas luchas, de cómo se enfrentaban a corporaciones, como increparon a barcos balleneros y lucharon contra el lobby nuclear, de cómo consiguieron salvar algunas especies casi al borde de la extinción.

—Vamos, Patricia, accedamos a esa información y veamos si realmente es tan buena.

—Voy, ¿tienes tu firma digital?

—Sí, toma, lo tengo en esta tarjeta de memoria.

—Vamos —dijo ella insertando la tarjeta en su portátil.

Accedieron a la información, allí estaba: informes confidenciales, contratos de seguridad, hojas de gastos, planes del ataque y unos vídeos.

—Patricia, copia todo eso en mi tarjeta de memoria —dijo él al ver la magnitud de la información.

—Sí, voy. —Patricia empezó a copiar los datos mientras seguían revisando el contenido.

—Esto es mucho mejor de lo que podríamos haber soñado —dijo él después de leer rápidamente la primera página de un documento.

—¿Por qué han guardado todo esto? —murmuró Patricia, como preguntándoselo a sí misma.

—¿Quién sabe? Puede que alguien considerase que era su seguro para nunca ser despedido de Cysex.

—Veamos los vídeos —dijo Patricia al empezar a leer un informe farragoso—, esto es un rollo.

—No sé si podré soportarlo, pero vamos…

El primer vídeo estaba tomado desde la cabina de un helicóptero, empezó en el despegue y durante un rato solo se veía el mar. El aparato volaba a baja altura, luego se acercó a tierra y se quedó flotando, a lo lejos se veía la estación de Greenpeace. La grabación se sacudió cuando el helicóptero lanzó dos misiles, se vieron las estelas de los misiles perderse en la distancia, pero en el último momento se desviaron y fallaron el objetivo. La grabación se aceleró cuando el aparato salió despedido hacia adelante y se inclinó al bajar el morro y ganar velocidad, luego empezó a temblar. Una estela blanca de balas trazadoras cruzó el cielo mientras la Vulcan del aparato vomitaba cientos de proyectiles. El piloto corrigió la puntería y destruyó la torre de comunicaciones de la estación. Una nueva sacudida y las estelas de dos misiles más. Estos impactaron en la estación y la convirtieron en una bola de fuego, después se vio un destello y la grabación se interrumpió.

—No entiendo qué ha pasado exactamente —dijo Patricia.

—Yo tampoco, espera, aquí hay un informe de una segunda incursión unas horas más tarde —indicó él mientras abría al informe en la pantalla.

—¿Qué dice? —Patricia cambió de posición para ver mejor el texto.

—A ver… Vaya, dice que los primeros misiles fallaron su

objetivo debido a algún tipo de contramedidas electrónicas provenientes de la estación, y mira esto, indica que el helicóptero atacante fue destruido por un avión de aeromodelismo. Recuperaron la caja negra del primer helicóptero con los datos y los vídeos que vemos.

—¡Eso es imposible! —dijo Patricia con incredulidad.

—Tú no conociste a José y a Alba —dijo él con una sonrisa triste.

—¿Quiénes?

—José era un ingeniero que trabajaba en la estación de Greenpeace. Era un mago construyendo cosas, Alba era un genio que hacia maravillas con el *software*, y los dos juntos hicieron cosas increíbles —recitó él mientras su mente recordaba a sus amigos perdidos.

—¿Derribar un helicóptero? —Patricia no terminaba de creerse que eso fuera posible sin armamento militar.

—Todos pensábamos que José era un paranoico. Pero tenía razón, él pronosticó que las cosas se podían poner difíciles, seguramente utilizó la torre de comunicaciones de la estación para construir algún tipo de contramedidas electrónicas.

—¿Y el avión, de dónde se lo sacó?

—José construía aviones de aeromodelismo para hacer mediciones atmosféricas y para sacar fotos. Seguramente transformó uno en un misil —aventuró él, recordando las habilidades de su amigo.

—¡Venga ya!, ¿y los explosivos? —A Patricia le costaba encajar todo aquello.

—El informe dice que un aeromodelo impactó en la turbina y que encontraron fragmentos de tungsteno. Eso tiene sentido, una barra de tungsteno de un kilo lanzado a cuatrocientos kilómetros por hora tiene la suficiente energía cinética para destrozar la turbina y derribar un helicóptero.

—¿Cuatrocientos kilómetros por hora un avión de juguete? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Los aeromodelos no son juguetes, son aviones en miniatura y José era un ingeniero increíble. Yo llegué a ver alguno de sus aviones, eran aparatos con turbinas a reacción, volaban a muchos kilómetros de altitud para recoger datos de la alta atmósfera —le

explico su tío en tono didáctico.

—Pero no les daría tiempo de lanzar el avión, fue todo muy rápido —objetó ella.

—Para eso estaba Alba, seguramente programó un sistema experto de defensa.

—¿Y cómo detectaron el helicóptero? —A pesar de sus reticencias Patricia ya estaba convencida, pero la curiosidad le empujaba a averiguar cómo habían hecho eso.

—Diseñaban sensores para medir las variaciones del clima, eran extremamente sensibles. Posiblemente los rediseñaron para montar una red de vigilancia, además es probable que trucaran el radar meteorológico convirtiéndolo en un radar activo.

—Menos mal que eran ecologistas, si llegan a trabajar para los militares… —comentó Patricia, impresionada.

—Eran pacifistas convencidos, pero conociéndolos no me extraña nada que hayan luchado hasta el final.

—Esto explica qué pasó con la estación, pero no es lo bastante para que retiren la orden de ilegalización —comentó ella intentando hilar toda la trama.

—Es cierto, veamos los siguientes informes —dijo él, buscando más información en el repositorio.

Abrieron la siguiente tanda de información: más dosieres de inteligencia, contratos de mercenarios, expedientes médicos, órdenes ejecutivas… Estaba toda la información necesaria para que quedara claro todo el montaje.

—Espera —dijo Patricia. Se levantó y fue a buscar una tableta multimedia—. Repasa los documentos, yo miraré los vídeos.

—Mira, aquí está todo, míralo. Esos desgraciados lo planearon hasta el último detalle —exclamó él—. ¡Aquí!, he encontrado las órdenes del ataque al primer buque pesquero en las costas de Terranova.

—Y según esto, este es el video del helicóptero guardacostas que abatió a los presuntos ecologistas —dijo ella visualizando otro archivo.

—Mira esto, la copia del soborno a un alto cargo de los guardacostas —dijo él después de abrir y leer otro documento.

—Esto es mejor, una grabación de la conversación cuando cerraron el acuerdo y aceptó el soborno —indicó ella al abrir un

archivo solo de audio.

—Esos mercenarios eran buenos —concluyó.

—En realidad son empresas y se comportan como tales, tienen clientes importantes y peligrosos. No pueden dejar cabos sueltos y tienen que tener todo bien atado para poder cobrar —dijo él.

El cúmulo de emociones desbordó al viejo ecologista, por un momento sus manos empezaron a temblar y se puso a llorar como un niño, abrumado por el peso de tantos recuerdos y por la rabia contenida durante décadas.

—Paty, no sé si puedo soportar todo esto —dijo él con voz quebrada por el peso de todo lo que estaba viendo y leyendo.

—Vamos, tío, para y piensa —Patricia dejó la tableta y abrazó a su tío.

—Es un buen consejo.

—Tú me lo enseñaste —dijo ella mirándole a los ojos.

—Parar y pensar, esa era la clave y la frase favorita de José cuando algo no iba bien —murmuró él para sí mismo.

Y pensó que se lo debía a todos los compañeros muertos en aquellos días, todos los que desaparecieron en las batidas policiales posteriores y los que, como él, sufrieron los malos tratos y la humillación. Se lo debía a todo el movimiento, se lo debía a sus ideales y se lo debía especialmente a Gaia, la madre tierra. El decaimiento de la causa verde hizo mucho daño y se perdieron muchos años, pero si conseguían volver a la actividad, aunque fuera necesario empezar desde cero otra vez, valdría la pena. Tendría que contactar con los viejos líderes de las organizaciones ecologistas, convencerles de que lo que decía era cierto y sacar a todos del ostracismo. No resultaría fácil, algunos eran ya muy mayores, otros abandonaron la causa sin contar con los no que estaban en condiciones de hacer nada, pues habían desaparecido.

—Paty, quiero que lo medites bien antes de contestarme, ¿realmente estás dispuesta a seguirme en esta locura? —dijo él muy serio, cogiendo a su sobrina de la mano.

—No me perdería esto por nada del mundo —contestó ella sin titubear.

—Esto va a ser muy feo, será una batalla sin cuartel en los tribunales y no descarto que contraten a más mercenarios para terminar el trabajo que empezaron hace años —confesó él hablando

despacio e intentando enfatizar los peligros que veía.

—No tengo miedo —dijo Patricia sin pensar.

—Debes tenerlo, un cierto nivel de miedo es esencial para hacernos precavidos, vamos a tener que ir con mucho cuidado —aconsejó él, recordando las veces en su vida en las que el miedo controlado le había salvado la vida al evitar que obrara impulsivamente.

—No sé si te entiendo —Patricia parpadeó, pues nunca había pasado por experiencias realmente difíciles y no conseguía sintonizar con lo que su tío decía.

—Te estoy diciendo que a partir de ahora tienes que tener mil ojos, que no puedes confiar en nadie que no sea de tu círculo más íntimo. Que tienes que volverte una paranoica de la seguridad —dijo su tío en tono paternal.

—Deja de hablar y empecemos, no me trates como a una niña. Sé cuidarme —le regañó ella.

—Tienes razón, ¿has copiado todo eso? —En su interior se debatía entre intentar dejarla al margen de todo esto y la realidad de que ella ya estaba implicada por méritos propios.

—Sí, he hecho varias copias.

—¿Quién es esa Isabel? —preguntó él de repente.

—No lo sé en realidad, no la conozco personalmente, aunque siempre ha colaborado con los proyectos medioambientales, nos remite programas de simulación increíblemente buenos —contestó ella haciendo memoria de cómo Isabel había entrado en su vida.

—¿Una informática ecologista? —preguntó él. Su mente buscaba relaciones.

—Eso parece —dijo ella sencillamente, como si no tuviera importancia la relación.

—¿Te fías de ella?

—No tengo motivos para no fiarme, siempre nos ha ayudado mucho, además dice que una persona que ella conocía era amiga tuya —indicó Patricia recordando la conversación telefónica.

—¿A quién crees que se refiere? —Él seguía teniendo un pensamiento escurridizo que no conseguía atrapar.

—Seguramente a algún viejo miembro de la organización. ¿Tienes hambre?, ¿descongelo una *pizza*? —preguntó ella ya de camino a la minúscula cocina de su apartamento.

—Sí, y déjame tu portátil. Debo comprar algunas cosas.

Se conectó a la red y buscó en varias tiendas, finalmente encontró una tienda virtual que tenía buenos precios y que podía entregarles las compras en unas pocas horas. Adquirió dos teléfonos móviles con encriptación que garantizaba una cierta seguridad, un rastreador de escuchas, tarjetas de memoria de alta capacidad y una pizarra electrónica con el último código de legislación y un sistema experto de búsquedas legales, la pizarra que compraría un abogado, era cara pero les sería útil. Sacó su vieja PDA y buscó en sus antiguos contactos, y escogió a algunos que sabía que todavía estaban activos. Después de varias llamadas consiguió contactar con varios, los convenció para hablar e intercambiaron sus claves públicas, así podía remitirles correos con la información. Unas horas después tenía enviados varios correos y seguía llamando a antiguos miembros de otros países a medida que recibía listas de contactos de otros compañeros. Luego llamó a uno de los abogados que se dedicaba a defender causas ecologistas. Era joven, pero su padre fue abogado de la asociación y murió en un sospechoso accidente de tráfico hace años; el joven dedicó parte de su vida a intentar vengar a su padre: no existía nadie más motivado en el país.

—¿Qué quieres beber? —preguntó ella desde la cocina.

—Agua, por favor, me bebería una botella de ron si no fuera por la edad —dijo él con resignación.

—¿Has hablado con alguien, ya? —Patricia le tendió una botella de agua.

—He contactado con varias personas, no he entrado en detalles porque la línea no es segura, solamente les he dicho que tengo información muy importante para la causa ecologista y que necesitaba ayuda —contestó él después de dar un sorbo a la botella.

—¿Y qué te han dicho? —Patricia abrió una lata de refresco y dio dos rápidos tragos.

—Algunos me han colgado directamente, otros me han dicho educadamente que los olvide, pero la mayoría se ha mostrado muy interesada, un par de ellos están de camino hacia aquí para hablar en persona. Ha ido mejor de lo que pensaba —contestó él animadamente, pues la respuesta había sido favorable.

—¿Crees que la hemos liado? —dijo Patricia con la misma

entonación que él recordaba de cuando ella hacia alguna travesura siendo niña.

—Cariño, los de vuestra generación no han visto nunca como nos las gastábamos antiguamente los verdes. Si consigo una pizca del viejo empuje, verás por qué nos ilegalizaron —dijo él con orgullo.

—¿Por qué lo hicieron?

—Porque teníamos razón y lo sabían.

> Cornisa cantábrica, España

Casandra seguía revisando los datos de los bots que incansablemente buscaban coherencia en los datos de las muertes causadas por Cysex, cuando recibió un correo de Patricia. En realidad era su tío utilizando la cuenta de Patricia, les agradecía la información y les contaba que estaba contactando con antiguos miembros para organizar una respuesta, también le decía que cuando consiguieran una línea de teléfono segura le enviaría el número por si quería hablar con él. Casandra meditó sobre esto. Tenían decidido actuar en la sombra, pero hablar con el viejo amigo de sus padres era tentador aunque peligroso: no se decidía. Mientras tanto, Darío llevaba horas rastreando la red intentando acceder a alguna emisora de televisión. Consiguió penetrar en una pequeña emisora local y cuando estaba a punto de dejarlo por no ser de gran difusión, se dio cuenta de que a su vez esta tenía una conexión abierta con un enlace del satélite de una corporación de medios audiovisuales. Era mucho mejor de lo que podía imaginar. Después de algunos saltos estaba en la red local de una cadena de emisión europea.

—Darío, ¿qué tal vas?

—Sin que sirva de precedente, hemos tenido un gran golpe de suerte: estoy dentro de una emisora de difusión europea —contestó él sin levantar la vista de la consola donde estaba trabajando.

—¡Este es mi chico! —Casandra se acercó y le dio un sonoro beso.

—Todavía tengo que estudiar el sistema para ver cómo hacemos la trampa —dijo él sonriéndole.

—¿Te ayudo en algo? —preguntó Casandra asomándose para ver la pantalla.

—Sí, gracias, inspecciona los vídeos y mira a ver si no tiene nada oculto, alguna estenografía o algo parecido —dijo él sin

mirarla, de nuevo absorto en lo que estaba haciendo.

—¿Y el virus? —preguntó ella mientras se sentaba en otra consola y empezaba a inspeccionar los videos buscando código furtivo.

—He hablado con Carmen, ella ha llamado a su hijo, que a su vez me ha llamado a mí y me ha enviado una colección.

—¿Por correo?

—Me ha enviado el código fuente de algunos tan antiguos que ya no están en las bases de datos de los antivirus —observó él.

—Muy astuto —dijo ella también sin retirar la vista de la consola para ver si los diagnósticos que estaba lanzando se ejecutaban correctamente.

—Sí, es listo, tanto que no me ha preguntado para qué los quiero.

—¿Dónde están? —preguntó Casandra.

—Los he dejado en el nodo que está desconectado de la red, el de la consola azul —dijo él apuntando hacia la consola con el dedo.

—Bien, ¿has mirado alguno? —dijo ella levantándose y dirigiéndose a la otra consola que, al estar desconectada de la red, no tenía acceso remoto.

—No me ha dado tiempo —se disculpó él.

—¿Me ocupo yo? —preguntó Casandra, que ya estaba encendiendo la consola autónoma.

—Sabía que me dirías eso, pensé que te parecería divertido. Elige uno sencillo, no tenemos mucho tiempo.

—Aquí hay un antiguo gusano, parece que provocó un gran alboroto al derribar muchos nodos de la red el siglo pasado, es sencillo, se ejecuta, se copia en el nodo más cercano y se esconde, luego vuelta a empezar —dijo ella después de un buen rato de estudiar los diferentes virus.

—Ese puede valer —dijo Darío distraídamente.

—Prepararé dos.

—¿Dos? —Darío levantó la vista y miró fijamente a Casandra.

—¿No te acuerdas? Uno enviará el archivo a todos los servidores de vídeos de la red, incluidos los servidores de vídeos eróticos —explicó ella.

—¿Vídeos eróticos? Eres diabólica. Hay miles, la mayor parte son automáticos, tardarán días hasta que empiecen a presionar para

que los borren —dijo él, impresionado por la idea.

—El otro cambiará aleatoriamente los anuncios publicitarios de la cadena por nuestros vídeos. O dejan de emitir publicidad o terminan emitiendo nuestros vídeos —continuó Casandra.

—¡Qué dilema! ¿Qué crees que harán?

—Creo que antes de perder una fortuna se arriesgarán a emitirlo, Cysex no hace propaganda, así que no es cliente de ninguna cadena —argumentó Casandra.

—Tendrás que alterar el código fuente para los nuevos compiladores y especialmente a los nuevos sistemas operativos —indicó él, se levantó y fue hacia donde estaba sentada Casandra.

—Sí, eso me llevará algunos días y tendremos que probarlo también —dijo ella, que seguía estudiando el código del viejo gusano.

—Bueno, creo que con todo esto se creará el suficiente alboroto para que cuando los viejos ecologistas salgan de sus escondites se les preste atención.

Darío seguía pensando que podían sacarle más partido a todo esto, tenía esa extraña sensación que te dice que te olvidas de algo sencillo pero tremendamente importante. Salió de la casa con una pelota, al instante Rufo se materializó a su lado movido por ese extraño poder telepático que a veces parecen tener los perros. Y allí parado, Darío se quedó embobado mirando su mano vacía. Rufo había saltado y le había arrebatado la pelota. La soltó a unos metros de distancia y le ladró como diciéndole «Ven a quitármela». Y en ese momento lo vio claro.

—Casandra, llámame estúpido.

—Bueno, si eso te hace feliz… Ahora déjame, que estoy liada —dijo ella sentada ante la mesa del porche. Empezó a dictarle órdenes en una especie de código a su PDA.

—Casandra, lo único que tenemos que hacer es preguntarle a quien nos envió la información de Cysex, cómo entró en su red.

—Yo misma estuve dando vueltas a esa idea, pero consideré que no se arriesgaría a decírnoslo.

—Vamos a intentarlo.

Utilizaron el mismo tablón de anuncios y dejaron un mensaje:

> ***Hola:***
>
> ***Nosotros también estamos rastreando las muertes***

asociadas al implante de Cysex. Nos sería de gran ayuda saber cómo has accedido a su sistema.

Irene leyó el escueto mensaje y estuvo durante algún tiempo dudando qué hacer. Al final respondió al mensaje dejando las instrucciones para poder conectarse a Cysex y la autentificación que creó para ese propósito. Pensó que era arriesgado, pero ya había cruzado la línea y no era posible una vuelta atrás. Además, cuanta más gente estuviera implicada, mayores posibilidades existían de destapar lo que estaba pasando.

> Alicante, España.
> Una semana después

Patricia pidió unas vacaciones no remuneradas. Ella y su tío llevaban una semana encerrados, planificando las actuaciones para demandar a Cysex y pedir al gobierno que sacara a la organización de la ilegalidad. Su teléfono zumbó cuando recibió un mensaje de texto. Decía solamente: «Sintoniza la cadena de televisión de noticias europeas, no te lo pierdas por nada».

Patricia pensó que algún mensaje de publicidad había conseguido burlar su filtro de seguridad cuando se dio cuenta de que el mensaje lo remitía Isabel. De mala gana, conectó la televisión y empezó a sintonizar los canales hasta que encontró el de noticias. No vio nada interesante, noticias basura y poco más, pero cuando empezó el espacio de publicidad casi se cae sentada al ver el vídeo del atentado a la estación de Greenpeace.

—Tío, ven a ver esto, rápido. —Al no encontrarlo por ningún lado volvió a llamarlo a pleno pulmón.

—¿Qué pasa, Paty? —Su tío apareció con media cara afeitada y una maquinilla en la mano.

—Mira esto —lo apremió.

—¿Qué diablos hace el vídeo del atentado en la tele? —preguntó él sin terminar de creer lo que veía en la pantalla de la arcaica televisión.

—Esto nos va a ahorrar mucho trabajo —dijo ella con una gran sonrisa.

Al poco tiempo, empezaron a recibir mensajes de los otros activistas que estaban colaborando con ellos, todos decían que el vídeo se estaba emitiendo en espacios de publicidad de varias cadenas de televisión y que aparecía como uno de los vídeos más vistos en los servidores de vídeos de la red. En algunas agencias de

noticias de tecnología de la red, se hablaba de un ataque cyberterrorista sin precedentes a varias cadenas de televisión.

> Atenas, Grecia

Irene se conectaba todos los días a la red Libre y leía el foro donde cada vez más expertos discutían sobre cómo cazar al virus de Cysex. Estaba leyendo una entrada en la cual alguien relataba un intento de intrusión de lo que parecía un bot de gestión de derechos, pero que, de repente, empezó a buscar interfaces neurales conectadas a la red. Decidió enviarle un mensaje privado a esta persona. La PDA de Casandra zumbó suavemente, ella lo ignoró, pues estaba totalmente enfrascada en verificar la contabilidad, además se encontraba en aquel momento moviendo fondos entre cuentas, pues tenía que renovar algunas licencias de *software* legal que necesitaban utilizar para mantener la empresa en marcha. El servidor que mantenían en Andorra era perfectamente legal y estaba sujeto a las diversas auditorías obligatorias. Era indispensable tenerlo, pues todos los correos que intercambiaban con la empresas que los contrataban para cazar los virus de la interfaz pasaban por allí, de esa manera ningún curioso podía rastrearlos. Revisó las cuentas, pagó algunas facturas, verificó que ningún banco les cobrase comisiones por error, luego comprobó cómo estaban de fondos y llegó a la vieja conclusión de que trabajar no era muy rentable. Se levantó, fue a la cocina, rebuscó en la nevera y encontró una jarra de té helado, se sirvió un vaso y cuando empezó a beber se acordó de la PDA. Verificó el mensaje.

Hola:

He estado revisando tus comentarios sobre el bot que rastreó vuestra red. Tengo acceso a algunas bases de datos del gobierno griego y he verificado que la firma digital corresponde a una sociedad de derechos de autor que ya no existe, fue absorbida hace años por otra sociedad de mayor tamaño. La firma no fue revocada, pero ya no se utiliza.

Le he pedido a un amigo de confianza que tiene acceso a herramientas que utiliza el Ministerio de Hacienda que verifique a esa sociedad, y lo que ha encontrado es que esta sociedad no ha remitido al fisco ninguna notificación fiscal, aunque es muy activa, pues se tiene constancia de que ha escaneado repetidamente las redes ministeriales.

Espero que esta información os pueda servir de algo.

Saludos.

Casandra se dirigió al taller, pues sabía que Darío estaba allí reconstruyendo el helicóptero. Al llegar, le tendió la PDA. Una vez que él la leyó, le preguntó:

—¿Qué opinas?

—Pues que hemos encontrado una pieza. Parece evidente que este bot busca a quien está usando la interfaz y que la sociedad de derechos es la tapadera —dijo Darío después de leer el mensaje.

—¿Crees que podemos rastrearlo? —dijo ella, no muy convencida.

—No creo que nosotros podamos, pero podemos pedir ayuda a la red Libre.

Una hora más tarde, en el tablón del foro ampliaron toda la información sobre el bot, incluyeron su firma digital y colgaron la traza de toda su actividad cuando accedió a sus sistemas internos.

> Estoril, Portugal

Teresa llevaba ya varias semanas escondida en el piso que le facilitaron sus anónimos amigos. Estaba razonablemente tranquila porque recibía muchos mensajes de sus protectores y algunos mensajes de voz muy simpáticos de alguien que, por la forma de hablar, solo podía ser de Brasil. Todos los mensajes le llegaban a través de la central domótica de la casa, que parecía haber sido poseída por un espíritu cibernético. Ninguna casa se comportaba de aquella manera. El último mensaje era realmente bueno:

> ***Hola, Teresa:***
>
> ***Hemos conseguido acceder a la red de Cysex y logramos borrar todo lo relativo a tu incidente. Cysex ya no te busca y hemos retirado la denuncia interpuesta en la policía, por lo que estás libre como un pájaro.***
>
> ***También hemos «convencido» al sistema informático administrativo para que te despida con una generosa gratificación y que te recomiende para un trabajo en otra compañía del grupo.***
>
> ***Creemos que es lo menos que te mereces, después de que casi te maten, y también queremos agradecerte tu ayuda, pues nos pusiste en la pista al contarnos lo de la interfaz de pruebas. Hemos accedido a los planos y vemos que desde la interfaz de pruebas es posible monitorizar una interfaz Cysex. Con esto podremos rastrear la fuente del problema.***

Teresa no dejaba de preguntarse cómo habrían hecho aquello, sin sospechar que Casandra y Darío utilizaron la cuenta que les suministró Irene para acceder a la red de Cysex y entrar en el sistema administrativo. A partir de allí fue cuestión de bucear en el sistema y encontrar las bases de datos adecuadas y, actuando como

administradores, alterar los datos. Los sistemas expertos de la propia compañía ejecutaron lo demás automáticamente.

> Cercanías de Alicante, España

Patricia empezaba a ponerse nerviosa, estaba un poco cansada de tener a dos ecologistas curtidos en situaciones extremas haciéndole de guardaespaldas todo el tiempo. Cuando se destapó todo el escándalo, su tío empezó a aglutinar a su alrededor a todo tipo de activistas, la noticia se propagó como un *tsunami*. Todos esperaban algún tipo de reacción violenta por parte de Cysex, pero no fue así. La empresa tapadera que contrató a los mercenarios hacía años que había desaparecido y legalmente no se podía hacer nada, a Cysex tampoco le preocupaba el escándalo, pues tenía un monopolio y era inmune a la opinión pública. Los gobiernos cedieron a regañadientes y retiraron la ilegalización de Greenpeace, existían muchas otras empresas a las cuales les molestaba sobremanera que la organización ecologista volviese a estar activa, pero estas sí decidieron quedarse al margen del escándalo. Durante los primeros días llegó realmente a existir peligro y todos estuvieron escondidos y con todas las medidas de seguridad de que disponían, pero a medida que el escándalo se hizo público, el riesgo de un atentado se fue haciendo menor. Ahora el peligro sería el ejército de abogados y periodistas a sueldo que se lanzarían a pleitear contra la nueva asociación a cada paso que diera y a intentar difamarla en todos los medios de comunicación.

> Ámsterdam, Holanda

Donald salió del trabajo, por unos momentos intentó recordar dónde estaba su bicicleta. Tardó unos instantes en encontrarla entre todas las amarradas al lado del canal. Mientras soltaba el candado, una muchacha pasó en una vieja bicicleta negra y lo saludó, fue tan rápido que se quedó sin saber quién era. Todavía se sentía un poco triste, pues hacía unas semanas que le había llegado la noticia de que su abuelo había pasado a mejor vida. No tenían mucho contacto últimamente, pero recordaba cuando era niño y lo llevaba a pasear en su barco. Fue una especie de *hippie* salido de otra época, enamorado de la vida marina y siempre le hablaba de ello. Seguía pensando en qué hacer con el veterano barco que su abuelo le dejó expresamente en herencia, él no tenía ni idea de navegar y tampoco le apasionaba el mar, pero no quería deshacerse de él por respeto a su abuelo. Después de trastear con el candado, se montó en la bicicleta y empezó a pedalear. Dejó de pensar, simplemente se concentró en el ritmo y en la conducción, empezó a sentirse mejor. Tras un trayecto de unos veinte minutos, paró en el supermercado cerca de su casa, volvió a amarrar la bicicleta y entró en la tienda. Compró algo para cenar y se dirigió hacia la caja, encontró algunas personas haciendo cola, justo delante suyo una pareja joven hablaba.

—¿Has visto el vídeo ese en que un helicóptero ataca unos científicos? —dijo la chica.

—¿Qué vídeo?

—¿En qué mundo vives? Unos piratas informáticos han conseguido que un vídeo en el que se ve un helicóptero destruyendo una antigua instalación científica salga en un montón de canales. Está circulando por toda la red —le espetó ella.

—¿Y eso es noticia? —comentó el chico en tono aburrido.

—Resulta que al parecer existió una conspiración para matar a

esos científicos y para ilegalizar la asociación ecologista en la que trabajaban —le explicó ella.

—¿En serio?, ¿y quiénes eran esos? —preguntó él, empezándose a sentir interesado por el asunto.

—Parece ser que se llamaban Greenpeace o algo así —dijo ella mientras colocaba cosas en la cinta de la caja.

—¿Greenpeace? Nunca he oído hablar de ellos —dijo él, rascándose el mentón.

—Espera, ya nos toca. ¿Pagas tú o yo?

En ese mismo momento algo encajó en la mente de Donald como las piezas de un *puzzle*. Salió del supermercado y se dirigió a su apartamento, a la vuelta de la esquina. Al llegar encontró a Saskia, una compañera de piso.

—Hola, Saskia.

—Ah, hola, Donald. Llegas temprano —dijo ella haciéndole un gesto con la mano.

—Saskia, ¿has oído hablar de Greenpeace? —le preguntó.

—¿Te refieres al revuelo ese del vídeo?

—No, me refiero a quiénes eran y qué hacían.

—Ni idea, ¿por qué te interesa? —preguntó ella sin saber adónde quería llegar su amigo.

—Es que me parece que mi abuelo me contó hace años algo sobre ellos.

—¿Has buscado en la red? —preguntó Saskia, pensando que su compañero seguía tan despistado como siempre.

—Pues no —contestó Donald tímidamente.

—Mira, ahora estoy conectada. Vamos a ver.

Pagaron por acceder a un repositorio de noticias, solo encontraron referencias al ataque de piratas informáticos. Buscaron en varios sitios y no hallaron ninguna información adicional.

—Es inútil, debía de ser un grupo insignificante, no hay nada en la red —dijo él con tristeza.

—Espera, vamos a intentar otra cosa —dijo ella de repente.

Saskia fue hasta su habitación, desde fuera se le escuchaba trastear y maldecir. Al cabo de unos minutos, volvió con una unidad de memoria en la mano y la insertó en el portátil.

—¿Qué es eso? —preguntó él confundido.

—Esto es la Wikipedia —dijo ella con énfasis.

—¿El qué?

—Es una antigua enciclopedia gratuita que estaba en la red —dijo ella como si hablara con un niño.

—¿Bromeas? No existe nada gratuito en la red —aseguró él con incredulidad.

—Ahora no, pero antes sí —sentenció ella.

—¿De dónde la has sacado?

—Circula por la facultad de Historia, es una fuente buenísima para estudiar el siglo pasado.

—¿Y eso es legal? —dijo con preocupación.

—Por supuesto que no, está camuflada como el reglamento de la facultad. Tiene su firma digital. Cuando la inserto en el ordenador, el sistema de licencias piensa que estoy leyendo el reglamento universitario.

—¿Quién ha hecho eso?

—Alguien muy bueno. Mira, aquí está.

—No puede ser cierto, dice que tenían millones de simpatizantes, ¿cómo es que no hay registros en las webs comerciales? —indicó Donald después de leer la entrada de la Wikipedia.

—Esta enciclopedia era muy fiable —dijo Saskia, por el tono y la mirada Donald ni pensó en discutírselo.

—¿De qué empresa era?

—De ninguna, la realizaban miles de voluntarios de todo el mundo —contestó ella con firmeza.

—Es difícil de creer. Oye, ¿dice algo de que tuvieran barcos?

—A ver… —Saskia repasó rápidamente la página—. Sí, aquí está. ¿Por qué lo preguntas?

—Me parece recordar que es lo que me contó mi abuelo —dijo Donald intentando hacer memoria de cuando era pequeño y su abuelo le relataba lo que él creía que eran cuentos.

—Bueno, te dejo que leas tranquilo. He quedado con mis amigas, me marcho.

Saskia se levantó, le lanzó un beso con la mano y salió rápido, como era su costumbre.

—Gracias, Saskia —apenas le dio tiempo de decir a Donald.

Después de leer las entradas de la enciclopedia, Donald se conectó a un sitio de asesoramiento legal, pagó por acceder al

servicio y estuvo un rato peleando con el sistema experto, luego lo pasaron a un operador humano. Al día siguiente, un misántropo anónimo donó un viejo barco a la organización y el *Rainbow Warrior* renació. Lo llamaron *Rainbow Warrior Fénix*, de momento estaba varado en un puerto, a la espera de unas reparaciones, pero ya tenía pintado el arcoíris en el casco y esa imagen empezó a dar la vuelta al mundo. Alguien rescató la antigua leyenda indígena que inspiró al primer barco y empezó a correr por las redes sociales este mensaje:

> ***«Llegará un tiempo en que los pájaros caerán del cielo, los animales de los bosques morirán, el mar se ennegrecerá y los ríos correrán envenenados. En ese tiempo, hombres de todas las razas y pueblos se unirán como Guerreros del Arcoíris para luchar contra la destrucción de la Tierra».***

En algunas redes sociales, los mecanismos de censura borraron las entradas. Sin embargo, en otras, los administradores ya estaban al tanto de que la organización ya no era ilegal y los filtros dejaron pasar los contenidos.

> Cornisa cantábrica, España

Casandra y Darío empezaban a pensar que se encontraban en un callejón sin salida. Entre la información que lograron analizar en la red Cysex, no consiguieron encontrar diagramas de los circuitos de la interfaz ni tampoco un documento en detalle de su *firmware*, solo les confirmó lo que ya sabían, que todos los muertos tenían interfaces y fallecieron durante una sesión Cysex. Tampoco la corporación sabía qué o quién les atacaba, pero lo achacaba a algún virus de interfaz que no sabían ni detectar ni contrarrestar.

Casandra se despertó un poco inquieta al no sentir a Darío a su lado en la cama. Medio dormida, fue al cuarto de baño y luego, ya vestida con un albornoz, se dirigió a la cocina, encontró a Darío preparando el desayuno y en la pantalla de la cocina un bot resumía las principales noticias de varios medios de la red.

—Buenos días. Um… eso que estás haciendo huele muy bien —dijo Casandra al entrar en la cocina, todavía un poco adormilada.

—Hola, espero no haberte despertado. Es un poco pronto.

—¿Novedades? —preguntó ella sentándose en la mesa.

—Sí, el revuelo que montamos con el vídeo está dando resultados. Además, Patricia y su tío ya han presentado una demanda que ha sido aceptada a trámite. Se ha destapado todo el complot —comentó Darío mientras retiraba las tostadas del tostador.

—Eso es estupendo.

—El gobierno ha lanzado un comunicado utilizando la Secretaría de Medio Ambiente. Hacía décadas que no decían nada —dijo él, dejando dos tazas de café en la mesa.

—Mira en tu correo, acabo de hacerte socia de Greenpeace.

—¿Ya somos legales? —preguntó ella después de dar un buen sorbo al café.

—Todavía no, pero ya no somos ilegales. En la práctica la

asociación ha vuelto y está aceptando socios, activistas y colaboradores de todo tipo. Tal como van las cosas es cuestión de burocracia que nos vuelvan a legalizar y volvemos a tener un barco, aunque no está todavía en condiciones de navegar. Nosotros les hemos regalado un alojamiento en la red y somos socios colaboradores.

—¿Y Cysex? —indicó ella, recordando el viejo enemigo.

—Ha desplegado una legión de letrados y deben estar pasando maletines por debajo de la mesa a mucha gente para intentar minimizar todo esto, pero no intentarán nada drástico, pues hay una multitud mirando. Si empiezan a desaparecer personas o hay accidentes mortales extraños, después de lo que se ha visto en los vídeos, pueden encontrarse en aprietos —contestó él sentándose enfrente de ella y dejando en la mesa el resto del desayuno.

—¿Crees que podemos estar tranquilos?

—Nosotros no, pues sabemos demasiado, pero la gente que está luchando por reflotar a Greenpeace, creo que sí.

La batalla contra Cysex no iba a resultar tan productiva, por un lado la empresa que encargó los atentados se disolvió meses después, pertenecía al grupo de sociedades que era dueña de los derechos de la interfaz y también de Cysex, pero no habría manera de pedirle daños y prejuicios. Por otro lado, la compañía de seguridad que realizó los atentados estaba radicada en un país que blindaba sus actuaciones y también cambiaron de nombre y de dueños muchas veces. Casandra y Darío ya habían perdido la esperanza de pedir justicia para los asesinos de sus padres y amigos, se conformaban con limpiar sus nombres y que se retirasen las falsas acusaciones contra las asociaciones ecologistas.

> Madrid, España

Mercedes se bajó del metro en Plaza de Castilla. Como todas las mañanas, la estación estaba atestada y casi no se podía respirar. Se armó de paciencia y se dejó llevar por la marea humana que se dirigía a la salida; tardó un rato en poder salir a la superficie. Una vez fuera, respiró hondo y se dirigió a la torre inclinada de la derecha. La vieja torre, que en su día fue una referencia en la ciudad, ahora palidecía en comparación con otras más altas y modernas, pero seguía siendo un buen sitio para tener las oficinas, ya que se hallaba muy cerca del metro. Pasó el control de seguridad y abordó el ascensor. Al pasar el control de seguridad de su oficina, el guardia de seguridad le hizo señas para que se aproximase.

—Hola, Mercedes, ¿tienes un minuto? —preguntó el guardia. Al contrario que la mayoría, no consumía anabolizantes y tenía un físico normal.

—Hola, Juan. Claro que sí —dijo ella acercándose.

—Me da un poco de corte pedirte esto, pero ¿podrías prestarme un libro? —preguntó él, tímidamente.

—Venga ya, Juan, esa no es manera de pedirle algo a una amiga. No seas tonto —bromeó ella.

—Bueno, sé que está muy mal visto, pero es que ando corto de pasta y…

—No digas más, ¿alguno para el examen de acceso? —preguntó Mercedes, imaginando lo que necesitaba.

—Sí, pensé que podrías tener el de securización de redes —indicó él con una gran sonrisa.

—Uum, creo que sí, lo debo de tener en el lector de libros electrónicos. Pero no lo puedo sacar de allí. Te prestaré el lector, es un tanto viejo y la batería dura poco, pero sigue funcionando —contestó ella después de un momento de hacer memoria.

—Eso sería genial.

—De acuerdo. De cualquier manera, cuando vayas a tomarte un café pasa por mi puesto y me lo recuerdas, ya sabes que soy una despistada.

—Okey, y gracias otra vez.

De camino a su sitio, Borja la interceptó.

—Llegas tarde otra vez, Mercedes, ya te he avisado antes —le dijo intentando parecer autoritario y seguro.

—Maldita sea, déjame en paz, no eres mi jefe y además yo tengo horario flexible —le espetó ella sin tan siquiera pararse.

—No lo tendrás cuando me asciendan y es solo cuestión de tiempo —advirtió Borja con una sonrisita cínica.

—Ya me preocuparé de eso cuando suceda. Ahora olvídame y busca a otra a quien incordiar.

Mercedes estaba harta de aquel tipo, tenía contactos en las altas esferas y nunca le asignaban trabajos productivos. Se dedicaba a actuar como jefe mientras no lo confirmaban como tal. Ella esperaba estar en otro proyecto lejos de allí cuando eso pasara. Se preguntó por qué siempre existía uno de esos tipos en su camino y como es que siempre la fijaban como objetivo para sus acosos. Ella simplemente hacía su trabajo y nunca se metía en luchas de poder. Su único defecto era ser mujer, atractiva y lista, algo que muchos idiotas seguían sin poder encajar a pesar de todo. Entró en su box y conectó todos los equipos, enlazó su interfaz neural y empezó a verificar el tráfico de la red. Trabajaba para un contratista privado que realizaba labores de vigilancia en la red para el Ministerio de Defensa, buscando pautas de posibles ataques a organismos gubernamentales o intentos de espionaje a empresas que trabajaban con Defensa, analizaba montañas de datos buscando pautas. Estaba muy preocupada con las muertes relacionadas con el virus de Cysex, ya que su marido viajaba frecuentemente y solían conectarse para tener algo de intimidad, pero últimamente no lo hacían. El padre de Mercedes, un viejo informático que fue desarrollador de programas GNU antes de la ilegalización del *software* Libre, se había jubilado hace tiempo, pero seguía accediendo a la red Libre para leer las noticias y hablar con otros viejos de los Libres. Contó a Mercedes todo lo que se comentaba en el foro sobre el virus de Cysex. Así que un día Mercedes se saltó todos los protocolos y, utilizando un proyecto de búsqueda muy genérico, programó un asistente para

que rastreara el bot que se hacía pasar por un agente de entidad de gestión. Al cabo de una semana, Mercedes tenía un mapa de los accesos del bot y de su origen; aquello solo era posible utilizando los sistemas de escucha del Ministerio. El bot estaba bien camuflado y un programa de rastreo normal no daría con él, pero los programas militares tenían un nivel mucho más alto.

Por la noche, Mercedes fue a visitar a su padre, que vivía en un pequeño apartamento. Tecleó el código de seguridad de la puerta y entró. Le asaltó el familiar olor de la loción de afeitado que su padre usaba de toda la vida. La habitación estaba pintada en tonos claros y en una esquina seguía la planta que ella le regaló hace años.

—Hola, hija. Qué sorpresa, no esperaba verte hasta la semana que viene. ¿Va todo bien? —dijo él al verla entrar por la puerta.

—Hola, papá. Sí, sí, va todo bien. Toma —lo besó rápidamente y le entregó una unidad de memoria.

—Por tu expresión sospecho que esto no es el último vídeo de mi nieta —comentó él sopesando la minúscula unidad azul de memoria en la palma de su mano.

—En efecto, no lo es. Contiene información del rastreo de la identidad digital del virus de Cysex que me pasaste el otro día —comentó ella, quitándose la chaqueta y dejándola en el pequeño sofá.

—¿No me digas que lo has rastreado? —Los ojos de su padre brillaron momentáneamente.

—Sí, he utilizado una de las herramientas del Ministerio de Defensa, camuflada como una de mis investigaciones normales —dijo ella, dejándose caer en el sofá—. Estoy cansada, muy cansada —dijo para sí misma.

—¿Eso no te traerá problemas? —dijo él, muy serio.

—No es probable. Además, ninguno de mis jefes es capaz de entender lo que hago.

—Déjame verlo un momento.

El padre de Mercedes recogió la unidad de memoria y se encaminó a una mesa en la esquina de la única habitación de la casa. Allí, en una mesa, reposaba un antiguo ordenador y, al lado, un moderno portátil. El veterano informático encendió el portátil y esperó a que se conectase a la red, luego activó el ordenador e

insertó la unidad de memoria. Estuvo un rato sin decir nada, observando los datos.

—Según esto, el virus accedió por primera vez a la red desde una dirección de Santa Ana, en El Salvador. ¿Estás segura de esta información? —comentó después de analizar brevemente los datos.

—Completamente, el sistema que utilicé es muy fiable —dijo Teresa, acercándose.

—¿Hay algo en esta información que pueda relacionarse contigo? —preguntó mirando a su hija fijamente a los ojos para estar seguro que no le mentía.

—Que yo sepa, no. La información está en bruto; asimismo, deberíamos retirarle los metadatos, ¿sabes cómo se hace? —dijo ella, devolviéndole la mirada, algo que hacía desde niña.

—Enana, yo hacía estas cosas al mismo tiempo que te cambiaba los pañales. Anda, ¿por qué no traes un par de refrescos mientras borro todo lo que no sea indispensable? —dijo él en tono paternal.

—Vale, vale…

Diez minutos más tarde, Mercedes veía cómo su padre codificaba toda la información en un vídeo y lo enviaba por correo.

—¿Eso es todo? —dijo Mercedes cuando terminó de enviarse el mensaje.

—Sí, este correo saltará por varios buzones y finalmente será interceptado por un nodo durmiente de la red Libre en algún viejo ordenador olvidado, decodificará la información y lo publicará en el tablón de anuncios que tenemos para el seguimiento de esta pesadilla.

—Papá, me preocupa que estés metido en esto —dijo Mercedes, cogiendo la mano de su padre.

—Tranquila, no hago nada, solo hablo con viejos amigos, ni siquiera uso programas ilegales.

—¿Y este ordenador? —preguntó ella señalando la vieja máquina de su padre.

—Bueno, es una reliquia, puede que tenga algo libre de licencias, quién sabe… —contestó él poniendo cara de inocente.

—¡Papá, hablo en serio! —lo regañó ella.

—Vamos, hija, no me sermonees. Yo no lo hacía contigo —dijo él muy serio.

—Está bien, papá, pero ten cuidado, por favor.

—Prometido. Anda, ahora cuéntame cómo te trata la vida.

A los pocos minutos, la información apareció en el tablón de anuncios del foro de la red Libre.

> Cornisa cantábrica, España

Casandra y Darío no podían creer que todo fuera tan fácil: allí estaba el rastro electrónico del bot hasta su origen.

—Se origina en una ONG ultrareligiosa en El Salvador —indicó Darío después de verificar el mensaje.

—No me digas, ¿los Guardianes de la Ley Divina? —bufó Casandra, recordando el incidente del tren.

—No encuentro ninguna relación directa, pero todo indica que sí.

—Sigo sin creerme que haya sido tan fácil —dijo Casandra después de leer otra vez el mensaje.

—En realidad, si no llega a ser por la persona que ha usado las rutinas militares, nunca los habrían encontrado. Creo que no consideraron esa posibilidad —indicó Darío.

—¡Cysex podía haber hecho lo mismo y dar con ellos! —exclamó Casandra con indignación.

—Seguramente, pero necesitaría haber movido influencias en entornos de inteligencia y tendría que admitir que tenían fallos de seguridad. Además, nadie le pedía cuentas a Cysex, de modo que no se esforzaron demasiado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Casandra, impaciente por hacer algo con la información recibida.

—¿Seguimos teniendo activo el acceso a la red de Cysex que nos proporcionó Irene? —preguntó Darío después de reflexionar unos segundos.

—Un momento. Sí, no se han dado cuenta todavía de nada —contestó ella después de verificar si el acceso seguía activo.

—Bien, pues conectemos con Cysex y dejemos la información en su tablón corporativo. Luego, que ellos se hagan cargo.

—¿Crees que es lo conveniente? —preguntó Casandra no muy convencida de la idea.

—Sí, no podemos recurrir a las autoridades. Nos encerrarían a nosotros y al final le darían la información igualmente a Cysex —contestó Darío.

—Bien, tienes razón.

> Santa Ana, El Salvador

Santiago abandonó la comisaría de policía y se dirigió a un bar a unas pocas manzanas. Había recibido un mensaje en su móvil personal citándolo urgentemente. Se dio prisa, sabía que le encargarían algún trabajo y que eso supondría una generosa gratificación. Llegó al bar casi desierto y encontró a su contacto sentado en una mesa del fondo. En la mesa ya tenía una cerveza esperándolo.

—Hola, Santiago, gracias por venir tan rápido —dijo el hombre que lo esperaba, no muy alto, moreno, musculoso pero sin trazas de anabolizantes. Vestía de manera informal y tenía un acento indefinido que siempre intrigó a Santiago, aunque nunca se atrevió a preguntarle su nacionalidad.

—Ya sabes que es un… —empezó a decir Santiago en tono alegre.

—Dejemos las formalidades —le cortó abruptamente y le pasó un papel escrito a mano.

—Dentro de dos horas un equipo va a asaltar la casa que está localizada en estas coordenadas. Por supuesto, la acción es confidencial. Diez minutos después tus hombres deben acceder y formalizar la operación como si fuese una acción de la policía contra un laboratorio de drogas.

—Pero dos horas es muy poco… —protestó Santiago muy serio.

—Santiago, no te pagamos para que nos pongas impedimentos, te pagamos para que colabores. Si no estás dispuesto a colaborar estoy seguro de que encontraremos a otra persona dispuesta a ello, ¿estoy siendo claro?

—Sí, sí, por supuesto —logró decir Santiago, conteniendo su rabia. Le gustaría arrastrar a aquel maldito prepotente a la comisaría y enseñarle modales, pero lo que le pagaban era más que suficiente para comprar su paciencia.

—Bien, el pago será como siempre. Un placer hablar contigo. —Apuró el resto de su cerveza de un trago y se marchó sin despedirse.

Dos horas después, un furgón blanco estacionó en una tranquila calle de un barrio de lujo de la ciudad. El pasajero abrió la ventanilla y pareció tirar algo a la calle: tres helicópteros de menos de diez centímetros que volaron por encima del muro que rodeaba la casa. El primero de ellos se posó en un árbol y su cámara empezó a barrer el perímetro, los otros dos volaron suavemente; uno aterrizó en el tejado y el otro entró en el garaje y se posó en una estantería.

Dentro del furgón un operador hablaba:

—Central, tengo los remotos posicionados. —El operador les sonaba a los demás con un tono y una cadencia extraños, que sugería que la comunicación estaba fuertemente codificada.

—Bien, aguarde. Todavía no tenemos imagen del satélite —contestó alguien en la central de mando, con un acento muy marcado de alguien de procedencia asiática.

—En las cámaras del primer remoto vemos que hay al menos tres guardias en el perímetro exterior —dijo el operador.

—Un momento, sí, el satélite está entrando en la zona de visibilidad, eso es. Confirmado tres rastros térmicos en el exterior, dos más en el interior y una zona oscura en el ala norte de la casa —radiaron desde control.

—Bien, ya recibo los datos. Preparando la red táctica, ¿tenemos confirmación? —preguntó el operador.

—Objetivo confirmado, tenéis luz verde. El cliente especifica que no quiere supervivientes para posterior interrogatorio. Repito, sin supervivientes —indicó el control.

—Entendido.

El operador se desconectó de la red táctica y se dirigió a los dos hombres del furgón.

—Bien, lo habéis oído. Es una operación sencilla: entráis, elimináis, voláis el búnker del ala norte y salís. Tomadlo con calma y volved de una pieza, ¿entendido?

Ninguno de los dos hombres dijo nada, simplemente asintieron lentamente, luego, al unísono, se colocaron los cascos del traje de combate. Activaron la red táctica y realizaron un diagnóstico completo del traje. El traje confirmó su estado en la red táctica, las

armas se desbloquearon y se les inyectó una dosis de estimulantes. Jonás se estremeció cuando las drogas inundaron su torrente sanguíneo, sintió un gusto amargo en la boca y procuró concentrarse, volvió a verificar el diagnóstico del traje de combate que seguía proyectado en su retina por el visor táctico. Revisó las armas e intentó relajarse pensando que con la bonificación que recibiría por el trabajo podría finalmente llevar su hija a un buen alergólogo. Se sobresaltó cuando su compañero Enrique le habló por el canal privado.

—¿Todo bien, colega?

—Sí, claro —contestó Jonás.

—¿Sabes de qué va esto exactamente?

—Solo me han dicho que hay que volar un búnker dentro de la casa y que eliminemos toda la resistencia que encontremos. Parece un trabajo sencillo —dijo Jonás en tono pausado, hablando despacio.

—La última vez que alguien dijo «trabajo sencillo» me pasé un mes en el hospital.

—¿Llevabas puesto uno de estos? —preguntó Jonás, señalando el traje de combate.

—No, es la primera vez que uso este modelo —contestó Enrique, que inspeccionaba nerviosamente su pistola.

—Pues cálmate, estos nuevos trajes son mucho mejores que los que hay por ahí. A menos que eso sea la embajada de algún país rico, no tienes de qué preocuparte —le dijo Jonás, apretándole el hombro con la mano.

—Vamos, tenemos luz verde —dijo Enrique cuando el visor táctico parpadeó.

Los dos mercenarios salieron del furgón. Jonás parpadeó cuando la red táctica inició los sistemas de realidad aumentada en su visor. Corrieron directamente hacia la casa y el primero lanzó una granada contra el muro, derribando una parte. Los dos se pararon detrás del muro y aguardaron. En el interior, los guardias de seguridad oyeron el estruendo y corrieron hacia la fuente del ruido. Los tres remotos ya habían alzado el vuelo y marcaron los guardias. La operación quedó reflejada en sus visores tácticos. Cuando la red les dio la orden, entraron por el agujero y dispararon exactamente adonde estaban marcados los objetivos. El primer guardia cayó

muerto antes de saber qué demonios ocurría, el segundo tuvo tiempo de pensar en por qué su chaleco antibalas no lo protegió y el tercero vio con desesperación que sus balas no hacían efecto contra el traje de combate de sus oponentes antes de ser abatido. Desde el punto de vista de Jonás, los acontecimientos sucedieron con distintos matices. Al salir del furgón y encaminarse al muro, los sistemas de realidad aumentada lo difuminaron y ellos lo vieron como transparente, y allí donde deberían disparar la granada apareció una diana iluminada y las figuras de los guardias realzadas por detrás del muro. Los sistemas intercalaban las imágenes con las cámaras de los remotos y con la información del satélite.

Cuando la red táctica les informó de que el patio estaba despejado, se encaminaron a la casa y colocaron una carga de demolición para volar la puerta. Mientras esperaban la detonación, colgaron los fusiles de asalto en el arnés que el traje de combate tenía en la espalda y desenfundaron unas armas cortas diseñadas para espacios cerrados. Una vez dentro no encontraron resistencia armada, simplemente eliminaron a todos, situaron varias cargas de demolición en el búnker, salieron tranquilamente y volvieron a la furgoneta. Se hallaban a media manzana de distancia cuando se vio un fogonazo, se oyó la explosión y una nube de polvo cubrió lo que quedaba de la casa. Minutos después, una unidad de la policía llegó al lugar de los hechos. Ya en el furgón, Jonás le habló a su compañero:

—¿A que fue fácil?

—Sí, tenías razón. Las balas del pobre desgraciado no causaron daños en el traje, fue increíble —contestó Enrique después de quitarse el casco.

—Tenían munición normal, se necesita munición antiblindaje para perforar el polímero inteligente del traje. ¿En qué piensas gastarte la bonificación?

—Creo que convenceré a mi novia y nos iremos a un hotel de lujo un fin de semana, de esos con piscina privada y todo —dijo Enrique con una amplia sonrisa.

Jonás miró a su compañero. Era joven, de aspecto caucásico, tenía una cicatriz en el cuello que no fue borrada del todo por la cirugía de reconstrucción. Por su aspecto seguramente fue reclutado de algún ejército de Europa. Todavía estaba excitado por la

operación y hablaba rápidamente bajo los efectos de los estimulantes.

—Deberías guardar algo, ya sabes… —dijo Jonás que era más viejo y empezaba a preocuparse por el futuro.

—¿Para qué? El mes que viene este maldito traje puede fallar y estaré muerto, como les pasó a varios compañeros míos durante los disturbios de El Cairo —contestó Enrique en tono grave.

—¿Estuviste allí? —dijo Jonás interesado, pues había oído historias, pero no conocía a nadie que hubiera presenciado los incidentes.

—Sí, y tanto que estuvimos. Metidos hasta el mismísimo cuello. Nos encontrábamos de maniobras cerca de Roma, nos metieron en un avión y, cuando quisimos darnos cuenta de lo que estaba pasando, ya formábamos parte de un equipo internacional de pacificación que intentaba poner un poco de orden en el mismísimo infierno —contestó Enrique con rabia.

—¿Fue tan malo como dicen?

—Fue el maldito caos. Millones de desesperados sin nada que perder, muy, pero que muy cabreados. Llevábamos trajes de combate obsoletos con *software* deficiente, la red táctica se bloqueaba cada poco. Algunos caímos en emboscadas porque no recibíamos los mensajes de control y muchos acabamos disparándonos entre nosotros. Hubo muchos muertos a causa del fuego amigo —dijo Enrique con la voz quebrada al recordar el infierno que vivió.

—¿Por eso dejaste el ejército?

—Tuve una crisis nerviosa cuando utilizaron una nuclear táctica en los suburbios contra una concentración de más de un millón de personas. Me dieron de baja por inestable y luego tu compañía me reclutó. Fue un buen cambio.

—¿Usaron una nuclear táctica en una ciudad? —dijo Jonás con los ojos muy abiertos.

—Sí, una de esas que emite poca radiación. Además fue en los arrabales, a nadie le importaba, estaba lejos de la zona turística.

—Escuché algunos rumores, pero nunca llegué a creérmelo del todo —comentó Jonás.

—Yo estaba allí, colega. Y te aseguro que pasó realmente, algunos amigos míos tienen secuelas porque el traje no los protegió

lo bastante cuando algún oficial obtuso los envió a investigar demasiado cerca del punto cero —escupió Enrique, parecía tranquilo pero sudaba copiosamente.

—Sigue siendo difícil de creer…

—Casi nadie de fuera de El Cairo se enteró de nada. El control de las noticias fue total. Luego se dijo que los manifestantes provocaron un incendio que arrasó los barrios de chabolas de toda aquella zona. A los pocos supervivientes los remataron y, por supuesto, ningún militar se atreve a hablar. El gobierno local estaba encantado de ver desaparecer la revuelta y, de paso, a un motón de improductivos quejumbrosos.

—Creo que no deberías hablar de esto con más gente —indicó Jonás.

—Nunca lo he hecho antes. Pero no sé, de repente pensé que podía morir en cualquiera de estas acciones rutinarias y quería desahogarme. Y bueno, somos compañeros de armas. Gracias por escucharme, Jonás.

—Olvídalo. Mira, estamos llegando a la central, quitémonos estos trastos y vamos a beber algo.

Una hora después Jonás llamaba por teléfono a su mujer y le decía que marcase hora para una cita con aquel alergólogo en quien venían pensando desde hace tiempo. Su compañero lo esperaba en la barra del viejo bar con una cerveza.

> Cornisa cantábrica, España

Al día siguiente, Casandra programó una búsqueda de noticias sobre El Salvador en las principales agencias de noticias de la red. No tardó en encontrar una que le llamó la atención.

—Darío, ¿dónde estás? —gritó Casandra con el suficiente ímpetu para ser oída en toda la casa.

—En el laboratorio —contestó Darío.

—¿Has visto las noticias sobre El Salvador? —dijo ella atropelladamente, nada más entrar por la puerta.

—No, estaba leyendo un correo de trabajo —contestó él en tono ausente.

—Hay una noticia que dice que la agencia antidroga ha asaltado un laboratorio de drogas sintéticas en El Salvador, en la misma ciudad…

—Donde está nuestra ONG favorita —le cortó Darío, concentrándose en lo que ella le decía.

—Sí, allí mismo. Dice que, durante el tiroteo, la casa explotó debido a los compuestos químicos almacenados.

—Se han dado prisa y han sido tan sutiles como siempre —dijo Darío.

—¿Crees que se ha terminado? —preguntó ella en tono esperanzado.

—Creo que no. Opino que solo han cortado una cabeza de la Hidra, pero que hay muchas más. Seguramente será un respiro, y ahora Cysex se encargará de perseguirlos. ¿Lo has publicado en el tablón de anuncios?

—He puesto enlaces a las noticias, sin añadir comentarios —contestó Casandra.

—¿Han cesado los incidentes?

—Según nuestros sistemas expertos han disminuido bastante. Han cancelado la autorización de la presunta entidad de gestión. A

medida que la orden se propague por la red, los cortafuegos bloquearán su acceso —contestó ella consultando su PDA.

—Esto ha sido bastante feo —dijo Darío con alivio.

—Sí, pero es solo el principio. Alguien más acabará explotando esta vulnerabilidad, empresas competidoras, grupos radicales…, hay mucha gente a quien no le importa lo más mínimo la vida de los demás —comentó ella en tono cansado.

—Bueno, ya veremos, lo mejor es no preocuparse de antemano —dijo él intentando animarla.

> Madrid, España

Mercedes estaba en una reunión, intentando desesperadamente no saltar sobre la mesa y estrangular al cretino de Borja, que afirmaba que el proyecto de búsqueda del responsable de una intrusión en un ordenador de un contratista de la Armada se podía ejecutar en dos semanas, cuando cualquiera que hubiera trabajado un poco en aquel tipo de investigaciones sabía que era imposible asegurar fechas para el trabajo, ¡las búsquedas podían arrojar resultados en horas o incluso podía convertirse en un imposible encontrar al culpable!

—Bien, entonces fijamos una ventana máxima de diez días —empezó a decir el jefe del departamento.

—Opino que debemos meditar esto mejor —saltó Mercedes incapaz de aguantar más tal situación.

—No creo que sea necesario, Borja ha dejado muy claro este punto…

—Mi compañero no tiene experiencia de campo, solo tiene experiencia de gestión. Si me permite un momento…

Mercedes se levantó a toda prisa, insertó una unidad de memoria en el ordenador de la sala y una serie de gráficas aparecieron en la gran pantalla colgada en la pared.

—Estas son las gráficas de actuaciones anteriores. Como podrán advertir no existe ninguna pauta que permita deducir un tiempo estimado de actuación —dijo Mercedes utilizando su mejor tono didáctico.

—Obviamente se puede obtener un promedio estadístico —empezó a decir el genio de las dos semanas.

—No estamos fabricando tornillos. No existen dos actuaciones con la suficiente similitud como para poder realizar cálculos estadísticos. Si observan los protocolos de actuación, verán que en muchos casos las investigaciones no llegan a ninguna conclusión y

nos vemos obligados a dar como fallida la operación —dijo Mercedes rápidamente, para evitar que la interrumpieran, luego cambió de pantalla—. En esta gráfica vemos la cantidad de aciertos que se han producido cada vez que se realizan previsiones similares. Como se puede constatar, el número de aciertos es tan bajo que puede deberse al azar más que a la técnica de predicción.

—¿Me está diciendo que no se puede predecir la duración del proyecto como afirma Borja? —espetó el jefe de departamento empezando a ponerse rojo.

—Eso es exactamente lo que indican los datos reales. Por desgracia, no se pueden realizar previsiones realistas, pues hay demasiadas variables en cada actuación. Recomiendo una ventana de actuación y si se excede, volver a considerar el proyecto —sentenció Mercedes firmemente.

—No me gusta nada esto, Mercedes. Pero los datos son contundentes y me obligan a darte la razón. Ocúpate de dirigir el equipo a partir de ahora. Damos la reunión por finalizada. Borja, por favor, tú quédate —dijo el jefe, muy serio.

Mercedes se dirigía a su cubículo cuando su teléfono vibró. Al llegar a su sitio leyó el mensaje de su padre: «He leído en las noticias que la epidemia ha pasado».

Se dejó caer en la silla, con la mente en un torbellino, una mezcla de alegría, alivio, rabia, todo entremezclado con una ligera sensación de haber transgredido las normas y haberle gustado. Todavía estaba inmersa en sus pensamientos cuando Borja entró, hecho una fiera, en su cubículo.

—¡Maldita zorra, es la primera y última vez que me contradices! ¡Me aseguraré personalmente de que no vuelvas a trabajar en tu puta vida! —gritó Borja tan alto que toda la oficina lo pudo oír.

—¡Vete a gritar al infierno! Además, ya has oído al jefe: yo estoy a cargo del proyecto. Ahora desaparece de mi vista antes de que te abra un expediente por falta de respeto a un superior —le contestó Mercedes con una sonrisa.

—¡A mí ninguna maldita mujer me habla así! —volvió a gritar Borja, levantando la mano, listo para abofetearla.

Mercedes se quedó congelada mientras observaba la escena con incredulidad, al mismo tiempo que su cuerpo le gritaba que reaccionase e inundaba su torrente sanguíneo con adrenalina. Pero

no le dio tiempo, y vio aparecer, como a cámara lenta, una figura por detrás de Borja. Una mano pareció materializarse en torno al cuello del agresor, otra le sujetó el brazo que tenía alzado, se lo retorció y se escuchó un sonido desagradable y un grito de dolor. Lo siguiente que vio fue a Borja en el suelo, sujetándose el brazo, aullando y maldiciendo.

—¿Estás bien, Mercedes? —le preguntó Ana, una compañera. Era expolicía, trabajaba en delitos informáticos y se cambió al sector privado buscando mejores sueldos.

—Sí, sí —atinó a decir Mercedes, todavía intentando digerir lo ocurrido.

—Bien, voy a llevarme a ese cretino a seguridad para que se ocupen de él. Creo que es un desequilibrado —dijo Ana sin quitarle ojo a Borja, que seguía en el suelo quejándose.

—Yo más bien creo que es un machista histérico y que no tiene remedio. Gracias, Ana, te debo una muy gorda —dijo Mercedes abrazando rápidamente a Ana.

—De nada —Ana se acercó más y le habló al oído—: No imaginas las ganas que tenía de patear a ese machista inútil, pero nunca imaginé que me lo fuera a poner así de fácil. Soy yo la que te debo una.

Algún tiempo más tarde, mientras Mercedes pensaba en todo el papeleo que tendría que rellenar a cuenta del incidente, apareció un vídeo (tomado por una cámara de seguridad en un servidor de vídeos de la red) en la que se veía a un tipo muy nervioso intentar agredir a una mujer y acabar siendo reducido por otra.

> Atenas, Grecia

Irene se conectó a la red Libre, como solía hacer últimamente todos los días. Entró en el tablón de anuncios y leyó los enlaces a las noticias de Santa Ana, luego revisó los mensajes de varios colaboradores indicando que ya no existían informes de incidentes relacionados con Cysex. Su vista se nubló y varias lágrimas cayeron a la pantalla de la vieja PDA. Le parecía increíble que un grupo de personas anónimas se hubiera unido de aquella manera y hubieran terminado por anular aquella pesadilla. También juzgaba vergonzoso que para las instituciones aquellos mismos individuos fueran considerados piratas y delincuentes, las mismas instituciones que no hicieron nada por ayudar a nadie. Abandonó su casa y se dirigió al hospital a visitar a su hermano, que finalmente había salido del coma. Mientras se encaminaba al metro pensó que su desaparecido novio estaría orgulloso de lo conseguido entre todos, ese pensamiento la reconfortó y sonrió. Era la primera vez que pensaba en él sin que la tristeza la abordara, y se sintió aliviada.

> Lisboa, Portugal

Teresa estaba sentada en un antiguo café del centro de Lisboa. Siempre le gustó aquel sitio, parecía como si el tiempo se hubiera detenido, congelado en algún bucle infinito, estaba allí absorta, simplemente sintiendo el aroma de la taza de café que tenía en la mano. Ni cuenta se dio cuando llegó Paulo y se situó a su lado.

—Tierra llamando a Teresa —bromeó Paulo.

—Ah, hola —contestó Teresa lánguidamente, como si volviese muy despacio al mismo plano de realidad y todavía estuviese desfasada.

Después de un instante, que a él le pareció muy largo, dio la impresión de sincronizarse con este universo y saltó de la silla abrazándolo tan fuerte que casi pierden el equilibrio.

—Ta-también me alegro de verte, amor, pero suéltame un poco. Casi no me dejas respirar —logró decir cuando terminaron de besarse.

—No pienso soltarte en mil años por lo menos —contestó Teresa abrazándolo más fuerte.

Un camarero que pasó los miró con ternura. En la otra mesa, una pareja que discutía los miraba con envidia y, más allá, unos integristas religiosos los miraron con recelo.

—¿De verdad ha terminado esta pesadilla? —preguntó Paulo.

—Sí, nos vamos a casa. —Teresa le liberó del abrazo. Dejó unas monedas en la mesa, y lo arrastró hacia la salida antes de que él pudiera decir nada.

Poco después estaban en el apartamento de Estoril. Un rastro de ropa iba desde la puerta de entrada a la cama de la habitación. Paulo se levantó, fue a la cocina y abrió la nevera.

—Qué pena, no hay cervezas —comentó Paulo en voz alta.

—Si me indica su número de tarjeta de crédito, puedo pedirlas. Las entregarían en menos de media hora —dijo la voz del sistema

domótico de la casa.

—¿Qué diablos…? —empezó a decir Paulo.

—Veo que ya os conocéis —gritó Teresa desde la habitación—. Paulo, te presento a Duende.

—¿Cómo que Duende? —dijeron Paulo y el sistema al unísono.

—Bueno, creo que necesita un nombre y que Duende es acertado —dijo Teresa entre risas.

Después de que Teresa le explicara a Paulo las peculiaridades del sistema domótico, los dos se sentaron en el sofá. Teresa pidió a Duende un poco de música clásica.

—Todavía no me creo que te hayan prestado este apartamento, ¿seguro que no hay trampa, Teresa?

—No me lo han prestado, me lo han alquilado hasta que nos arreglemos —contestó Teresa restándole importancia al asunto.

—Menos mal, porque con el tiempo que he estado detenido, me han despedido y como no hemos pagado el apartamento que teníamos alquilado cuando bloquearon nuestras cuentas, nos hemos quedado en la calle —dijo Paulo.

—Bueno, por lo menos yo tengo un trabajo nuevo. Lo que no entiendo es por qué te detuvieron.

—Yo tampoco. Me detuvieron, me interrogaron sobre tu paradero, me encerraron y se olvidaron de mí hasta que me soltaron, sin más explicaciones —indicó él recordando lo absurdo de la situación.

—¿Lo pasaste muy mal? —dijo ella en tono maternal.

—Estuve drogado la mayor parte del tiempo, casi no me acuerdo de nada. Lo peor fue cuando me soltaron y no podía encontrarte. Fueron los peores días de mi vida —contestó él con rabia.

—Yo lo tuve más fácil. Mis amigos me informaron de que estabas detenido, pero me aseguraron que seguías vivo. Cuando te liberaron tardamos unos días en enterarnos de tu puesta en libertad.

—El pedido de *pizzas* y cerveza ha llegado, por favor abran la puerta —dijo Duende.

—Voy —contestó Paulo levantándose de un salto.

—¡Loco!, ¿piensas abrir la puerta desnudo? —resopló Teresa entre carcajadas.

> São Bernardo, Brasil

Horas más tarde, Pedro hablaba con Casandra y Darío por videoconferencia. Utilizaban el sistema de la universidad, que tenía la configuración de empresarial y era seguro; los sistemas permitidos a particulares podían ser interceptados con facilidad, de esta forma podían hablar abiertamente. Darío estaba sentado frente a la cámara y Casandra se sentó en sus rodillas.

—Hola, pareja. Ha sido un buen trabajo —dijo Pedro con una amplia sonrisa.

—No nos mires, al final ha sido un cúmulo de colaboraciones y de suerte —contestó Darío.

—Como en los viejos tiempos, trabajo en equipo —indicó Pedro.

—Sería más fácil si nos dejasen en paz los de siempre —apuntó Casandra.

—Hemos organizado una pequeña fiesta aquí, en casa, para celebrarlo. Qué pena que estéis tan lejos —dijo Pedro con un suspiro.

—¿He oído fiesta? —preguntó Casandra—, pues esperadme que voy a por dos cervezas.

—Me alegra ver que seguís igual.

—Siempre echamos de menos las reuniones que hacíamos —comentó Darío.

Casandra volvió con dos botellas sin etiqueta, le tendió una a Darío y acercó la suya a la cámara.

—Salud —dijo Casandra tomándose un buen trago.

—Un momento —dijo Pedro. Desapareció del ángulo de visión y volvió al instante con un vaso.

—Salud para todos.

—¿Y yo qué? —Se escuchó decir a Neusa que apareció por detrás de Pedro.

—Salud —volvieron a repetir los cuatro entre risas.

Casandra y Neusa siguieron hablando, mientras Pedro fue a abrir la puerta porque en ese momento llegaban los demás. A lo largo de la noche se fueron turnando y hablando con todos, hasta que, debido a la diferencia horaria, Darío y Casandra empezaron a tener sueño y se despidieron. Los restantes siguieron hasta que, en un momento dado, Nelson dijo que tenía que irse, pues al día siguiente debía completar varias horas de pruebas en el juego o le retirarían parte de la bonificación. Desde la otra punta del salón, Eiko se le acercó.

—¿Te llevo? —le preguntó con una sonrisa, posando su mano suavemente sobre su hombro. Una descarga eléctrica pareció originarse en el punto de contacto, recorrió todo su cuerpo y fue a morir en algún lugar cerca de su estómago.

—Me gustaría mucho —atinó a decir Nelson, pero no pudo disimular la cara de miedo, al acordarse de la manera de conducir de Eiko.

—Vamos, no pongas esa cara. Seguro que pruebas juegos con sensaciones mucho más extremas que mi moto —dijo ella acercándose un poco más.

—¿Bromeas? Lo mío son las simulaciones.

—La vida real es mucho más amenazadora, ¿no? Venga, tonto, vámonos. Tú sujétate fuerte a mí y no te pasará nada —dijo ella cogiéndolo de la mano y conduciéndolo hacia fuera.

—Me has convencido, vámonos.

Dos días más tarde, Eiko cambió la foto de su perfil público en la red social por otra donde estaba abrazada a Nelson. Un mes más tarde, Nelson se fue a vivir a casa de Eiko.

> Cornisa cantábrica, España

Al día siguiente durmieron hasta tarde. Todavía medio embotado, Darío se levantó al oír a Rufo protestando porque estaba hambriento. Dio de comer al perro y empezó a preparar un desayuno especial. Mientras tanto, conectó el monitor de la cocina y se dispuso a revisar el correo: borró varios de publicidad, archivó unos recibos del banco y leyó uno que provenía de una de las empresas que normalmente los contrataban como especialistas. En ese momento, Casandra entró tambaleante en la cocina, aún un poco adormilada; Rufo se acercó a saludarla, pero como no la encontró dispuesta a jugar decidió irse al jardín.

—Siéntate a desayunar, mejor que escuches esto sentada —dijo Darío sonriendo.

—No me asustes, Darío —dijo Casandra todavía semidormida.

—Ha llegado un mensaje. Cysex nos quiere contratar para que le investiguemos el virus de la interfaz Cysex.

Casandra casi deja caer la taza cuando le dio un ataque de risa. Cuando al final pudo contenerse y limpiarse las lágrimas, atinó a decir:

—¡No me lo puedo creer!

—Bueno, extraoficialmente nosotros somos los mejores rastreadores de virus de la interfaz estándar, parece lógico que nos encarguen ese trabajo —indicó Darío.

—¿Qué les has dicho?

—Nada, estaba esperándote. Lo acabo de leer mientras preparaba café.

—¿Estamos en posición de negociar? —preguntó Casandra después de una larga pausa.

—Tenemos margen. Sabes que no es conveniente forzar mucho la situación, pero creo que podemos mejorar las tarifas y pedir acceso a toda la información —contestó Darío después de dar un

sorbo a su café.

—Bien. Intentemos redactar nuestras condiciones, y pide un adelanto, que nos vendrá bien. Tenemos que saldar la hipoteca que se generó para pagar los gastos médicos.

—Okay, jefa —contestó Darío, guiñándole un ojo.

—Y Darío… Recibí esto hace un par de días, lo quería contrastar antes de enseñártelo —dijo Casandra tendiéndole la PDA, donde se veían unas imágenes.

—¿Qué es? No se ve muy bien. —Darío alejó un poco la pequeña pantalla, intentando mejorar el enfoque de sus ojos.

—Verás —empezó a decir Casandra—, hace tiempo me suscribí a una lista de correos de una web de astronomía. La parte pública es muy buena, pero lo que poca gente sabe es que su administrador es un libre y tiene una parte privada muy interesante.

—¿Cómo de interesante?

—Hace años algunos de los Libres consiguieron acceder a un antiguo satélite espía fuera de servicio. Uno de los paneles solares todavía está operativo, por lo que reprogramaron el *software* de la cámara y lo enfocaron al cielo. Desde entonces está sacando miles de fotos, algunas muy buenas.

—Ahora que lo dices, me comentaste algo hace unos años. Ayudaste a optimizar un programa de composición de las fotos —indicó él haciendo memoria.

—Sí, eso es. Mi padre me inculcó su afición por la astronomía. Mira mejor esta foto. —Casandra recuperó la PDA y puso en el monitor de la cocina una foto de Júpiter.

—Una foto preciosa de Júpiter. Pero es un montaje —dijo Darío después de estudiarla unos momentos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la mancha roja está rara. —Darío se levantó, y señaló la anomalía en la pantalla.

—No es un montaje, Darío. Hemos revisado las fotos y hemos diagnosticado todo el sistema. Además tenemos fotos de antes y de después, y solo en esta fotografía la mancha está rara, como tú dices —dijo ella muy seria.

—¿Me estás diciendo que la mancha de Júpiter sufrió una alteración? —preguntó Darío después de pensárselo unos instantes.

—No, eso tampoco ocurrió —se apresuró a decir Casandra—.

Rastreamos todas las bases de datos astronómicas y nadie más detectó la anomalía. De hecho, tenemos fotos del mismo día desde otros telescopios y no se ve nada distinto.

—No lo entiendo —dijo Darío incapaz de entender lo que estaba ocurriendo realmente.

—Hemos hecho simulaciones, y parece que se produjo un fenómeno de lente gravitatorio justo entre la alineación de nuestro satélite y la mancha roja, eso ha hecho que la imagen se distorsione —indicó ella.

—¿Una lente gravitatoria en algún lugar entre Júpiter y la Tierra que aparece y luego desaparece? —preguntó él con asombro.

—Por eso quería estar segura antes de contártelo.

—Casandra, ¿me estás diciendo que algo ha creado un campo gravitacional en el espacio con la bastante fuerza como para distorsionar la luz por un rato?

—Sí, eso creo —respondió ella gravemente.

—¿Sabes lo que eso puede significar?

—Sí, que puede que hayamos tenido visitas —contestó Casandra mirando fijamente la imagen de Júpiter.

FIN

Para: lector@tierra.org
De: losultimoslibres@gmail.com
Asunto: Agradecimientos

Hola lector:

Gracias por compartir tu tiempo y traer a la vida en tu imaginación a Casandra y Darío. Espero que te haya gustado lo suficiente para llegar hasta aquí.

Si tienes alguna sugerencia constructiva sobre esta obra, puedes escribirme a **losultimoslibres@gmail.com**.

Soy ingeniero de *software* y no me dedico a la literatura. Esta obra nació en mi mente y fue evolucionando sola hasta que no pude resistirme y empecé a aporrear mi vetusto teclado. Ha sido un camino largo de varios años hasta llegar hasta estas últimas pulsaciones.

Si has adquirido esta obra, te doy las gracias; es difícil ser un escritor novel. Si la encontraste en las redes de intercambio, entonces quiere decir que a alguien le interesó lo bastante como para darse el trabajo de colgarla. Si te gustó, solo te pido que se la recomiendes a un amigo o que la compres y se la regales a alguien que creas que la va a apreciar. Si no te interesó, bórrala y escríbeme contándome el motivo.

Saludos
Víctor M. V.

Glosario

> **Administrador**

En sistemas informáticos, este es el nombre convencional de la cuenta de usuario que posee todos los privilegios (en ocasiones también llamado superusuario). Puede ejecutar muchas funciones del sistema que al usuario común no le están permitidas.

> **Atractores extraños**

Parte de la teoría del caos, denominación popular de la rama de las matemáticas y la física que tratan ciertos tipos de comportamientos impredecibles de los sistemas dinámicos.

> **Biodigestor**

Un digestor de desechos orgánicos o biodigestor es, en su forma más simple, un contenedor cerrado, hermético e impermeable (llamado reactor), dentro del cual se deposita el material orgánico a fermentar (excrementos de animales y humanos, desechos vegetales, aunque no se incluyen cítricos ya que acidifican, etcétera) en determinada dilución de agua para que se descomponga, produciendo gas metano y fertilizantes orgánicos ricos en nitrógeno, fósforo y potasio.

> **Bot**

Un bot (diminutivo de robot) es un programa informático que realiza funciones muy diversas, imitando el comportamiento de un humano.

> **Candomblé**

El candomblé, culto de los orixás, de origen totémico y familiar, es una de las religiones afrobrasileñas practicadas principalmente en Brasil, aunque ha llegado a los países vecinos como Argentina,

Colombia, Panamá, Uruguay, Venezuela y México.

La religión tiene por base a la ánima (alma) de la naturaleza, y por tanto es clasificada como animista. Comenzó en Brasil, gracias al conocimiento de los sacerdotes esclavizados y traídos desde África, junto a sus orixás/nkisis/voduns, su cultura y sus dialectos entre 1549 y 1888.

> **Cifrar, encriptar**

La criptografía (del griego krypto, «oculto», y graphos, «escribir»; literalmente «escritura oculta») es el arte o ciencia de cifrar y descifrar información mediante técnicas especiales y se emplea frecuentemente para permitir un intercambio de mensajes que solo puedan ser leídos por personas a las que van dirigidos y que poseen los medios para descifrarlos.

> **CPU**

La unidad central de procesamiento o CPU (por el acrónimo en inglés de Central Processing Unit), o simplemente el procesador o microprocesador, es el componente en una computadora digital que interpreta las instrucciones y procesa los datos contenidos en los programas de la computadora.

> **Desbordamiento de *buffer***

En seguridad informática y programación, un desbordamiento de *buffer* (del inglés *buffer* overflow o *buffer* overrun) es un error de *software* que se produce cuando se copia una cantidad de datos sobre un área que no es lo suficientemente grande para contenerlos, sobrescribiendo de esta manera otras zonas de memoria. Esto se debe, en general, a un fallo de programación. La consecuencia de escribir en una zona de memoria imprevista puede resultar impredecible. Existen zonas de memoria protegidas por el sistema operativo. Si se produce la escritura fuera de una zona de memoria protegida se producirá una excepción del sistema de acceso a memoria seguido de la terminación del programa. Bajo ciertas condiciones, un usuario obrando con malas intenciones puede aprovecharse de este mal funcionamiento o una vulnerabilidad para tener control sobre el sistema.

> **Domótica**

Se entiende por domótica al conjunto de sistemas capaces de automatizar una vivienda, aportando servicios de gestión energética, seguridad, bienestar y comunicación.

> **Esteganografía**

La esteganografía es una disciplina que trata sobre técnicas que permiten la ocultación de mensajes dentro de otros, llamados portadores, de modo que no se perciba su existencia.

El watermarking o marca de agua digital es una técnica que consiste en insertar un mensaje (oculto o no) en el interior de un objeto digital, como podrían ser imágenes, audio, vídeo, texto, *software*, etc.

> ***Firmware***

Firmware o programación en firme, es un bloque de instrucciones de programa para propósitos específicos, grabado en una memoria permanente, normalmente es un *software* de control que viene embebido en un dispositivo, como por ejemplo un DVD o una televisión digital.

> **GNU General Public License**

La Licencia Pública General GNU (más conocida por su nombre en inglés, GNU General Publical License o simplemente su acrónimo del inglés, GPL), o GPL, es una licencia creada por la Free *Software* Foundation en 1989 (la primera versión), y está orientada principalmente a proteger la libre distribución, modificación y uso de *software*. Su propósito es declarar que el *software* cubierto por esta licencia es *software* Libre y protegerlo de intentos de apropiación que restrinjan esas libertades a los usuarios.

> ***Hacker***

Los programadores informáticos suelen usar *hacking* y *hacker* para expresar admiración por el trabajo de un desarrollador de *software* cualificado. Algunos desaprueban el uso del *hacking* como un sinónimo de *cracker* (pirata informático), en marcado contraste con el resto del mundo, en el que la palabra *hacker* se utiliza normalmente para describir a alguien que jaquea un sistema con el fin de eludir o desactivar las medidas de seguridad.

Desde

2002-2003 se ha ido configurando una perspectiva más amplia del *hacker*, pero con una orientación a su integración al *hacktivismo* como movimiento. Aparecen espacios autónomos denominados *hacklab* y los *hackmeeting* como instancias de diálogo de *hackers*. Desde esta perspectiva, se entiende al *hacker* como una persona que es parte de una conciencia colectiva que promueve la libertad del conocimiento y la justicia social.

En este caso, los roles de un *hacker* pueden entenderse en cuatro aspectos:

- Apoyar procesos de apropiación social o comunitaria de las tecnologías.
- Poner a disposición del dominio público el manejo técnico y las destrezas alcanzadas personal o grupalmente.
- Crear nuevos sistemas, herramientas y aplicaciones técnicas y tecnológicas para ponerlas a disposición del dominio público.
- Realizar acciones de *hacktivismo* tecnológico con el fin de liberar espacios y defender el conocimiento común o mancomunal.

> **IA**

Se denomina inteligencia artificial a la rama de la informática que desarrolla procesos que imitan a la inteligencia de los seres vivos. La principal aplicación de esta ciencia es la creación de máquinas para la automatización de tareas que requieran un comportamiento inteligente.

> **Lente gravitacional**

En astrofísica, una lente gravitatoria o gravitacional se forma cuando la luz procedente de objetos distantes y brillantes, como los quásares, se curva alrededor de un objeto masivo (como una galaxia masiva) situado entre el objeto emisor y el receptor.

Las lentes gravitacionales fueron predichas por la teoría de la relatividad general de Einstein. En el año 1919 se pudo probar la exactitud de la predicción. Durante un eclipse solar, el astrónomo Arthur Eddington observó cómo se curvaba la trayectoria de la luz proveniente de estrellas distantes al pasar cerca del Sol, produciéndose un desplazamiento aparente de sus posiciones.

Los fenómenos de lentes gravitatorias pueden utilizarse para detectar la presencia de objetos masivos invisibles, tales como agujeros negros e incluso de planetas extrasolares.

> **Linux**

GNU/Linux (Linux) es uno de los términos empleados para referirse al sistema operativo libre similar a Unix que usualmente utiliza herramientas de sistema GNU. Su desarrollo es uno de los ejemplos más prominentes de *software* Libre; todo el código fuente puede ser utilizado, modificado y redistribuido libremente por cualquiera bajo los términos de la GPL (Licencia Pública General de GNU) y otras licencias libres.

> **Mecánica cuántica**

La mecánica cuántica (conocida originalmente como mecánica ondulatoria) es una de las ramas principales de la física, que explica el comportamiento de la materia y de la energía.

Algunos científicos mantienen que la actividad cerebral está regida por las leyes de la mecánica cuántica.

> **Minería de datos**

La minería de datos (DM, Data Mining) consiste en la extracción no trivial de información que reside de manera implícita en los datos. Dicha información era previamente desconocida y podrá resultar útil para algún proceso. En otras palabras, la minería de datos prepara, sondea y explora los datos para sacar la información oculta en ellos.

Bajo el nombre de minería de datos se engloba todo un conjunto de técnicas encaminadas a la extracción de conocimiento procesable, implícito en las bases de datos. Está fuertemente ligado con la supervisión de procesos industriales, ya que resulta muy útil para aprovechar los datos almacenados en las bases de datos.

> **Nodo**

En informática, un nodo es un «punto de intersección o unión de varios elementos que confluyen en el mismo lugar». Por ejemplo: en una red de ordenadores, cada una de las máquinas es un nodo, y si la red es internet, cada servidor constituye también un nodo.

> **OMC**

Acrónimo de Organización Mundial de Comercio.

> **PDA**

Del inglés Personal Digital Assistant (Asistente Digital Personal) es un computador de mano.

> **Puerta trasera**

En la informática, una puerta trasera (en inglés, backdoor) es una secuencia especial dentro del código de programación mediante la cual el programador puede acceder o escapar de un programa en caso de emergencia o contingencia ante algún problema.

Estas puertas también pueden ser utilizadas para fines maliciosos y de espionaje.

> ***Router*, enrutador**

El enrutador (calco del inglés *router*), direccionador, ruteador o encaminador es un dispositivo de *hardware* para interconexión de redes de ordenadores.

> **Sistema experto**

Es una aplicación informática capaz de solucionar un conjunto de problemas que exigen un gran conocimiento sobre un determinado tema. Un sistema experto es un conjunto de programas que, sobre una base de conocimientos, posee información de uno o más expertos en un área específica. Se puede entender como una rama de la inteligencia artificial. Estos sistemas imitan las actividades de un humano para resolver problemas de distinta índole.

> ***Sniffer* de red**

Es un programa informático que permite la captura de los mensajes intercambiados en una red de ordenadores. Tienen diversos usos, como monitorizar redes para detectar y analizar fallos o ingeniería inversa de formatos de mensajes (protocolos) de red. También es habitual su uso para fines maliciosos, como robar contraseñas, interceptar mensajes de correo electrónico, espiar conversaciones de *chat*, etc.

> ***Software* Libre**

Mantenemos esta definición de *software* Libre para mostrar claramente qué debe cumplir un programa de *software* concreto para que se le considere *software* Libre.

El *software* Libre es un asunto de libertad, no de precio. Para entender el concepto, debes pensar en «libre» como en «libertad de expresión», no como en «cerveza gratis» (en inglés una misma palabra, free, significa tanto «libre» como «gratis», lo que ha dado lugar a cierta confusión).

***Software* Libre se refiere a la libertad de los usuarios para ejecutar, copiar, distribuir, estudiar, cambiar y mejorar el *software*.**

De modo más preciso, se refiere a cuatro libertades de los usuarios del *software*:

- La libertad de usar el programa con cualquier propósito (libertad 0).
- La libertad de estudiar cómo funciona el programa y adaptarlo a tus necesidades (libertad 1). El acceso al código fuente es una condición previa para esto.
- La libertad de distribuir copias, con las que puedes ayudar a tu vecino (libertad 2).
- La libertad de mejorar el programa y hacer públicas las mejoras a los demás, de modo que toda la comunidad se beneficie (libertad 3). El acceso al código fuente es un requisito previo para esto.

> **Táser**

Un arma de electrochoque que incapacita a la víctima. Se usa para someter a una persona administrando una descarga eléctrica que puede interrumpir las funciones superficiales del músculo.

> **Trazas**

Coloquialmente se denominan trazas a la información que deposita un sistema informático para permitir que los programadores analicen el funcionamiento interno del sistema. También se suele utilizar la denominación inglesa, *logs*.

> ***Underground***

Término que describe a culturas alternativas.

Algunos textos están extraídos de la Wikipedia, la enciclopedia libre. (*http://es.wikipedia.org*)



VÍCTOR M. VALENZUELA (Sevilla, 1959). Ingeniero industrial por estudios, ingeniero de *software* de profesión. Es firme defensor de la libertad de las ideas y la información, pues cree que sin eso las personas jamás serán verdaderamente libres. Partidario de la protección del medio ambiente y de las energías limpias.

Lector voraz, en parte disposición y en gran parte genético, siempre tuvo un impulso latente de escribir hasta que en algún momento esta inspiración alcanzó masa crítica y se estableció una especie de conexión neural entre su cerebro y su fiel teclado. Fue así como empezó a escribir algo distinto a líneas de código, rutinas crípticas y planes de proyecto.